



UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

# **Fugas de la memoria**

**Pedro Rodrigo Mariño López**

Universidad Nacional de Colombia  
Facultad de Artes, Maestría en Escrituras Creativas  
Bogotá, Colombia  
2014



# **Fugas de la memoria**

**Pedro Rodrigo Mariño López**

Tesis presentada como requisito parcial para optar al título de:  
**Magister en Escrituras Creativas**

Director:  
Profesor Guido Tamayo

Línea de Investigación:  
Narrativa

Universidad Nacional de Colombia  
Facultad de Artes, Maestría en Escrituras Creativas  
Bogotá, Colombia  
2014



*Para mis padres, Pedro y Rosarito*

*Para Andrea*



*Todo empezó en otra ciudad y en otra vida, anterior a ésta de ahora pero posterior a aquélla. Por eso no puedo escribir esta historia como yo quisiera –como si todavía estuviera ahí y fuera sólo esa otra persona–.*

Valeria Luiselli

*No quería, en verdad, escribir una novela; simplemente deseaba dar con una zona nebulosa y coherente donde amontonar los recuerdos. Quería meter la memoria en una bolsa y cargar esa bolsa hasta que el peso le estropeará la espalda.*

Alejandro Zambra

*Nothing to be done*

Samuel Beckett

## **Agradecimientos**

Gracias a mis padres por tantas, tantas cosas. No sabría por dónde empezar ni dónde acabar, pero sin ellos esto no hubiera sido posible.

Gracias a Andrea por su lectura atenta, sus consejos sinceros y pertinentes, su amor.

Gracias a Juan David Correa por abrirme los ojos y mostrarme un camino posible. Gracias, muchas gracias, a Guido Tamayo por su constancia como lector, su compromiso y compañerismo; gracias, también, por su acompañamiento.

Y gracias, por supuesto, a Alejandra Jaramillo, mi maestra y amiga. Gracias, Alejandra, hoy y siempre, por salvarme la vida literaria.

## Resumen

Federico lleva varios años rodando de país en país, huyendo de Colombia o resistiéndose a regresar. Un día recibe un correo de Joaco, quien alguna vez fue su mejor amigo y actualmente vive en Colombia. Desde su silla de ruedas, Joaco le escribe contándole que en un semáforo, después de muchos años, de lejos ha visto a Emilia, un viejo amor de Federico que había desaparecido hacía dieciocho años. El correo y lo que este dice llevan a Federico a recordar forzosamente, dolorosamente, sus días de estudiante de Letras en Bogotá, su amistad con Joaco, su romance corto pero turbio con Emilia, la violencia de esos años, las razones que a patadas lo sacaron huyendo del país... y también su partida de Colombia hacia Buenos Aires, ese primer viaje que le dio a entender que siempre sería un extranjero aunque Colombia lo siga a todas partes, aunque el recuerdo de Emilia lo siga a todas partes, aunque los libros y las letras y la necesidad de escribir nunca lo abandonen.

Federico recuerda, reconstruye y escribe para entender lo que le ha pasado; cómo fue que le pasó, cómo llegó hasta dónde está, qué debe hacer ahora.

**Palabras clave:** Escrituras Creativas, Novela, Narrativa, Literatura contemporánea, Escritura, Ficción.

## **Abstract**

For many years, Federico has been fleeing from one country to another, running from Colombia or resisting himself to return. One day he receives an email from Joaco, who lives in Colombia and was once his best friend. From his wheelchair, Joaco writes to him saying that for the first time in many years, he has seen Emilia from far away, and old love of Federico that had disappeared eighteen years ago. This email and the things it says force Federico to painfully remember his days as a young literature student in Bogotá, his friendship with Joaco, his short but troubled romance with Emilia, the violence of those years, the reasons that kicked him out of the country... But he also remembers his departure to Buenos Aires, that first trip that made him realize that he would always be a foreigner even though Colombia follows him everywhere, even though the memory of Emilia follows him everywhere, even though books and letters and the need to write never leave him.

Federico remembers, rebuilds and writes in order to understand what has happened to him; how was it that all of this occurred, how he got to where he is, what should he do now.

**Key words:** Creative Writing, Novel, Narrative, Contemporary Literature, Writing, Fiction.

# Contenido

	Pág.
Resumen .....	IX
Prólogo (o digresiones sobre un intento de novelar) .....	1
Primera parte .....	7
Segunda parte .....	63
Tercera parte.....	114



## Prólogo (o digresiones sobre un intento de novelar)

Escribir es un placer masoquista. O mejor: escribir *literatura* es un placer masoquista. Pero mejor: *para mí*, escribir literatura es un placer masoquista. Sí. Cuando se habla de literatura, creo yo, nada puede generalizarse.

Escribir, para mí, es un placer masoquista y creo que esa es una de las razones por las que me resulta tan difícil. Yo nunca escribo sobre cosas que me hacen feliz, ni de lo feliz que soy o de lo feliz que es el mundo en el que vivo. Creo que si yo fuera así de feliz, no escribiría. En cambio, lo hago porque dentro de mí tengo cosas que me molestan, cosas que me duelen y no me dejan pensar en algo más, dormir bien, o respirar tranquilo. Por eso, porque escribir para mí es tomar por los cuernos a ese animal, es que a veces resulta doloroso hacerlo.

Siempre es más fácil evadir. Siempre es mejor desocupar botellas y cantar y drogarse hasta que amanezca y vuelva a oscurecer. Pero sentarse a diario a mirarse al espejo y hablar de las cosas que lo joden a uno, pues, caray, eso es otra cosa.

En ese sentido, hace mucho que dejé de pensar en la literatura como evasión. No puedo, creo que nunca podría, hacer tal cosa. ¿Quién se va a evadir de una realidad despreciable y absurda leyendo a Beckett, a Sábato, a McCarthy? ¿Alguien se sintió muy feliz después de leer *La Náusea*, *Los ejércitos*, *La metamorfosis*? ¿O, caso contrario, alguien relee con frecuencia la *Oda a la alegría* de Neruda? Bueno, no voy a generalizar, hay gente rara allá afuera; pero en mi caso: 1. yo no; 2. de nuevo, no; y 3. no, nunca la releo (la tuve que leer para un trabajo en el colegio, de lo contrario, no la habría leído, al menos no completa; me quedo con *Walking around* y demás).

Pero ato cabos: para mí escribir es un placer masoquista, porque cuando escribo hablo de las cosas que me duelen y me frustran y, quizá, en lugar de filtrarlas entre las líneas con delicadeza, las hago peores, las aumento, las vuelvo terribles y entonces me

parece que mi ficción empieza invadir mi realidad. Pero yo no la evado, no trato de hacerme el desentendido de esa realidad. ¿Por qué? Porque por alguna extraña perversión psico-literario-patético-solitaria (si se me permite este breve neologismo y abuso de guiones), esa realidad me gusta. Me duele y me entristece, pero me gusta. Me gusta crearla y sentirla y vivirla y hacerla mía. Ahí está; lo dicho: para mí escribir es un placer masoquista.

Así que se me ocurre que quizá escribo por dos razones: para sacar y para entender (y claro, también porque me gusta y porque me da la gana de hacerlo).

Las obsesiones y las perturbaciones son el malestar, y la escritura una especie de patología.

Pero la cosa es más compleja. No es que algo me moleste, o me incomode, o me entristezca y luego vaya y lo escriba y ¡listo!, se acabó. Ojalá, pero no.

Yo empecé, digamos, con lo lírico. Empecé escribiendo parrafitos y poemitas y frasecitas cursis y melancólicas. Y aunque debo confesar que aún lo hago (menos lo de los poemitas), hace unos años, y ahora mismo más que nunca, vengo descubriendo y experimentando formas de escribir ficciones a partir de eso. Ahora trato de novelizar las cosas que me pasan, de literaturizar mis obsesiones (así no sepa bien qué es eso de literaturizar).

Pero hay dos problemas. En realidad puedo pensar en muchos, pero ahora mismo identifico dos básicos: El primero (sin ningún orden jerárquico) es la voz. Ando buscando una voz. Siempre. Creo que cambio de voz con frecuencia, que tengo una suerte (o mala suerte) de esquizofrenia literaria: leo a Onetti y quiero escribir así, quiero las frases largas, las mil comas antes del punto, los paréntesis, las digresiones, esa prosa que fluye y fluye pero que no (me) cansa. Leo a Antonio Ungar y quiero ese humor, quiero un personaje que haga carcajear al lector y después lo conmueva. Leo y sigo leyendo a Bolaño y me fascina su velocidad, sus novelas río como *Amuleto* y *Nocturno de Chile*, esa voz oscilante entre el delirio y la locura. Y después leo a Valeria Luiselli, y quiero escribir así, con sus frases cortas y certeras, su humor, el desdoblamiento de la voz que narra, la fragmentación, los planos... Y así con Evelio Rosero, con Cortázar (por supuesto), con Vargas Llosa, con Rulfo, con Antonio Caballero, con Camus, con Zambra, con Beckett, con Steinbeck, con Cervantes... Busco una voz sabiendo que no existe la originalidad, que no hay tal cosa

como ser novedoso y original, que todos vienen de muchos otros; busco, entonces, una voz que tome lo que más me gusta y pueda servirme de los escritores que releo, una voz que funcione y me permita sostener y hacer verosímil las cosas que quiero contar. Y sé que esa es una búsqueda que tarda años, muchos años. Pero espero seguir en esas...

El segundo problema es la verosimilitud. Yo solía pensar que se trataba de tener firmes convicciones (o firmes confusiones) y una serie de sentimientos latentes para impulsar el proyecto creativo, y combinar todo esto con una buena prosa. Pero no. Apareció el monstruo de la verosimilitud. Sucede, me sucede, que uno está tan acostumbrado a la realidad, que se le olvida o no cae en cuenta que ésta es inverosímil. La vida, el mundo, lo “real”, está plagado de inverosimilitudes; pero en la coherencia interna de un texto narrativo, en el mundo autónomo que crea, no puede haber tales cosas. Si las hay, el lector descrea, se aburre, cierra el libro, y la novela se va a la mierda. Ese ha sido y seguirá siendo uno de mis grandes problemas: no importa si, supongamos, se escribe “bien”, se crean buenas imágenes, si se tiene un buen fraseo, etc., no, no interesa, porque si lo que se construye con todo eso no es verosímil, entonces, como dirían Valdimir y Estragón, *nothing to be done*.

Pero no todo es tan malo, de tropiezo en tropezón se aprenden cosas. O mejor dicho, se encuentran distintas maneras de lidiar con tanto problema. Se me ocurren dos ejemplos: el primero es que hay que volver sobre un asunto una y otra vez. No se trata de leer, se trata de *releer*. Tampoco se trata de escribir, se trata de *reescribir*. Tener la paciencia, la disciplina y las ganas de volver sobre un escrito y corregirlo, de regresar a un libro y de a pocos ir encontrándole las costuras, el estilo, las imágenes... Y el segundo: he aprendido a las malas que uno como escritor no tiene distancia frente a su obra, y por eso es necesario tener lectores de confianza. Alguien en quien uno confíe y tenga criterio y agallas, es una ganancia inmensa.

Adicional a esto, también he tenido la oportunidad de aprender y experimentar algo que cambió radicalmente mi proyecto de novela. Cuando empecé esta novela (que no sé si es una novela) mis personajes eran: María, una divorciada de unos 40 años; Escobar, un periodista-escritor de unos 45; y Juan, un editor-escritor de unos 30. En un principio, trabajé mucho sobre estos personajes, reescribiéndolos y reinventándolos una y otra vez con ayuda de mi tutor. Y sin embargo, Escobar se convirtió en mi demonio: era

inverosímil y estaba lleno de clichés; Darle una voz a María, una voz de mujer, de divorciada, fue algo muy difícil; Y contar todo esto a través de la voz de un narrador en primera persona que, aunque tenía 30 parecía de 16, fue desgastador. Así que en segundo semestre mi tutor entendió y pudo apreciar, creo yo, el esfuerzo que yo había hecho para construir y profundizar en estos personajes; pero, sin embargo, me dio su consejo sin preámbulos: escribir, al menos por ahora mientras se está empezando, sobre cosas que uno conozca. Lo pensé mucho, pero al final entendí. Yo, por ejemplo, no soy ni conozco a un periodista-escritor como Escobar, tampoco tengo idea de qué es un matrimonio, mucho menos un divorcio. Y solo tengo 24 años. Y no he experimentado casi ninguna de las situaciones en que ponía a estos personajes.

Así que tomé la decisión de darle un giro a la novela. Un giro inmenso en la trama y el argumento, pero continuando con las mismas preocupaciones de siempre. Es decir: cambió el artificio que pensaba utilizar, pero no las pulsiones. Y es que creo que, en últimas, el argumento y la historia son eso, un artificio que uno como escritor utiliza para contar lo que realmente quiere contar, para transmitir sus obsesiones, sus preocupaciones, sus malestares, sus demonios. Me decidí entonces por situaciones y personajes más cercanos a mí, por escenarios por los que pasé y ambientes en los que viví inmerso: la universidad, las letras, Buenos Aires, la escritura...

Después empecé a escribir; es decir: constantemente. Y aunque entonces no sabía para dónde ir (como ahora mismo, mientras escribo estas líneas), me consolaba pensar en algo que varias veces escuché: que uno conoce su novela a medida que la escribe; a lo cual yo le agregué una cosa más: que uno conoce su novela a medida que la escribe, aunque no tenga ninguna certeza de que, en efecto, se trate de una novela. Así que durante un año y medio escribí y escribí, y borré y borré, y reescribí y reescribí (que suena a mucho trabajo pero que, en este momento, no me parece tan grande). Y cada semana mi tutor, más que una crítica, me ofreció una lectura. Él me contaba su manera de recibir mis líneas, sus interpretaciones, lo que la anécdota y el lenguaje y la forma le despertaban; y yo escuchaba, tratando de ver hasta qué punto había querido decir eso, contar eso, estructurar eso. De esas sesiones salía yo con la cabeza alborotada, con la novela bailándome por entre el cuerpo, con ganas de escribir más o de escribir otra cosa, pero, en fin, con algo que se me movía por dentro. Entonces seguí escribiendo, así, semana tras semana; hasta que

cerré la novela; hasta llegar, luego, a este prólogo, a este párrafo, a esta línea que voy terminando. Punto. Aparte.

Entonces... ¿qué hay en el fondo de todo eso que he escrito y que viene a continuación? ¿Qué quiero decir a través de mis personajes y mi historia y su forma? Eso, espero, estará entre el texto, entre las líneas. Eso se sentirá, espero. Si un escritor pudiera decir de frente y puntualmente qué es lo que le pasa, qué es lo que quiere decir, entonces, creo yo, no escribiría. Por eso se escribe literatura: para decir lo indecible, sugiriendo, porque la literatura toca fibras humanas que el lenguaje formal no. La literatura no se trata tanto de entender como de *sentir*. Me parece que leer un texto literario como una denuncia social o un documento histórico sería errado; el texto literario, contrario al histórico o al periodístico, es un vehículo de conocimiento subjetivo.

Y así voy terminando esta especie de arte poética que no es arte poética, este prólogo que no es prólogo, esta entrada a una novela que no es novela. Escribo y sigo pensando, inevitablemente, en escribir, y en las razones que me llevan a hacerlo. Y a todo esto, ya verá mi hipotético lector, le sigue más de eso.



## **Primera parte**

*La mesera se me acerca y, en un idioma que no es el suyo, me pregunta si deseo algo más. Por sus rasgos y su acento, puedo notar que es latina. Aunque no hable en su lengua natal, pienso que ya debe estar acostumbrada a comunicarse en otros idiomas, acostumbrada a sentirse extranjera; que uno, en últimas, termina por acostumbrarse a casi todo. Nada más, señorita, le respondo en español; solo la cuenta, por favor.*

*Con agradecimiento o con complicidad, ella me sonrío. Su sonrisa me recuerda la sonrisa de alguien más. Mierda. Si pudiera escoger qué olvidar.*

*Escribo para entender, no al revés. Si entendiera, no escribiría. O al menos por eso escribo ahora. Fue hace muchos años, pero aún sigue siendo. Tanto tiempo, y sin embargo ahora todo empieza a volver: Joaco, Emilia, esos meses agridulces en Bogotá y Buenos Aires; una tarde, un sobre, y tres vidas que se quebraron.*

*Y es que son casi veinte años. Ahora, cuando no hay nada que hacer en este café, pienso que han pasado casi veinte años desde que salí corriendo de mi ciudad y mi país. Francamente, me habría ido de este planeta si hubiera podido, en la primera nave interespacial que me llevara lejos de de mis recuerdos, a un planeta olvidado donde poder sentarse a olvidar. Pero nadie se inventa aún el turismo espacial. Nadie trafica aún con naves espaciales. Y yo todavía sigo corriendo.*

*Aunque varios años después las cosas han cambiado tanto, a ratos siento que nunca cambió nada. En todo este tiempo no he dejado de huir, sin saber muy bien de qué, pero no he parado de rodar. A veces pienso que quizá huyo de la comodidad, de la*

*costumbre, de los pocos conocidos, de las calles que me recuerdan otras calles y me devuelven a ese país del que quise (y quiero) huir.*

*Entonces a falta de naves espaciales, me consuelo con los aviones. Vivo una vida similar a la de un parásito, soy como una rémora de ciudades: cuando llego a alguna, a cualquiera, tomo lo que puedo tratando de no darle a cambio nada a nadie, intentando involucrarme lo menos posible con cualquier persona, intercambiando pocas palabras con los taxistas, buscando amantes de una sola noche, cenicientas de saldo y esquina, y olvidando sus nombres y sus cuerpos al día siguiente. A cualquier pobre ciudad agobiada y doliente, le arranco lo que puedo durante el tiempo que pueda (y a veces más), y luego me voy. Quemo mis naves. Reservo un asiento en un avión. Me pregunto cuánto tiempo más para la era del turismo espacial. Voy cerrando puertas con un golpe y me despido sin dar las gracias. Au revoir!*

*Ya es costumbre. Uno termina por hacerse a todo. Yo, por ejemplo, ya me acostumbré a esta vida de desapegado, a vivir conmigo mismo y mis pensamientos y mis páginas. Me acostumbré a escribir casi todos los días, a la turbulencia en los aviones, a comer y a caminar y a fumar solo; me acostumbré a mi solitud (que sé que no es una palabra castiza, pero llamarle a esto “soledad” no sería del todo correcto). Hace años que no me drogo. Con el whisky y los cigarrillos me alcanza.*

*¿Desde dónde escribo ahora? ¿Qué tan lejos de Colombia estoy? Eso no importa. Siempre me instalo en ciudades en donde pueda sentirme desencajado, inquilino, quizá incómodo. Voy en busca de un lugar lleno de desconocidos, de algún sitio donde nadie me conozca la cara y a la vez nadie se sorprenda de ver a un desconocido. A lo mejor es eso lo que busco: el anonimato, el camuflaje, algo así, volverme transparente.*

*Pero ahora vuelvo sobre estas líneas, releo algunos de estos últimos párrafos, y me da tristeza. No me explico en qué momento las cosas se volvieron así, cuándo fue que la vida se me rompió. Yo pensaba que iba andando un camino de progreso y oportunidades, que ascendía, que iba por lo alto; pero de repente, cuando ya fue muy tarde, sin darme cuenta*

*me vi del otro lado. Un día aparecí muy lejos, solitario y mirando desde una orilla del mundo cómo se alejaban de mí las vidas de la gente que alguna vez quise. Para entonces fue tarde. Lo que sea que fuera aquello, se me salió de las manos. Ya no pude hacer nada.*

Fede:

¡Quihubo! ¿Cómo va todo?

No me va creer, pero ayer vi a Emilia.

Bueno, la verdad no tengo certeza porque no le hablé, pero le podría jurar que era ella. Yo acababa de volver a Bogotá, venía de la finca, estaba en el carro con mi hermano, esperando a que cambiara el semáforo y de pronto la veo pasar enfrente de mí. Estaba flaquéisima y parecía borracha, o drogada, no sé, caminaba raro. Está bien cambiada, pero estoy seguro que era Emilia. Me quedé mirándola pero ella no me vio porque estaba como embobada, mirando a lo lejos medio abstraída. Eso como a las 6:30 de la tarde, ya estaba oscureciendo.

Fue rarísimo verla así, aparecer de la nada después de tanto tiempo. ¿Hace cuánto fue todo eso, Fede? ¿Usted volvió a saber de ella? (Perdóneme si le molesta que le cuente esto, yo sé que es algo muy difícil, pero precisamente por eso pienso que le puede interesar)

Y bueno, ¿cómo va su vida por allá? Hace rato no me escribe. Aparezca que me hace falta saber de usted, mi hermano.

Yo por acá ando bien. Trabajando como puedo y metiéndole corazón a esta vida. Es duro, pero de a pocos la cosa va dando sus frutos.

Cuídese mucho, Fede. Un abrazo.

Joaco.

## I

Cuando desperté esa mañana, después de un sueño inquieto, no me encontré en mi cama convertido en un monstruoso insecto. Nada de eso. Era una mañana como cualquier otra, quizá más fría y más gris de lo normal, pero, en fin, común y corriente. Afuera, allá afuera, regándose por el resto del planeta debía estar la realidad: estaba la guerra, las potencias económicas, la industria, la administración de empresas... Y yo estaba adentro, sí, pero desde ahí podía contemplar el afuera. Era un lunes, eran las siete, muy pocas horas de sueño, un sentimiento de inconformidad, una desazón. Siete de la mañana. Afuera el mundo se despeña. Tengo la Náusea. Pero no, había que hacer lo posible por ser positivo, repetírselo las veces que fuera necesario, una y otra vez: el mundo no es absurdo, es incomprensible. El mundo no es absurdo, es...

Con el sueño aún enredado en los ojos, me obligué a levantarme. Pensé en la hora de trayecto que me separaba de la universidad, en el bus sucio y ruidoso, pensé en Neruda, en el día lunes que arde como el petróleo cuando me ve llegar con mi cara de cárcel. Pensé en que un día de estos iba a levantarme convertido en un bicho gigante. En el baño me miré al espejo: tenía los ojos rojizos y vidriosos, inyectados de sangre, *bloodshot eyes*. Tenía ojeras. Pensé: si no me meto a la ducha en este instante, me quedo dormido aquí mismo, de pie.

El agua caliente me hizo bien. Nada como una buena ducha para mejorarse y sentirse despierto y recompuesto (hacía unas semanas había leído *Las Aventuras de Arthur Gordon Pym*, de E.A. Poe, donde los náufragos toman baños en el mar para sentirse mejor, y estaba convencido de los poderes terapéuticos del baño). Y más aún que una buena ducha, nada como cantar ahí adentro. Por ser lunes a las siete de la mañana, después de los versos tristes de Neruda, mi primera canción en la ducha fue *You've got to hide your love away*, de los Beatles (*Here I stand, head in hands, turn my face to the wall...*); pero después de más agua caliente, y más melodías, y más champú y jabón, terminé con *Somewhere beyond the sea* (la versión de Sinatra, por supuesto), aunque casi no tuviera que ver conmigo: A mí nadie me esperaba en algún lugar más allá del mar. Y sin embargo

yo, como siempre, me sentía a la espera de algo, de alguna cosa que ya venía, que ya estaba por venir. Había que tener paciencia. *Good things come for those who wait*. Y aunque no llegaba nada, yo seguía atravesando los días parado en esa espera ciega. Ya casi.

\*

*Volver a Emilia, a esos meses agridulces en Bogotá y Buenos Aires; una tarde, un sobre y tres vidas que se rompen.*

\*

La primera vez que la vi fue esa mañana de lunes, a las nueve para ser más exacto. Departamento de Literatura, segundo semestre, primera clase de Teoría literaria, introducción a la estética, Hegel. El cielo gris de la siete de la mañana ya se había despejado y ahora hacía un día hermoso; pero eso no importaba, porque las próximas dos horas las tenía que pasar en un salón frío que olía a humedad. Nada que hacer. *Nothing to be done*. ¿Y si nos colgáramos?

Así que me fumé despacio el cuarto cigarrillo del día antes de entrar a clase, mirando cómo uno a uno iban ingresando al salón mis supuestos compañeros. Entré y me senté en la última fila, en el rincón más aislado del recinto, lo más lejos del tablero y del escritorio y la silla de quien se disponía a dictar la clase (me aterran los profesores de literatura). El salón empezó a atestarse de gente, de estudiantes buscando un lugar donde sentarse, de lectores miopes que mirando a lo lejos, entre el caos de personas y sillas y libros, intentaban dar con un asiento libre. Los últimos tuvieron que sentarse en el piso. En un salón pequeño y desmedidamente sobrepoblado, con la puerta cerrada y apenas una ventanita abierta, la clase era un desorden de respiraciones, una reunión de alientos y sudores. El aire se iba poniendo más tibio, más húmedo.

Entonces, desprevenido, pasé mi mirada por la clase; y allá, tan alejada, del otro lado del salón, estaba sentada ella. Aunque se encontraba al menos a unos diez metros de mí, de inmediato supe que era linda; supe que tenía ojos oscuros, cafés quizá, que se ponía

delineador, que tenía la piel lisa y suave y también un *piercing* debajo de la boca, en el lado derecho, bajo el labio inferior; y un arete en la nariz. Su pelo era negro, más bien corto, peinado de medio lado con algunos mechones que le caían sobre la frente. Era delgada, vestía *jeans*, blusa y un saco de cremallera abierto. Tenía las piernas cruzadas y jugaba con el lapicero entre sus dedos. Su mirada se perdía por ahí: me pareció que, igual que yo, tampoco ponía atención. Pensé: ¡mamasita! (así, con “s”).

Estuve por lo menos más de la mitad de clase mirándola con disimulo (no se fuera a dar cuenta); mirándola sin mirar. Así hasta que, de un momento a otro, ella alzó la mano para pedir la palabra, y habló. ¿De qué? No sé. ¿Fue algo interesante, inteligente, lúcido? No sé. ¿De qué estaban hablando en la clase? De verdad que no sé. Algo sobre Hegel y estética, creería yo. Pero ella habló y yo me quedé mirándola, medio embobado, medio contento de poder mirarla sin importar que lo advirtiera, medio feliz de haber inscrito esa clase. Ella habló y de inmediato todos lo supimos: era extranjera, a juzgar por el acento, probablemente argentina. Argentina, sí. Ese acento seductor y su piel y esos ojos grandes, y sus labios. Y ese *piercing*. Y esos mechones de pelo desordenados. Está divina. *Can't take my eyes off of you*. Me encanta. Una argentina hermosa que hablaba de estética y literatura. Julio Cortázar, Jorge Luis Borges, Bioy Casares, Leopoldo Marechal, Sylvia Ocampo, Alejandra Pizar... no, muy llorona, Ernesto Sábato, José Bianco, Roberto Arlt, Horacio Quiro... no, ese es uruguayo, como Onetti. Una argentina hermosa que yo miraba de lejos pensando que no podía ser, que el mundo es demasiado grande para que en este mismo salón hayamos coincidido tú y yo; tú y yo en este país y esta ciudad y este salón. Una argentina que me seduce con su hablar, con su acento melódico, musical, llevándose la “s” por delante (“los argentinos no nos comemos la ‘s’, la aspiramos”); una argentina que cruza las piernas y juega con el lapicero mientras yo busco sus ojos grandes, delineados, y ella se hace la que no me ha visto.

\*

*Joaco dice que la vio, dice que pasó en frente suyo. No puede ser que se equivoque. Estará jodido, pero no es ningún bruto.*

*Emilia. No sé qué haría yo si volviera a verla.*

## II

Llegué a Buenos Aires un miércoles en la noche (y me fui un miércoles en la tarde). Desde la ventana del avión pude ver un mar de luces que crecía en el horizonte. Había atravesado cuatro mil kilómetros para llegar hasta ahí, hasta ese mar, desde el otro lado del continente, *somewhere beyond the sea*. Traté de imaginar, pensar en los millones de personas y edificios y trabajos, en cuántas vidas, cuántas historias, cuántas mujeres, cuántas porteñas. Recuerdo mirar mis manos que temblaban, secarme el sudor frotando las palmas contra los muslos. Pensar en Bogotá y en todo lo que dejaba atrás. Sonreír con dificultad.

De la mano de Borges, de Horacio Oliveira y de Bioy Casares, yo había recorrido esa ciudad que se explayaba bajo el avión, pero nunca había estado allí. En realidad no tenía idea de qué iba a pasar cuando diera dos pasos fuera del aeropuerto y saliera a andar la ciudad y a darle otra vuelta a mi vida. Por lo pronto, ponerme el abrigo y abrocharlo, o me congelaría de frío. Era invierno. Era Julio. Yo solo quería fumar.

\*

*Fue en Buenos Aires. Tuvo que ser allá. No hay otro lugar ni otro momento en el tiempo que lo explique, no doy con ninguna otra posibilidad. Sin saberlo, lo sé; es difícil de explicar. Es como si alguien desde muy lejos me hablara en una lengua que no distingo. Sé que en Buenos Aires hay un sonido que palpita en el fondo, siento un ritmo, escucho el hilo delgado de una melodía; pero debo aislarla de tanto ruido, rescatarla con cuidado antes de que se pierda entre el barullo.*

*Fue en Buenos Aires donde todo dejó de ser y ya nunca regresó. Ni los libros ni mi búsqueda ni lo que esa ciudad y esa vida tenían que haber sido. Y aunque me fui de allá como me fui de Bogotá, no pude olvidar; solo partí.*

\*

El aeropuerto quedaba en provincia, quizá a una hora de Capital Federal, así que luego de bajar del avión y buscar mi equipaje, rápidamente salí a buscar un taxi que me llevara hasta allá. Del otro lado de las puertas de salida, el mundo se estaba congelando. Eran casi las doce. Ese frío violento entró por mi nariz y se me fue atascando entre la garganta y el pecho. El aire lo sentía entrar denso, los pulmones tensionados: el broncoespasmo, la tráquea cerrándose, esa incomodidad creciente en la garganta que no me podía sacar, como una bola de papel arrugado que subía y bajaba, a veces como piedras. Durante siete horas sentado en el avión, en absoluto reposo, me había olvidado de la tos. El helaje de la madrugada de invierno ahora me la traía de vuelta.

Conseguí un taxi, me abroché el abrigo hasta el cuello, y continué con la última parte de mi viaje. Todo estaba muy oscuro y yo no tenía idea por dónde iba. Lo mismo esta calle que la otra, lo mismo si vamos a Buenos Aires o a otra provincia, lo mismo si me llevan o me secuestran; no advierto la diferencia. Trataba de respirar hondo y despacio para no toser. No voy a fumar. Trataba de buscar en el paisaje algo que me distrajera. ¿Qué estoy haciendo aquí? ¿A qué mierdas vine? No veía personas en las calles, a esa hora todo andaba desierto. Buenos Aires. Bogotá. Cuatro mil kilómetros.

Cincuenta minutos después llegué al lugar donde me quedaría por unos días, una pequeña habitación en una casa de familia que había separado desde Bogotá. A la una de la mañana, luego de muchas horas de espera y de viaje, el cansancio me venía ganando. Toqué el timbre. Nadie venía abrirme. ¿Y ahora? Esperé. Toqué de nuevo. Ansiedad. Ganas de fumar. Toser. Por fin, alguien dentro de la casa encendió una luz y se oyeron pasos hacia la puerta. El ruido de la llave entrando en la cerradura, la chapa girando, el portón de madera inmenso que cede y se abre. Del otro lado vi aparecer el rostro de un viejo sonriente que casi de inmediato me produjo confianza. Hola, ¿Francisco?, me dijo sin dejar de sonreír. No, respondí entre extrañado y divertido, Federico, casi. Federico, sí, respondió poniéndose una mano sobre su cabeza casi pelada y cerrando un poco los ojos. Hola, Federico, yo soy Néstor; adelante. Le di la mano y le devolví la sonrisa. Alcé mis maletas y entré.

Lo seguí por un corredor largo y amplio que atravesaba la casa: del lado derecho vi la puerta de un cuarto entreabierta y una lamparita que al fondo alumbraba una cama doble, después del cuarto, un baño, luego la puerta de otro cuarto a oscuras; después, a lo lejos, lo que parecía ser la sala, un salón amplio con una gran biblioteca, unos parlantes, dos asientos y un sofá, pinturas, un televisor... El corredor llegaba a la cocina, donde había una pequeña puerta que daba a un patio grandísimo. Allí, por una escalerita de caracol hecha de metal se subía a un par de cuartos. En uno de esos me iba hospedar yo. Era una habitación pequeña con piso de madera, un clóset, un escritorio con una lámpara sin bombillo, una cama y un pequeño mueble donde poner libros. Tenía una puerta de madera verde, gruesa, y una ventana que daba al jardín y al techo descolorido de otra casa. Con tanto frío, creo haber sentido algo parecido a la alegría cuando en una esquina del cuarto descubrí un pequeño calentador.

Rápidamente dejé ahí mi equipaje y volví a bajar. Néstor me esperaba en la sala, junto a su esposa. Nos presentamos: Sylvia, esposa de Néstor, argentina, psicóloga, pensionada; tenía ojos azules, tez blanca, era más bien baja, con cierto aire maternal (por ejemplo: “Federico, antes que nada, ¿ya comiste?”). Néstor: marido de Sylvia, argentino, ingeniero civil, pensionado; tenía escasos cabellos blancos, ojos oscuros, tez blanca, era alto, risueño, cordial. Hace unos veinte años que vivían en esa casa inmensa, Desde que regresamos a Argentina, dijo. ¿Y yo? Yo no dije mucho; por venir de donde venía, desconfiaba de todos: Federico, colombiano, de Bogotá, estudiante de Letras. Gracias por recibirme. El gusto es mío. Sí, estoy muy cansado. Sí, quisiera ir a dormir ya, mañana saldré a caminar por la ciudad. No, con nadie, iré solo. Para nada, lo disfruto.

Les di las buenas noches y subí a mi nueva habitación. Me puse la ropa de dormir, tosi un poco, desempaqué algunas cosas; luego oriné, me lavé los dientes y finalmente me metí entre la cama sin haber comido (“Sí, Sylvia, gracias, ya comí”). Lejos de mi ciudad y mi familia y mis amigos (y mi país, supongo), en ese momento no quería pensar. Contaba con que el cansancio del viaje me derrumbaría en un sueño largo y profundo. Confiaba en que el sueño vendría rápidamente a despejarme las voces. Yo solo quería somnolencia, letargo, dormir sin pensar, pero cuando apagué la luz no pude hacer nada de eso. La noche se me vino encima. El silencio se desbarató. Mi cabeza se llenó de angustia y soledad. Una cama tendida, un cuarto vacío, adiós, Fede, cuídate, un periódico, un titular, Joaco, la foto

de una farmacia destrozada, nos vas a hacer falta, Fede, la universidad, mis tenis viejos, un salón de clase lleno de alumnos, Soy argentina, sí, de Buenos Aires, unos labios con un *piercing*, dos cigarrillos pielroja, cerveza, botellas y una bolsita con polvo, los ojos negros y grandes, la línea sutil del delineador, su espalda desnuda, toda la tarde, toda la noche, la bolsita, a la mierda con el mundo y el país, Joaco jodido, de Buenos Aires, cuatro mil kilómetros, siete horas, sí, de Buenos Aires...

En cualquier momento iba a estallar la tos que me palpitaba en el filo de la garganta.

\*

*Los dueños de esa casa, efectivamente, se llamaban Néstor y Sylvia; pero Néstor, por ejemplo, no era ingeniero civil. No logro recordar su profesión, así que le di alguna que se me ocurrió y me pareció creíble. Como este, voy advirtiendo detalles que no corresponden con la realidad de los hechos, con lo que en realidad ocurrió. Me los invento por puro placer, por puro adorno, o porque, a diferencia de la realidad, tienen sentido y son verosímiles (por ejemplo, en este contexto no sería verosímil que Néstor fuera rey, o actor porno, o árbitro de waterpolo). Me pregunto en dónde empieza el quiebre de la realidad, en qué momento un hecho, al escribirlo, se vuelve ficción; pero más aún: qué es lo que hace que un reguero de palabras se vuelva literatura...*

¡Fede!

Quihubo. Qué bueno que me escriba, así sea en ese tono suyo tan... no sé.

Pues sí, como le digo estoy casi seguro que era ella. Cuando pasó, parecía como en otro mundo, no sé si estaba muy concentrada o muy distraída, pero tenía que ser ella. A ver, le cuento despacio: el fin de semana nos fuimos para la finca Miguel y yo. Cuando nos devolvimos, el domingo, estábamos en el semáforo que queda al lado de La Bodega (¿se acuerda?), y ahí fue. Estábamos de primeras esperando a que cambiara el semáforo, y de pronto entre la gente que pasaba yo reconocí a alguien. Bueno, digamos que me fijé en alguien que sabía que conocía, pero sin saber quién era. Fue muy rápido. Me quedé mirándola porque sabía que la conocía, que yo la había visto en algún lado, pero no sabía dónde (18 años es mucho tiempo, Fede). Y después, cuando ella ya había pasado y estaba del otro lado, me acordé. Dije, ¡mierda, esa es Emilia! Pero en ese momento Miguel ya estaba arrancando y cruzó para el otro lado. Y así fue. Seguimos andando y ya no la vi más. Si hubiera podido o de pronto me hubiera acordado antes, le habría hablado, la habría llamado o algo así, hasta de pronto la hubiera seguido, no sé. Pero, pues, ya sabe, no puedo. Y Miguel estaba cansado del viaje y quería irse a la casa a dormir. Y eso fue...

Claro que, si le interesa tanto, yo podría arreglármelas para ver si la encuentro. Decirle a Miguel o a Luis que me lleven por los lados de La Bodega, a ver si de pronto la vuelvo a ver por ahí. No sé... ¿Usted sabe de alguien que nos

pueda decir algo de ella? Si quiere, yo le puedo ayudar. La vaina es que solo, no puedo hacer mucho.

Y bueno, yo a veces medio bien y medio mal, pero saliendo adelante. Hay que confiar. Y usted también tiene que confiar, Fede. No me gusta sentirlo así..

Y ya me cansé de escribir (el escritor es usted, no yo). Si me responde, le cuento más cosas. ¡Así que escriba!

Cúidese mucho, Fede. Por aquí siempre seguirá haciendo falta.

Un abrazo,

Joaco.

## III

La clase terminó y todos fuimos abandonando el salón. Ella salió casi de inmediato y se alejó hablando con otras dos compañeras. A mí ya se me acercaban conocidos a comentar algo sobre la clase, a pedirme cigarrillos, a hablar de literatura, fútbol, política, noticias y otras yerbas. Si yo no los jodo, no me jodan a mí. Alguien empezó hablar de una película o un documental. Qué argentina más linda. O quizá de una serie. Le tengo que hablar.

No quise ir a tomar café. Me despedí de todos y caminando fui a buscar un bus. Pero entonces, cuando ya me acercaba a la salida de la universidad, la vi caminando a unos pocos metros de mí. Ahí estaba ella, sola, andando despacio. Como esperando a que yo me acerque a hablarle. En cuestión de segundos no pude evitar imaginarme a un Federico diferente que se le aproximaba y, sin que le temblara la voz, le decía Hola, cómo estas, yo soy Federico y... y sin ningún problema se presentaba y le hablaba con fluidez y galantería y buen humor. Pero ese no era yo. Qué cosa.

Así que en menos de cinco segundos barajé mil opciones de inicio de conversación, mil opciones de posibles respuestas y otras mil de posibles caminos que podría tomar nuestra hipotética charla (algo así como un Juan Pablo Castel adolescente). Y entonces, decidido y lleno de nervios y adrenalina, me acerqué. Fui directamente hacia ella, sin disimular ni aparentar ninguna casualidad, y la saludé. Hola, dije. Así empecé, nada de las mil bobadas que había tejido en mi cabeza cinco o diez segundos antes. Hola, le dije, y traté de sonreír sutilmente. Ella, a su vez, sonrió. También me notó en la clase. Hola, contestó, y volvió a sonreír mientras sus ojos huían de los míos.

\*

*(Quizá) Se trata de simular. De ser y no ser entre las líneas: filtrarme entre la ficción, disfrazarme de libro, volverme de páginas y renglones.*

\*

Se llamaba Emilia. Eso me dijo cuando se lo pregunté. Hola, Emilia, le respondí, yo soy Federico. Hablamos de muchas cosas en muy poco tiempo; le hice todas las preguntas que se me ocurrieron y ella respondió a todas con una sonrisa: ¿Eres argentina, cierto? Soy argentina, sí, de Buenos Aires. ¿Y por qué te viniste hasta acá? Y... no sé; quería salir de mi país a estudiar y no tengo dinero para ir más lejos que Colombia. ¿Y allá qué hacías? Y... en el día trabajaba en el kiosco de mi madre y en la noche en un bar. ¿Fumas? Sí, gracias. ¿Te gusta Sábado? No. Y así, aunque me costó trabajo, logré mantener la conversación con ella hasta la salida de la universidad, luego pasando el puente y luego hasta la avenida donde íbamos ambos a esperar un bus.

Mientras tanto, me dijo que vivía con una amiga en Chapinero, que llevaba poco tiempo en Bogotá, que mejor iba a tomar un taxi y que Acá la gente usa mucho la palabra “coger”. Yo le dije que siempre había querido viajar a Argentina y conocer Buenos Aires, aunque nunca antes lo había pensado. Deberías, me dijo, es lindo, seguro que te gusta.

Después de un rato, por fin pudo parar un taxi. Se despidió de mí con un beso en la mejilla, me sonrió y me dijo Chau, Fede, nos vemos mañana. Chao... (no supe si decirle Emilia, o Emi o...), nos vemos, le dije. Ya dentro del carro, antes de cerrar la puerta, me preguntó si quería compartir el taxi. Y yo me habría subido de inmediato, pero caí en cuenta que no tenía plata. Mierda. Entonces le respondí Gracias, pero voy a “coger” un bus.

Tardé un momento en entender por qué se rió.

\*

*Juaco escribe que “No me gusta sentirlo así...” Pero él no tiene idea de lo que es “sentirse así”. “Usted también tiene que confiar, Fede”. ¿Confiar en qué, Juaco? ¿En qué confía usted? Eso quisiera saber yo. ¿En qué mierdas confía alguien que se pudre en una silla de ruedas?*

*Él no (me) entendería. Siempre fue un tipo de convicciones y grandes verdades. Pero ahora somos como dos islas. Hace rato que no sé quién es Joaco. Mi mejor amigo, Joaco.*

*“El escritor es usted, no yo”. No entiende que todo esto es una mentira. Somos como dos islas.*

\*

Al día siguiente Emilia no vino a clase. Me quedé en el salón durante la primera hora porque pensé que en cualquier momento iba a llegar; que entraría con los mechones despeinados sobre la cara y con las mejillas coloradas por el paso apurado que traía, que se sentaría y desde el otro lado del salón me haría un saludo con la mano, después me iba a sonreír, me iba a mirar el resto de la clase de cuando en cuando y luego, en un papel, me mandaría una notica que dijera... Bueno; soñar, entonces, no costaba nada.

Me quedé hasta el final porque pensé que ella sí vendría a la clase que seguía. Pero no. Nunca llegó y entonces al final de la segunda clase salí y me quedé pensando en que toda esa mañana había sido un desperdicio. Madrugar para nada. Al que madruga, dios le ayuda. Al que madruga dios le ayuda a dormirse en clase. Al que madruga, a dios no le importa si madrugué o me dormí en clase. Dios no madruga. La revolución no madruga. Emilia no madruga. Yo para qué madrugué.

\*

*Tres cosas: 1. Menos pensamientos. 2. Más acciones. 3. Menos pensamientos y más acciones.*

\*

Pero al día siguiente sí vino. Yo entré tarde al salón y tuve que sentarme en un lugar donde ella no me podía ver. Me senté muy atrás y Emilia estaba casi al enfrente, de espaldas a mí. Desde mi puesto, me pareció que estaba muy concentrada en lo que decía la profesora como para voltear a verme. No cruzamos miradas ni una sola vez.

Yo me aburría. Hegel me aburre, Hegel se aburre de ser Hegel y esteta, es-teta. Intenté hacer un dibujo en mi cuaderno, y fracasé. Traté de pensar en algo que pudiera escribir, pero entre tanta gente y con la profesora hablando tan duro, no podía. Entonces, como no se me ocurrió nada, decidí copiar letras de canciones en mi cuaderno. Un par de

versos de alguna, después de otra, después de otra más, después otros más de la primera, y así. Y a veces, como para disimular o como para convencerme un poco de que estar en clase, tomaba alguna nota de lo que le oía decir por ahí. Entonces, entre algún verso de, por ejemplo, los *Beatles*, escribía algo como: “el arte se perfecciona a medida que se aleja de la materialidad” y seguía con *He’s a real nowhere man, sitting in his nowhere land*. Después: “por eso la poesía vendría siendo el arte supremo”, *come on, come on, come on*, “por poesía se refiere a lo que hoy entendemos como Literatura”, *please please me, whoa yeah!* Y así hasta cansarme de copiar letras y notas al azar. Luego me pasé el resto de la clase pensando en qué habría pasado si Hegel hubiera conocido a los *Beatles*.

Cuando por fin salimos, me acerqué a hablarle a Emilia. Me saludó sonriente y pareció feliz de verme, aunque en la cara se le notaba un cansancio inmenso. Siendo así, no sé por qué le pregunté si estaba cansada. Dijo que sí, por supuesto; que había tenido muchas cosas que hacer, que había dormido muy poco. ¿Por eso faltaste ayer? Sí, por eso. ¿Y te tienes que ir ya? Y... no, tengo tiempo. ¿Vamos por un café? Dale, vamos.

\*

*Paro de escribir porque se me antoja un café, y porque no sé cómo seguir. Sé qué sigue en la historia que relato, sé qué va a pasar, pero no cómo seguir. Mientras preparo el café pienso en las trivialidades que solamente son importantes para uno y para nadie más, como apenas dos palabras de una canción, o el orden sintáctico de una frase, o la manera en que alguien revuelve un café o enciende un cigarrillo; o juntar a Lennon, McCartney, Ringo y George con Hegel; o escribir.*

\*

Mientras tomábamos café, me contó, de nuevo, que estaba en Bogotá porque no le alcanzó el dinero para llegar más lejos. Dijo que le gustaba esta ciudad, que aquí se vivía bien y que No es tan peligroso como te hacen creer. Después habló de viajar, de lo poco que había viajado y lo mucho que quería viajar, de ciudad en ciudad, de país en país; dijo: Yo creo que no hay nada que te enseñe más cosas que viajar, y también que El mundo es de todos y que Las visas son la peor mierda que se han inventado. Sé que mencioné algo

sobre su acento y ella me dijo que los extranjeros no lo captaban bien, que Los argentinos no nos comemos la 's', la aspiramos. Después, mientras ella encendía un cigarrillo, le pregunté si pensaba regresar pronto a Buenos Aires. Dijo que no sabía muy bien, que no creía. Se me ha vuelto difícil vivir en Argentina, dijo, y se quedó mirando su vasito de café. Yo no entendí por qué se puso a revolverlo tanto con el mezclador, si no le había puesto azúcar.

Hubo unos segundos de silencio.

Luego me preguntó si había entendido la jerarquía de las artes en Hegel y yo le dije que Por supuesto. Pensé en un Hegel de patillas largas y pobladas, con unas gafitas redondas y una guitarra eléctrica. *Whoa yeah!* Le dije que, si quería, un día podíamos estudiar juntos. Sonrió y me dijo que sí. Me pareció un buen momento para pedirle su número de celular, y así lo hice. Me lo dio y yo le di el mío.

Recuerdo que unos veinte minutos después, luego de habernos despedido, saqué mi celular en el bus, abrí la agenda de contactos y busqué en la letra "E"; ahí estaba: Emilia. Revisé que tuviera el número. Volví a guardar el aparato en mi bolsillo. Pensé: Emilia.

## IV

Había planeado despertarme temprano y salir a recorrer la ciudad, a pasearme por las calles de ese mítico Buenos Aires de los libros y las canciones. Pero me desperté tarde. Y en el mítico Buenos Aires llovía tanto y estaba tan oscuro el cielo, que no daban ganas de salir. Así que, como bien sabía hacerlo desde hacía tiempo, decidí quedarme en la cama hasta que el mundo allá afuera se mejorara; y en esas estaba cuando sentí la punzada del hambre en mi estómago. Eran poco más de las once de la mañana. La noche anterior no había comido y me pareció que hacía mucho tiempo no comía nada. Debí haber aceptado la comida de Sylvia. Solo dormir y fumar y divagar. Así que me vi obligado a salir a la calle a buscar algo de comer.

Una vez bañado y vestido, me sentí mejor. Aunque me pareció inapropiado, no sé por qué en la ducha me dio por tararear un vallenato. Salí repuesto. Me moría del frío, pero tenía toda la energía y la actitud de salir a recorrer la ciudad. Me abotoné el abrigo hasta arriba, me subí el cuello de la canadiense, y eché a andar. Quise silbar un tango, pero me di cuenta que, en realidad, no me sabía ninguno, y entonces salí cantando bajito una canción de Fito Páez y Spinetta: *Instant-táneas de la calle... veo una separación, un choque, un estallido, una universidad... Hace frío en Buenos Aires... yo sigo con vos...*

Una vez en la calle, no supe a dónde ir. Caminé hasta la esquina y cuando llegué allí tenía cuatro opciones, cuatro calles, cuatro caminos. Lo mejor, me pareció, era ir por la avenida más grande y más amplia. Doblé hacia la derecha y ante mí se extendió una avenida grande y larga, muy larga, hasta donde podía ver. Vi que en una plaquita, en la pared de algún edificio, decía “Corrientes 21...” (Voz de Gardel) Corrientes 348, segundo piso... ¿Qué sigue?

Nunca había visto edificios como esos, al menos no tan seguidos. Uno tras otro, daban la sensación de estar creciendo, a veces de venirse encima de la calle. Yo no había estado en Europa jamás, pero pensé que así debía ser Madrid o Londres o París. Me sentí como un ignorante, como un niño que por primera vez acaba de salir de su pueblito y se sorprende ante lo que siempre ha estado allí afuera. Y eso era yo precisamente: un jovencito precoz que estaba descubriendo el agua tibia, un hijo del mal llamado Tercer

Mundo que había llegado a una imitación del Primero, un adolescente de 22 años con ganas de ser Horacio Oliveira buscando a la Maga.

Caminé un rato por la avenida Corrientes hasta que ya no pude aguantar más el frío. Buscando algún lugar donde refugiarme, del otro lado vi una librería. Ahí. Crucé con cuidado, sintiendo que los huesos de las manos y las piernas se me congelaban. Entré y la puerta se abrió haciendo sonar una campanita. Con una mano en la puerta, me quedé un momento en el marco mirando hacia adentro. En el fondo del salón un hombre leía un periódico sentado frente a un pequeño escritorio. Sin cambiar de postura levantó sus ojos por encima de los lentes, me miró, y luego volvió a su lectura. Cerrá, pibe, me dijo, está fresquito. ¿Fresquito? ¡Yo me estoy congelando! Cerré la puerta y de inmediato sentí el ambiente tibio. Calentador. El hombre dejó el diario sobre el escritorio y se levantó de la silla. Vino hacia mí, sonriendo. Hola, ¿en qué te puedo ayudar?, me dijo. Yo no supe qué responderle, nunca sé qué ando buscando en una librería. Nada en especial, respondí, solo quiero mirar. Dale, adelante, dijo.

Me desabroché un poco el abrigo y me quité los guantes. Mis dedos lentamente se fueron soltando, casi expandiendo. Mientras mi cuerpo empezaba a descongelarse, me acerqué a un anaquel al azar: “Historia Argen...” No. “Vida de Hipólito Yrigoyen”. ¿De quién? “Argentina, 1516 - 19...” No. ¿Buscás algo de historia?, dijo el hombre. Lo había perdido de vista, no noté que me había seguido hasta el anaquel y estaba parado a un metro de mí. Pues... la verdad, no, dije; busco Literatura; latinoamericana; contemporánea. Ah, sí, respondió, por aquí.

El hombre me llevó un poco más al fondo de la pequeña librería. Aquí tenés la argentina, específicamente, dijo, y en seguida la latinoamericana. Gracias, dije sonriendo. Le eché un vistazo a los libros, sin leer sus títulos, apenas viendo sus colores. Aspiré buscando el olor de esos libros (no huelen igual los libros viejos a los guardados o a los nuevos...). Después me acerqué más y empecé a examinarlos. Tomé uno al azar. Lo abrí; leí: “Aquí me pongo a cantar/Al compás de la vigüela/ que el hombre que...” Lo cerré. Martín Fierro. Lo volví

a guardar. Tomé otro, de tapas verdes, leí la primera página: “Domingo Faustino Sarmiento”. Lo cerré inmediatamente. Civilización y barbarie. Demasiadas clases sobre el gaucho y la europeización y la... Di unos pasos a la izquierda y entre tantos otros títulos lo vi: “Adán Buenosayres”. Esto sí que es bueno, al menos los primeros libros. Abrí una de las primeras páginas y leí: “Adán Buenosayres abrió definitivamente los ojos, y al ver que los objetos le mostraban su cifra irrevocable, saludó al fin, descorazonado: «¡Buenos días, Tierra!»”.

Habría seguido leyendo (apenas llevaba unos minutos allí adentro y ya estaba entrando en calor), pero volví a sentir la punzada del hambre. Llevaba muchas horas sin comer. Así que le di las gracias al hombre por su amabilidad y me despedí diciendo que volvería pronto. Me abroché el cuello del abrigo, me puse los guantes y de nuevo me preparé a enfrentar al frío. Cuando abrí la puerta el viento me estrelló la cara. Sonó la campanita. Tres pasos fuera de la librería, en la mitad de un andén desolado, en una ciudad donde se estaba cayendo el cielo, miré hacia ambos lados sin saber a dónde ir. Mi estómago gruñó. El frío me hizo toser. Buenas tardes, Buenosayres...

\*

*No sé si me canso muy rápido de escribir, o si me canso de escribir muy rápido. En todo caso, para descansar, cierro el computador, me sirvo un whisky con hielo y enciendo la televisión. En la pantalla aparecen Los Simpson. Lisa y Homero están discutiendo en la cocina:*

*Lisa: Yo leo libros como tú bebes cervezas.*

*Homero: Entonces tienes un grave problema de lectura.*

\*

Me pareció que la casa de Néstor y Sylvia debía quedar hacia la derecha, así que decidí seguir andando hacia la izquierda. Recuerdo haber pasado por dos restaurantes, entrar allí

y, luego de consultar los precios, salir a la calle de nuevo. Tenía muy pocos ahorros y ningún trabajo; no podía darme lujos (la verdad, en Colombia tampoco me los daba; la verdad, en Colombia tampoco tenía mucho para gastar). En el siguiente restaurante al que entré, hallé precios más bajos y allí me quedé. Por muy pocos pesos me ofrecieron un pedacito de carne delgado entre un pan francés, con una hoja de lechuga y dos tajadas de tomate. Sin queso. Sin salsas. No pedí ninguna bebida; en mi mochila cargaba una botella desechable de plástico que había llenado de agua antes de salir. Eran más de las cuatro de la tarde y el lugar estaba solo. La mesera me tomó el pedido, sonriente, y mientras preparaban mi orden, me trajo una canastica con pan. Reconoció mi acento extranjero, escuchó mi voz baja y me miró con ojos de bondad, como si yo fuera un niño que se ha perdido, como si fuera un huérfano, un inocente, un náufrago, no sé. Le sonreí de vuelta con una expresión de timidez. Y me reí mentalmente de esa actuación. Pobrecito cabrón. Casi siempre me creían. El pobrecito colombiano que anda perdido en la gran ciudad. Ay. Sos un pan de Dios.

Me comí todo el pan de la canasta y el pan del sándwich y la lechuga y el tomate y la carne. Todo. Hasta las migas. Pero aún así, seguía sintiendo hambre. A lo lejos, en la parrilla del restaurante, se estaban asando unos pedazos de carne que despedían un olor delicioso. Por todo el sitio se veían fotos de comida: hamburguesas, carnes encebolladas, bistecs en salsa, choripanes, bondiolas... ¿bondiolas? Las neveras estaban atestadas de botellas de vidrio y plástico. Todavía tenía mucha hambre. Con lo que acababa de comer, mi estómago apenas se había despertado y ahora estaba esperando el plato fuerte. 10 pesos: 9.25 el sándwich y solo 75 de propina para ella que me mira como a un abandonado. Nada que hacer. Con mi mano derecha le hice una señal a la mesera. Vino hasta mí sonriendo y yo estiré mi billete de diez pesos. Gracias, le dije. No, a vos, me respondió, y se fue.

Y ya no supe qué más hacer. Me quedé sentado en ese restaurante desolado, dándole sorbos a mi botella de agua como para hacer algo o como para llenar mi estómago con algo. No volvió más la mesera con su instinto maternal. Me quedé ahí, entre las mesas, mirando a la ciudad oscurecer a través de las ventanas del restaurante, pensando en cómo me iba a ir a la casa, en dónde quedaría, en cómo enfrentaría al frío que sólo se ponía peor, en qué sería un bondiola, en fumar, en toser. Pero nada de eso me importó demasiado.

Nada en ese momento importaba demasiado, porque por allá, en alguna remota calle de Buenos Aires, entre la lluvia y los semáforos y los edificios inmensos, tan lejos o tan cerca de donde yo estaba ahora, debía estar ella. En esa misma ciudad en la que yo me moría de hambre y frío, tenía que estar ella, ella: Emilia. Emilia. Joaquín que se pudre, pero yo todo Emilia.

Fede, quihubo:

Leí lo que me escribió y le voy a decir la verdad. La verdad es que no le entendí nada, no le entiendo ni mierda de lo que me dice. Como que sí y como que no, pero al final no me dice nada, no llega a ninguna conclusión. Entonces le pregunto de frente: ¿está pensando en volver a Colombia? ¿O me está diciendo que definitivamente ya nunca más va a volver por acá? Usted que siempre ha sido bueno con las palabras y toda esa vaina, debería ser más claro.

Mire, Fede, yo no sé qué es lo que se ha vuelto su vida, yo sé que no he estado al tanto de las cosas que le han pasado, o que no la han pasado, o de las que quiere que le pasen, yo sé, y también sé que ya no nos hablamos tanto como antes, pero créame cuando le digo que no me gusta sentirlo así. Usted es mi amigo, Fede, y pase lo que pase yo siempre lo voy a querer, así ande rodando por allá lejos, buscando no sé qué cosas, no sé qué respuestas a qué preguntas, no sé qué refugio o protección de qué. De verdad que me duele no entenderlo, pero hace rato que usted se empezó a volver otro tipo, maestro.

Hemos vivido mucho, Fede, muchas cosas usted y yo, y a mí eso nunca se me va a olvidar. Y usted sabe que me tiene sin cuidado lo que los demás piensen de usted y de mí y de lo que pasó. Eso no fue su culpa. Usted lo sabe y yo lo sé.

Vea, Fede, yo sé que es difícil. ¿No le parece que también es difícil para mí? Yo no puedo salir corriendo como usted. Pero este es su país y aquí está su familia que, aunque usted no lo crea, siempre lo ha apoyado y lo quiere y lo

extraña. Y aquí también estoy yo para lo que sea, no hace falta que se lo diga.

Así que déjese de rodeos. Si ya nunca va a volver, no vuelva, maestro. Yo lo lamentaré, me va doler y siempre me seguirá haciendo falta. O si va a volver, vuelva para bien, con ánimo, con ganas de empezar otra vez (que no sea solamente porque apareció Emilia); yo lo apoyo, usted sabe. Pero tome una decisión, y tómela con certeza, con convicción, al menos hágalo por su salud mental. Y sobre todo, tome la decisión por usted, por lo que es o lo que quiere que sea su vida.

Perdóneme si estoy siendo muy duro, pero así es como siento que le tengo que decir lo que pienso. Además no sé otra manera de decírselo, usted sabe.

Sígame escribiendo, Fede. No se pierda. No sea ingrato.

Lo quiero mucho, mi hermano. Le mando un abrazo.

Joaco.

## V

Tenía que llamarla. Tenía que hacerle saber de una manera sutil que me interesaba, decirle entre líneas que me parecía preciosa, que me gustaba y que quería salir con ella, tomarla de la mano, *I want to hold your hand*, y darle besos, besos tiernos, besos sucios, y quererla mucho, y desvestirla, y tocarla y follar. No hacer el amor, al menos por ahora; solo follar. Como animales. Como conejos. O algo así, no sé, nunca he podido separar amor de deseo (¿amor?). Tenía que llamarla.

\*

*Fragmento mi historia porque así la concibo, o porque así la recuerdo o porque así es como me llega, en general, el mundo. Para mí la realidad es como una amalgama de retazos que se superponen en desorden. Así, Bogotá no existe sin Buenos Aires ni Buenos Aires sin Bogotá. No para mí. Aunque a veces las cosas parezcan más un juego de correspondencias que no terminan de corresponderse.*

\*

Así que la llamé. Fue en una tarde de amigos en la que, entre cerveza y cerveza, todos me dijeron lo mismo: había que llamarla ya, Fede, no podía dejar pasar tanto tiempo sin que ella sintiera que me interesaba, no podía dejar que esto se enfriara, que ni por el putas fuera a permitir que me empezara a ver como un amigo, por nada del mundo, güevón, había que llamarla e invitarla a salir, llamarla ya, Fede, no es tan difícil, llamarla. Mientras ellos hablaban, yo asentía; luego guardé silencio un rato, le di un largo sorbo a mi vaso, encendí un cigarrillo, tomé otro sorbo, me quedé mirando inconscientemente uno de los televisores del bar, y algo iba a decir cuando... “¡Gooooo!”, gritó más de la mitad de la gente en el bar. Todos se pararon a aplaudir y a hacer ruidos y a saltar, como si fueran simios. Yo apagué mi cigarrillo en el cenicero y aproveché para levantarme. Salí.

Menú. Agenda de contactos. E. Emilia. Lllaman... ¡Mierda! Cancelar. (Respiro profundo. Otra vez)

Menú. Agenda de contactos. E. Emilia. Llamando...

No sé bien qué fue lo que le dije, cómo la saludé, las cosas que inventé para hacerla reír, la forma en que disimulé el alcohol que ya me bailaba por la cabeza. No lo sé, no lo recuerdo. Pero sé que hablamos por unos minutos, sé que la hice reír y que de alguna manera, por fin, le hice una tímida insinuación. Ella lo entendió de inmediato, como si ya supiera para qué la estaba llamando, como si fuera lo más natural. Dijo que claro, que nos viéramos Para una birra, en estos días, puede ser mañana. Y así, con el mismo tono sencillo y tranquilo, me dijo que pasara al día siguiente por su casa: Vení y acá vemos qué hacer. Yo no entendía nada. Quería fumar. Después fueron solo segundos; ella se despidió, me deseó buena noche, ¿ya es de noche?, y me dijo Hasta mañana, Fede. Chao...le respondí, y no dejé de sentirme sorprendido cuando me escuché diciendo: “Nos vemos mañana”.

Volví a entrar al bar. Cuando me senté en la mesa, mis amigos se quedaron mirándome, sonriendo con picardía. ¿La llamó, Fede? ¿Qué le dijo? Jajá, se fue a llamar a escondidas, ¿no? Con un gran esfuerzo intenté quitarme de la cara la sonrisota que debía tener. Los miré a todos. Jajá, ¿llamarla?, les dije, No, muchachos, aquí no; no me paré de la mesa para salir a llamar, me fui a mear.

Al día siguiente me dolía la cabeza y me mataba la sed (celebrando para mí mismo los resultados de la llamada, me emocioné con la cerveza y después me pasé al aguardiente). También me dolía la mandíbula. Sentía nervios por la noche que me esperaba, tenía ansiedad, pensaba en qué pasaría si mejor le cancelaba, y luego en lo estúpido que sería hacer eso.

Ese día me desperté tarde, alrededor de las 3 p.m. Hacia las seis de la tarde salí para la casa de Joaco y llegué casi a las siete. Me recibió en pijama. Se había despertado hacía apenas dos horas y andaba dando vueltas por la casa, sin nada que hacer, hidratándose, paseándose de un lado a otro, imperturbable en su propia resaca. Ni siquiera me preguntó por qué había venido ni qué quería, ni nada parecido. Así eran las cosas ahí. La casa de

Joaco era de todo el mundo: cualquiera de sus amigos podía llegar a la hora que fuese, sin avisar, y siempre lo recibiría como si nada, como si uno también viviera ahí. Entonces nos tiramos en los sofás de cuero del estudio para hablar un rato. ¿Un cerveza?, me preguntó. Lo pensé un momento pero terminé por decir que no. Joaco se rio; no entendía. Es que más tarde voy para otro lado, le dije, si me tomo una, me otra, y no quiero llegar iniciado a donde voy. Está bien, me dijo riéndose, y fuimos a servirnos sendos vasos de limonada con hielo, muertos de la sed. Me preguntó para dónde iba y como no quise decirle se empecinó en averiguar. Cuando Joaco sospechaba que yo estaba saliendo con alguien, tenía que saber con quién. Insistió mil veces y luego empezó a conspirar: es María José, la de su universidad, Fede; ¿no? Bueno, entonces Laura, ayer los vi bien, ahí hay algo; Entonces Jimena; no, ¡Sofía!, ¿Cristina? No joda, Fede, ¿cuál? Yo me reía mientras él insistentemente aventuraba opciones y ninguna le salía.

Debían ser ya las siete y media. A Joaquín le entró una llamada y se quedó hablando un buen rato. Yo aproveché para escribirle un mensaje a Emilia, algo sobre nuestra cita. Me respondió con el mismo tono común y corriente: Vení cuando querás, Fede, aquí estoy. Ya sabés la dirección. Apto. 102. Traé fuego. Joaquín se paró y se fue a la cocina, hablando por celular a carcajadas. Volvió con una botella en la mano, todavía riéndose y todavía hablando: “Jajá, claro, caigan, aquí les tenemos un guarito. Sí, Fede y yo. Pero Fede ya se va. Jajá, sí, es un maricón, pero caigan. Listo, ¡chao!” Ya venía más gente: Jose, Pachito, Sofía, Juliana, Carlitos, El Gordo... ¿No se queda, Fede? Aquí puede traer a su *date*. No, Joaco, gracias, ya me voy. Bueno..., me dijo ya resignado, entonces mucha suerte mi hermano, que se levante a la chica. Gracias, Joaco, respondí yo, ojalá que sí.

Me miró sonriente, tomó la botella, sirvió dos copas y me pasó una. El de la suerte, me dijo riéndose. Sonreí. Entonces ambos alzamos las copas y brindamos. Sentí el aguardiente entrando en mi cuerpo, atravesando mi tráquea, bajando helado y a la vez hirviente por mi garganta. Sentí un ligero calor en el cuerpo, una sensación de energía que siempre me gustó. Ahora yo lo miré riéndome. ¿El de irnos, Joaco? Jajá, de una, Fede, respondió feliz. Llenó las copas. Y brindamos otra vez: Salud, Joaquito, lo quiero, compái. Yo a usted, Fede, ¡salud!

Antes de salir entré al baño. Oriné. Me lavé las manos. Luego estuve un momento mirándome al espejo; los ojos, la nariz, las mejillas, los labios, los labios partidos. Los ojos una vez más, bien abiertos, mirando a la derecha, a la izquierda, arriba, abajo. Bah, todo bien, a la mierda. Del bolsillo de atrás del pantalón saqué la billetera, la abrí, la desdoblé y en el bolsillito escondido, entre dos papeles, la encontré. Ahí estaba, donde la había guardado. Tomé la bolista en mis manos y la sacudí. Busqué el llavero y separé una de las llaves. En la punta puse un poquito, no mucha, no se la vaya a pillar Joaco, la acerqué con cuidado, y snifffff. Va una. De nuevo la llave, la punta, un poquito, me la acerco, sniffff. Dos. Listo.

Guardé todo de nuevo, me lavé las manos, volví a mirarme la cara detalladamente, la nariz y los ojos en especial, y salí del baño. Le di un fuerte abrazo a Joaco: cuídese, maestro, que pasen bueno, saludos a todos. Él a su vez me deseó buena suerte, me dijo Trate de no decir tantas estupideces, y use condón.

Antes de salir, me miró curioso: ¿Tiene gripa, Fede? Está medio enfermo, ¿no? Sí, sí, le dije, me tengo que sonar.

\*

*Para mí que la literatura es el arte de mentir bien. Una buena mentirota, bien construida, bien contada, de costuras sólidas y lúcidas coartadas, es aplaudida por los lectores. Pero en la vida, en la vida de verdad, en el mundo real, la mentira es algo despreciable. Terrible. Como drogarse. No se le miente a la mamá. No se le miente a la novia. Apenas se le puede mentir al lector: chismoso lector: yo no soy yo, la voz de aquí es de otro, este que lees no es este que escribe, nada de eso, yo no fui.*

*Todo lo que no me mate, me hace más muerte.*

\*

Salí de la casa de Joaco y me paré en la avenida a esperar un bus. Fumé para hacer algo con ese tiempo muerto, con los pensamientos sobre Emilia, con la ansiedad. Me imaginaba llegando a su edificio, atravesando por la portería, anunciándome, Federico, de parte de Federico, parado en frente de su puerta con las manos sudando antes de tocar el timbre. En mi cabeza vi su cara, sus mechones despeinados, el *piercing* en el labio inferior, del lado derecho. Casi pude reconstruir su acento argentino. Sí: los nervios me estaban volviendo medio loco. Durante todo el viaje en bus, mis pensamientos fueron de un lado a otro, yendo y viniendo de Emilia hacia Emilia. Sus ojos, unos ojos cafés claro, otros ojos, azules, verdes, esa niña de ojos verdes, la niña de ojos verdes que me dio un beso, la última niña de ojos verdes que me dio un beso, un beso fuerte, un beso suave, ¿cómo sería un beso de Emilia?, ¿cómo iba a hacer para besar a Emilia?, ¿ella también quería?, quién sabe, ojalá, ojalá que las hojas no te toquen el cuerpo cuando caigan..., ojalá pase algo, mierda, qué nervios, fumar, cigarrillos, marihuana, no me molesta para nada que te drogues Emilia, no me molesta, así como estás, tal cual.

Cuando bajé del bus, fui a buscar una tienda. Compré un paquete de cigarrillos sin filtro y unos chicles. Entonces caminé despacio buscando la dirección. Me mataba la ansiedad pero no quise fumar. Cuando hallé el edificio me acerqué a la portería, lentamente. Esperé a que el portero se diera cuenta de mi presencia, sin hacerle señas, tocar el timbre o dar unos golpes en la puerta de vidrio. Cuando me vio, se acercó, desconfiado. Buenas noches, mi hermano, le dije, Voy donde Emilia, al 102. ¿De parte de quién?, dijo. Federico, de parte de Federico, respondí. *Dèja vu*. Un momento, me dijo, y se fue hasta su asiento. Alzó un auricular, espichó un botón y luego habló en voz baja, seguramente con Emilia. Volvió a la puerta y luego de abrirla, me dijo: Siga, joven.

Como en la pequeña fuga imaginativa que había tenido hace un momento, atravesé por la portería, caminé hasta al fondo, hasta el apartamento 102, y me paré en frente de la puerta. Una luz se encendió sobre mi cabeza. Censores de luz. Me sudaban las manos. Respiré profundo, traté de relajar un poco mi cuerpo de la tensión que sentía y estiré mi mano, mi dedo índice, hacia el timbre. Lo oí sonar adentro. Sentí y escuché unos pasos avanzando y una luz se encendió en el hueco bajo la puerta; hubo un pequeño ruido, la chapa giró, la puerta chirrió. Del otro lado se asomó Emilia, desarreglada, como siempre, y preciosa. ¡Hey, Fede!, me dijo sonriendo, Seguí.

## VI

“La siete de la tarde”. Así decía Emilia, “de la tarde”, no “de la noche” (como la mayoría de los argentinos, para ser sincero). Alguna vez se lo expliqué: en Bogotá siempre es de noche a las siete. Siempre. Oscurece a eso de las seis, seis y cuarto, seis y veinticinco por mucho. Pero a las siete ya está oscuro hace rato. Por eso decimos seis de la tarde y después siete de la noche. Ella se quedó pensando, sonrió tímidamente, y después me dijo: “Es medio poético, si lo pensás”. Yo no entendí dónde estaba la poesía. No veía absolutamente nada de poético en eso. Pero era ella era así. Y a mí me encantaba.

Pero en todo caso, en Buenos Aires ya eran las siete de la tarde y yo aún no llegaba a mi casa. Después de quedarme un buen tiempo en aquel restaurante, había decidido caminar a la deriva, vagar por las calles como cualquier personaje literario, arrojarme en un abrigo y fumar en el frío. Y, en efecto, caminé y me subí el cuello de la canadiense y fumé y todo eso. Pero en pocos minutos el frío se me metió en los huesos y solo podía pensar en el calentador de mi cuarto, en el piso de madera, en la cama y las cobijas y la lamparita para leer. Entonces dejé de vagar: ahora sí estaba oficialmente perdido. Perdido, como Emilia. Tenía un papelito en mi bolsillo con la dirección de la casa anotada, pero allí las direcciones no tenían sentido: Corrientes, Israel, Castillo... las calles se seguían sin ningún orden o lógica y por todos lados habían luces y carros y semáforos y lluvia y paraguas.

Entré a una tienda a buscar indicaciones, pero resultó que todos los empleados eran chinos. Si bien hablaban español, no hablaban mi español, si no uno achinado que no pude comprender pero que pretendí comprender, por pura cordialidad. Gracias, le dije intentando sonreír a la señora que trató de darme señas, algo desconfiada. Ella se limitó a asentir. Entonces volví al frío, a mis pasos, mientras intentaba organizar o darle un sentido al caos de indicaciones que me había dado esa señora.

Después de dar mil vueltas entre calles que se atravesaban unas a otras volví a llegar a la avenida Corrientes. Pero esta vez reconocí un par de locales y un banco. Por ahí. Caminé hasta el banco, doblé a la izquierda y de nuevo reconocí haber estado allí cuando

salí de la casa. Estaba cerca. Entonces entré a otra tienda pequeña a preguntar. Esta vez me atendió un argentino. Saqué el papelito con la dirección del bolsillo de mi abrigo y se lo enseñé. Cuando oyó mi acento, el hombre sonrió y me trató con mucha amabilidad. Salió conmigo hasta la puerta de su local y con su mano trazó en el aire el camino imaginario que debía tomar para llegar, por fin, a mi casa. Le di las gracias una y mil veces, casi conmovido, tal vez por su infinita y sincera amabilidad, o tal vez porque me sentía como un moribundo. Mentalmente, me prometí volver a esa tienda, al menos a saludar. Seguí las señas de ese buen hombre tal cual me las dio y me sentí feliz cuando a lo lejos reconocí el alto portón café de la casa. Había logrado llegar, muerto de frío y de hambre, pero lo había logrado. Y lo iba a lograr. Hoy era llegar a la casa, mañana encontrarla a ella. Así tenía que ser.

Lo primero que hice luego de atravesar toda la casona y subir por la escalerita de caracol hasta mi cuarto, fue encender el calentador. Después me tiré en la cama, agotado, muerto de cansancio y de sueño. Estuve mirando un rato el techo, pensando en Joaco, en Emilia y en mi mamá. Cuando miré el reloj ya eran las ocho. En Bogotá debían ser las seis de la tarde.

Los ojos ya se me cerraban...

De a pocos, ese afuera se opaca. El techo tiene manchas, las manchas tienen techo, el techo y las manchas como una sopa de champiñones. Me rasca el ojo derecho. Me rasco el ojo derecho. Mis dedos están húmedos. Humedad. Las manos con humedad, con líquido, espeso, marrón, vino tinto, espeso, caliente, tibio. Las manos calientes con un rojo que es mío y con otro rojo más oscuro que no es mío. Rojo. Joaco. Rojoaco. Joaco rojo de sangre suya y mía. Hay humo por todas partes, hay hogueras por todas partes, hay gente por todas partes y piernas que se mueven muy rápido. Muy rápido. Ventea. El humo asciende. Tengo rojas las manos. Rojoaco. En el pasto. En el andén. En el cemento. Con las manos húmedas y los ojos ardiendo y el corazón que se me revienta. Me rasca el ojo derecho. El cuerpo me pesa como pesa como pesa. El humo es como el humo. Más oscuro. Huele a

picante y a pólvora y a metal. Metal rojo. Vino tinto. Café. Federico, me llamo Federico. Este es Joaco. Pero es que no puedo caminar, no me puedo mover, quiero ir, Joaco, me quiero ir, ya voy, no se vaya, yo puedo, yo puedo, solo tengo que arrastrarme con más fuerza, pero yo puedo, Joaco, no sea así, sus ojos, míreme, sí, ya voy, se lo juro, Joaquín, voy a sacarnos de esta mierda, voy a sa

Toso. Toso mucho. Temblando de frío veo el techo aparecer. Como una sopa rancia, primero, luego como una pared, luego como un techo, por fin como un techo con manchas. Estoy solo. Estoy en una cama, en un cuarto, en una casa, en Buenos Aires. Los ojos me pican, pero me quedo ahí tumbado, a ratos tiritando. Por ahora, por un buen rato, no quiero volverme a dormir.

No sé cuánto tiempo más estuve ahí, tirado en la cama, sin ganas de moverme ni de pensar tanto en qué habría pasado si hubiera hecho las cosas de otra manera. Si Joaco. Si Emilia. Si Buenos Aires. Me sentía agotado y muerto de frío, pero volverme a dormir no era una opción; solo volvería a soñar lo mismo, ya sabía, los malos sueños siempre se me quedan ahí, en un rincón de la cabeza, esperando el más mínimo desliz de sueño para volver a sonar, a rugir.

Eran más de las once. Ya iba a cumplir mis primeras veinticuatro horas en esa ciudad monstruosa de edificios inmensos y avenidas interminables. Ya casi pasaba todo un día y yo no había hecho nada, solo vagar por las calles como un perro sin dueño, congelado, tosiendo, sin hacer nada por buscar señales de Emilia. Quise fumar. Sin cigarrillos no se puede pensar estando así. Pero no lo hice, esa quietud me hacía bien, mi cuerpo de a pocos se iba calentando; respiraba sin dificultad, sentía los pulmones limpios, la garganta suave, la tráquea amplia dejando pasar un aire liviano que entraba con gusto. Sí, eso era: tanto frío y tanto fumar me tenían jodido. Y en cambio, el cuarto, la cama y la calefacción me hacían bien. No podía empezar mi búsqueda con los bronquios en la mano y la garganta cerrándose cada tres cuerdas. Primero lo primero. Cuando me bajara la tos y se calmara el broncoespasmo, entonces ahí sí me iba a botar de cabeza a la ciudad, me iba a caminar de punta a punta las avenidas, iba a entrar en todas las librerías, las tiendas donde vendieran perros, iba a ir a todas las facultades de letras y a los bares y a las ollas y

a los teatros. Cuando el aire por fin me llegara enterito a los pulmones y no tuviera que ahogarme en cada semáforo, yo iba a ir a buscarla a ella hasta el cansancio, sin que nada más importara, hasta encontrarla, hasta verla y hablarle y mirarla a los ojos, y preguntarle qué fue lo que pasó, por qué se fue, por qué después de tantas cosas y tantas veces y tanta mierda, no le dolió la vida como me dolió a mí. ¿Por qué no te dolió, Emilia? ¿Por qué no te duele?

\*

*Siempre hay una excusa para todo. Por patética que sea. Siempre. Excusas → dilatación → miedo por lo que pueda (o no pueda) pasar.*

*Nunca supe si perder a Emilia me daba más miedo que encontrarla.*

*Nunca supe si tuve más miedo de quedarme o de partir.*

*No sé si extraño tanto a Joaco o si ya no puedo ni quiero verlo más.*

*No sé si ahora mismo le tengo más miedo a irme o a volver.*

*Volver. ¿Volver a dónde? ¿Regresar a esa tierra llena de dolor de la que tanto me empeñé en huir? Regresar a ese hogar que nunca fue mi hogar, a la casa que hace rato dejó de ser mi casa. ¿Para qué? O, ¿por qué no? Si después de tanto tiempo todavía me sigue a todas partes este dolor, el ruido de esos días, las palabras de Joaco, el silencio de Emilia... ¿Por qué no voy a volver si el país que dejé derrumbándose todavía no se ha terminado de caer? ¿Será que quiero verlo hundirse por fin? ¿Será que me dan ganas de abrazarlo y decirle que lo quiero, que me duele, que nunca lo pude ni lo voy a poder dejar? Si volver no sirve de nada, salir corriendo nunca sirvió. Colombia. Bogotá y Buenos Aires. Emilia y Joaquín. Mis papás. Mi vida de antes y mi vida de ahora. Las cosas se parecen a las cosas. Tanto pero a la vez tan poco. Este dolor que sigue intacto.*

*...entonces será que nunca te dolió de verdad, Emilia.*

---

\*

Ella debía estar perdida en algún lugar de Buenos Aires. Emilia tenía que estar perdida en algún remoto lugar de Buenos Aires. Yo lo sabía. Yo lo intuía. Ella tuvo que salir corriendo de Bogotá porque las cosas se nos vinieron encima, porque fue demasiado tarde cuando todos nos dimos cuenta que no se trataba de un juego de niños. Sí, así de duro: solamente a las malas entendimos que iba en serio. Las circunstancias fueron una bola de nieve que aumentó a nuestras espaldas. Una bola de nieve que creció inmensa y veloz y arrolladora, bola terrible, bola de mierda. Y cuando nos alcanzó ya no hubo nada que hacer. Solo salir corriendo. Pero yo no pude, no en ese momento; en aquel entonces había mucho en ese país (en *ese*, sí, porque ya no es mi país). Joaco se volvió mierda, y entonces tuve que sufrir en silencio mientras él agonizaba en algún lugar de la ciudad a donde yo no me podía acercar.

No fui capaz de dejar botado a Joaquín. No así. No como quedó.

Quizá ese mismo día ella huyó, o al día siguiente. O tal vez al otro o la semana después, ya no importa. Pero fue a perderse en otro lugar del mundo y yo me quedé. Al lado de Joaquín, aunque sin estarlo. Esperando que algo pasara, que alguien, de alguna manera, me diera una noticia, un indicio, una nota, algo, cualquier cosa. Lo que fuera. Mierda.

Emilia se fue y así salió de mi vida. Yo me quedé con Joaquín.

\*

*“Disculpame, Fede. Te quiero de verdad. Pero tengo que correr”.*

Tranquilo, Fede, nadie se va a enterar. En mí puede confiar, como siempre ha podido. Yo insisto en que debería hacérselo saber a alguien más. A su familia, al menos. A su mamá, Fede, no joda...

Pero en fin. Acá lo espero. Y me alegra mucho, mi hermano.

Un abrazo,

Joaco.

## VII

Su casa olía a marihuana. Su cuarto olía a marihuana. Hasta su gato olía a marihuana (se llamaba Melquíades; Melquíades, el gato). Pero ella no. Emilia siempre olía a flores y a jabón fino. Aquella noche, cuando llegué, cuando crucé la puerta y le di un beso en la mejilla, saludándola, sentí la convivencia de esos olores. Seguí, me dijo. Cerró la puerta y me invitó a pasar a su habitación. Vivía en un apartamento pequeño con sala-comedor, cocina y dos alcobas, cada una con baño. En su cuarto había una cama doble que recuerdo con un edredón de color aguamarina, un televisor, un clóset de puertas entreabiertas donde los libros se confundían con la ropa, una mesita de noche café, una lámpara, paredes blancas, una ventana, un gato. Melquíades, el gato.

Nos sentamos en su cama, ella de un lado y yo del otro. En la televisión estaban dando una especie de musical protagonizado por Johnny Depp. Emilia comentó algo sobre esa película, sobre el elenco, cantó un pedazo de una canción y luego se puso a reír. Yo no entendía nada, pero me reí. Me consumían los nervios. Volteó a mirarme, divertida, y sonriendo me dijo: Compré cerveza hoy, ¿quierés? Claro que quería, claro que sí, a ver si me calmaba. Y también fumar. Ella se levantó y fue hasta la cocina. La oí caminar, encender una luz, abrir la nevera, buscar entre una bolsa plástica, tumbar algo al piso, cerrar la nevera, apagar la luz, caminar de vuelta al cuarto. Luego apareció en el marco de la puerta con dos latas, enseñándomelas en el aire. Le sonreí y ella se rió. Me pasó una lata y volvió a tumbarse en la cama. Yo destapé la mía y enseguida la levanté hacia ella. Salud, le dije. Salud, Fede, me respondió. Vi que entre los dos habían unos libros tirados, de tapas oscuras, y encima de ellos una caja de fósforos y lo que parecía una piedra de tagua. Con una mano curioseé. Alcé la piedra y cuando la tuve más cerca supe qué era. Emilia me miró con expectativa. ¿Trajiste fuego?, me dijo. No se te olvidó, ¿verdad?, se me acabaron los fósforos. No, le dije mientras buscaba en mi bolsillo derecho de la chaqueta, aquí está; le pasé mi encendedor. Bien, me dijo, y luego estiró el briqué hacia mí, como preguntándome. ¿Querés?, dijo. Y yo: bueno, gracias.

El humo y la cerveza me hicieron bien. Poco a poco, entre sorbo y *hit*, me fui relajando. Las manos ya no me sudaban, el cuello no lo tenía tieso, decía las cosas que decía sin pensarlas tanto. Cuando incliné la cabeza hacia atrás para vaciar mi lata, Emilia se levantó y fue por más. Y cuando se acabó esa, yo me paré y fui por más. Muchas veces vaciamos la pipa y muchas veces la volvimos a llenar. El musical protagonizado por Johnny Depp de pronto se puso bueno y, sin saberlo, de un momento a otro nos pusimos a cantar. Emilia entonaba melodías sobre las canciones de fondo, improvisando lo primero que se le venía a la cabeza, y yo, inspirado (no es cierto), hacia lo mismo. Y aunque nada de lo que decíamos tenía sentido, no nos parábamos de reír. Entonces, como si algo o alguien lo hubiese planeado así, justo cuando el musical terminó, ambos acabamos con el último sorbo de cerveza y yo caí en cuenta que ya no había más. Y que solo quedaba un cigarrillo, torcido y medio roto en un paquete moribundo de *pielroja*. Nada que hacer: había que salir por más. Marihuana quedaba mucha, pero la noche no iba a durar sin lo demás. Sería absurdo pensarlo. *Nothing to be done*. Yo le dije que cerca de ahí había muchas tiendas, pero ella dijo que sabía de un buen sitio. Buen ambiente, bebidas baratas y *no cover*. Entonces yo, claro, cómo no, dije que sí; y para allá nos fuimos. *Whoa yeah!*

Salimos a la calle con el cerebro por las nubes. Ambos íbamos tarareando melodías del musical de Johnny Depp, entonando (o desafinando) versos con letras que no tenían ningún sentido. Emilia bailaba. Yo me carcajeaba. Fuimos bajando desde la carrera quinta, o cuarta, ya no sabía, hasta la séptima, en busca del famoso bar. Paramos en una tienda y compramos dos cajas de cigarrillos sin filtro, por si acaso, porque uno nunca sabe. Porque la noche era una delicia, el piso como de caucho; Y Emilia, para comérsela. Ella iba por el andén y por la calle y por el andén, despeinada, risueña, llevada. Yo la miraba con la cabeza dándome vueltas y me gustaba pensar que estaba con ella, y ella conmigo, ahí, que esta noche éramos los dos, solos, ella y yo, y esta traba, y las cervezas, y los cigarrillos, y la noche de puta madre que se nos venía encima, de puta madre, Fede, de puta madre.

El bar o el disco-bar La Bodega estaba todo alumbrado de luces azules. La música reventaba en los parlantes mientras todo el mundo saltaba por la pista y entre las mesas. Las luces parpadeaban. Las botellas subían y bajaban y chocaban. Se oía a la gente gritar,

casi aullar, en delirio y éxtasis. Era un lugar inmenso de tres pisos, con gente por todos lados. La rumba estaba en su cima, estallando por las paredes, regándose entre el gentío. A mí me gusta el aguardiente, me dijo Emilia sonriendo, ¿a vos? A mí, claro. Cómo no me iba a gustar. Entonces ella se fue a buscar algún lugar donde sentarnos y yo me fui derecho a la barra y pedí una botella de aguardiente y dos copas. La botella estaba helada; se me subieron las ganas a la garganta. Di media vuelta y pasé mis ojos por la multitud. A lo lejos, por entre los brazos y las piernas y el humo y las botellas, la vi sentada en una especie de sofá larguísimo ajustado en la pared. Mientras me habría paso hasta allá, la vi encender un cigarrillo, con los mechones de siempre bailándole por la cara. Me senté a su lado y le ofrecí una copa. Destapé la botella, serví los tragos, alcé mi copa y brindamos. *Cheers!*, dije yo. *Santé!*, dijo ella. Se tomó el trago entero, hasta la última gota, echando la cabeza y los mechones hacia atrás con gracia, y luego volviéndola con una sonrisa de picardía. Se quedó mirándome. La vi pasar saliva y aguzar la mirada cuando me dijo: ¿No querés algo más para acompañar esto? Yo la miré divertido. ¿Algo más? ¿Cómo qué? Emilia me siguió mirando de frente, sonriendo con malicia, y aunque no me lo decía, yo sabía qué era. Con disimulo sacó una bolsita de un bolsillo de su pantalón, y yo fui alistando una llave. Si el problema es sin remedio, yo aquí tengo gramo y medio.

\*

*Ayer por la tarde fui a una librería a la que nunca suelo ir, y allí me encontré con Armando Escallón, un viejo conocido que no veía desde hace años. Yo ya estaba ahí cuando lo vi entrar, y aunque intenté esconderme, me vio. Vino de inmediato a saludarme. No lo podía creer él, cómo es el mundo de pequeño, quién diría que se iba a encontrar conmigo justo en uno de sus mejores momentos. Aunque yo no he oído nada de eso, me contó que su último libro ha causado un inmenso revuelo, que en Colombia y en el mundo ha tenido una acogida impresionante y por eso ahora está de viaje, hablando de su obra en distintos países que lo han invitado. Después me ha preguntado por mi vida: que qué hago ahora, si he vuelto a publicar algo, qué estoy haciendo en este país, hace cuánto no voy a Colombia, por qué... No supe qué responderle (ya son muchas páginas buscando*

respuestas), así que respondí con estupideces y un mal chiste (“perdiendo el tiempo con estilo”, “entrenando para el descanso eterno” ...), y él se carcajeó.

Luego, no sé cómo ni sé por qué, pero de alguna manera termino acompañándolo a hacer un par de diligencias más. Después él insiste en que vayamos a un bar, que todo corre por su cuenta. Entonces vamos. Tomamos un vaso de ginebra tras otro hasta que ya no sé qué hora es, dónde queda mi apartamento ni cuál es mi tercer apellido. Entonces Escallón, por debajo de la mesa, pone un paquetico en mi mano. Lo miro con disimulo, para asegurarme, pero ya sé que es. Aunque hace tantos años que no lo hago, sin pensarlo me paro y voy al baño, saco el paquetico y una tarjeta (ya no una llave), y frente al espejo me polveo la nariz. Sniff. Sniff. Y de pronto ya no estoy en ese baño, sino en Bogotá. Vuelvo. Soy Fede y estoy en el baño de Joaco con una llave acuñada en mi fosa nasal derecha; soy Fede, tengo 22 años y estoy a punto de salir por primera vez con Emilia; soy Federico y estoy mirándome los ojos en un espejo para que nadie se dé cuenta que estoy drogado, para que Joaco no lo note, no me increpe y me diga que qué mierdas es lo que estoy haciendo con mi vida, dañando mi cuerpo, mi cabeza, mi salud. Estoy en Bogotá y la vida apenas empieza, pero yo, desde esta lejanía, desde esta ausencia, del otro lado del espejo, sé que nada va acabar bien.

\*

Aunque el sitio era un buen sitio y al aguardiente era barato y estaba helado, con la música a todo volumen no se podía hablar. Así que en contra de todos mis instintos y mis lugares de confort, nos paramos a bailar. Pero no con otra gente, no en un círculo o en un grupo; no: solo ella y yo. *Dance, dance, dance*. Ella y yo intentando bailar como para seguir llevándonos la noche por delante. *Dancing the night away*. Bailando hasta que se vaya la noche. Y, claro, de vez en cuando, entre canción y canción, un traguito pa’ la sed, un pase para seguir arriba, azucita’ pa’l café y para hacer algo con mi vergüenza y mi inseguridad de ser un desorden motriz en la pista. Así no más, con la cabeza y los sentidos en la mierda, todo importa muy poco.

Lo bueno o lo malo de los dos, era que ninguno bailaba bien. Si yo era terrible, ella no era la mejor. Pero aprendía rápido. De a pocos pude ir advirtiendo que Emilia tenía una

especie de naturalidad con la música. Los compases le iban llegando de a pocos, el ritmo se le iba metiendo en el cuerpo, en los huesos, en las piernas, alborotándole las caderas, haciéndole temblar los hombros. Y así ella se iba volviendo un enredijo en mi cuerpo. Se acercaba y me agarraba y me soltaba. Y le bailaban los mechones por toda la cara. Y sonreía y luego la veía aspirar con ganas el aire por la boca. Y la mandíbula no se le quedaba quieta. Y era toda su piel húmeda, sus ojos transportados, un hombro desnudo asomándose por su blusa holgada. Entonces yo, ya anestesiado de toda vergüenza, me enredaba con ella a bailar, regando mis pies por el piso, tratando de seguirle los pasos, buscando los acentos de la canción que sonaba, buscando el tiempo, uno, dos, un dos tres un dos tres, chan con chan, un verano en Nueva York, un dos tres, sniff, sus piernas, me encanta, mierda, ahí viene Richie.

Emilia estaba hermosa y la noche era una bomba que ya iba a estallar o que había estallado, o que si ya había explotado todavía no dejaba de arder. El aguardiente se nos fue todo y entonces ella se escapó a la barra y volvió con dos cervezas heladas. Ya está, Fede, me dijo; tomamos esta birra y vamos. Había que irse antes de que la rumba se enfriara.

Regalame un pucho.

Sos lindo.

No me mirés así.

Jajá, cortala.

\*

*...y leer una y otra vez la frase que estaba enmarcada en la entrada de La Bodega: “el país se derrumba y nosotros de rumba”. Nada mejor. Bailar, beber y besar. No puede haber nada mejor. Súbanle a la música para que no se oiga el país. Que no me joda el país.*

\*

Después, sé que acabamos la cerveza y salimos a la calle. Que ya afuera del sitio, quizá en frente, encendemos cada uno un cigarrillo. Recuerdo sus labios y ella intentando contener la risa mientras fuma. Recuerdo sentir el paladar y la garganta adormecidos. Luego me parece que subimos por una calle, lo más probable hacia su casa, y no podemos parar de reírnos ni de movernos. Tengo ganas de correr por la mitad de la vía. Me recuerdo saltando por la mitad de la vía. Y ella imitándome. Siento que la noche nunca se va a acabar, que la energía nunca se me va a acabar, que la calle es infinita y puedo seguir subiendo y subiendo y subiendo. Y corriendo. No me canso. Nada me cansa. Ni saltar ni correr ni fumar más. No me canso de hacer que Emilia se ría, ni de reírme tanto de lo que dice y lo que hace.

Luego estamos (o aparecemos) entrando a su edificio, por la misma puerta de vidrio grande que recuerdo. Sé que le digo algo al portero, algo amigable, quizá chistoso, pero no sé qué. Viene entonces el cuarto de Emilia, su cama, el olor a marihuana, el edredón aguamarina, Melquíades el gato que sale corriendo, un briqué se enciende, las risas, mis ojos, mi garganta, Johnny Depp, los libros, Emilia sonriendo. Y entonces no sé cómo ni en qué momento de todo ese revoltijo de noche, pero ella me besa. Emilia me da un beso. O yo se lo doy a ella, no estoy seguro. Nos damos besos. Varios. Muchos.

...y después no sé en qué momento me empiezo a ir. Se me cierran los ojos, viene el letargo, se baja el volumen, se acaba la gasolina. De a pocos se nos acaba. Así. A ambos.

Luego, inconsciencia.

## VIII

*Escribo como un masoquista: sintiendo placer con el dolor. Me detengo en las cosas que me dolieron, me quedo mirando las imágenes que me hirieron, las escribo, las reescribo, vuelvo sobre todo eso una y otra vez. Me gusta escribir. Me duele contar. Pero solo me gusta escribir sobre lo que me ha dolido, sobre lo que me ha traído dolor. ¿Por qué? No lo sé. It words me up. Escribo para entender.*

*Entonces a veces pienso que yo no debería contar esta historia. O peor: que no quiero contar esta historia. Pero así tiene que ser. Se me atraganta. Nadie más la va a contar, no como tiene que ser, no como quiero o como intento. Nadie. Qué le voy a hacer.*

\*

En Buenos Aires seguía lloviendo cuando desperté al día siguiente. Antes de abrir los ojos de una vez por todas, podía sentir la lluvia afuera arañando la ventana, tamborileando con fuerza en mi puerta de madera, encharcando el balconcito. Lentamente me senté en la cama, con más ganas de volverme a acostar que de levantarme del todo; pero sentía mucha hambre. Mi estómago era un vacío inmenso que gruñía. Tenía que salir a buscar algo, a hacer algunas compras, algo con qué llenarme la barriga y calentarme el cuerpo.

Aún no había desempacado mi maleta. La vi tirada en un rincón del cuarto, vulgarmente abierta, enseñándome sus entrañas de ropa mal doblada y cremalleras, vomitando un pedazo de saco, una cobija, un zapato, una bolsa. No estaba en ánimos de arreglar ese desorden; solo tenía que sacar algo limpio y seco para ponerme, ojalá impermeable, y echar a andar en busca de un supermercado. Pero al rebuscar entre la ropa y todo lo demás, encontré el sobre. Un sobre de manila amarillo que había traído desde de Bogotá. Un sobre que, a decir verdad, ya había olvidado; que había tratado de esconder muy bien entre la ropa, que había metido en el fondo de la maleta, tapado de capas y capas de cosas, quizá con ganas de refundirlo, de perderlo, de olvidarme. Pero ahí estaba y

cuando lo sentí, no pude dejar de sacarlo. Mi mano, casi autónoma, lo sacó y lo trajo hasta mi vista.

Entonces me quedé un buen rato en silencio, mirando el sobre, pensando en mucho y en muy poco. Después de un rato me acomodé en el piso de la habitación, recosté la espalda contra el borde de la cama, y abrí el sobre. Adentro había una hoja grande de periódico, de un diario colombiano. Todavía hoy, tantos años después y sin saber muy bien por qué, conservo ese recorte.

Se trata de un artículo periodístico donde se cuentan los hechos ocurridos. Lo que pasó hace ya dieciocho años...

Fue por la tarde. No importa qué día, qué mes, qué año; fue una tarde de un día cualquiera. Éramos muy jóvenes. Aceptamos hacerlo. Dijimos que lo haríamos, dijimos que sí.

Se trataba del ministro de Hacienda y había que acabar con él. Acordamos que el mejor momento sería el día de la semana en que el propio ministro iba a comprar sus medicamentos de la tensión.

Preparamos un plan y lo repasamos muchas veces: entrar a la farmacia con disimulo, hacerse los que miraban por ahí, y luego, mientras Emilia distraía al vendedor con su belleza de argentina, yo me aseguraba de acaparar la atención de cualquiera que se acercara al mostrador donde Joaco iba a esconder el sobre. Y luego salir y esperar a que llegara el ministro, y activar el dispositivo vía control remoto. Así de sencillo. Una tarea simple. Ese era plan.

Sabíamos que cada dos semanas el ministro iba a esa droguería, personalmente, a comprar sus medicamentos, sin falta. No le delegaba esta función a nadie. Siempre llegaba, en compañía de unos pocos escoltas, a comprarlos él mismo, en la misma farmacia, los martes. La hora podía variar, pero siempre era en la tarde.

El compañero Javier había conseguido un lujo: un fuerte explosivo de pequeño tamaño que se activaba a control remoto, y que decidimos camuflar en un sobre de manila. Así que nosotros solamente debíamos entrar a la droguería y poner el sobre con mucho

cuidado entre el mostrador de revistas. Dejarlo ahí, camuflado, y largarnos. Después, cuando el ministro entrara nosotros lo veríamos desde afuera. Él se acercaría al mostrador a solicitar sus medicamentos, como siempre, y entonces ¡bum! Desde el otro lado de la calle activábamos la bomba en el sobre. Y se terminaba el día. La explosión acababa con el ministro y nosotros nos íbamos de ahí.

De manera que esa día llegamos todos al sector muy temprano, a la una de la tarde, e inmediatamente nos fuimos para la farmacia. Cuando revivo ese día en mi memoria, los hechos vuelven como instantáneas, desfilando en frente de mí, uno tras otro, crudos, pálidos, irremediables: Emilia va hacia el mostrador y empieza a hablar con el vendedor, le pregunta por cualquier cosa, le sonrío. Joaquín entra con una maleta pequeña y se agacha a mirar un mostrador, como quien busca algo. Yo estoy en la puerta asegurándome que nadie venga, que nadie entre ni me vea la cara. De lejos veo que él saca el sobre de la maleta, y con disimulo y mucho cuidado lo acomoda entre las revistas, rápidamente. Después hace el papel de cliente casual, curioseando las portadas, ojeando páginas como cualquier comprador. Emilia lo observa con disimulo, mira al piso, se rasca un brazo; y luego, sin comprar nada, da media vuelta y empieza a salir del local. Cuando Joaquín lo advierte, deja las revistas y lentamente empieza a caminar hacia la salida. Estando ella a unos pasos de la salida y él a mitad de camino, suena un ligero ruido, como de algo liviano y metálico que se ha caído al piso. Los tres volteamos a mirar: es el sobre. El sobre de manila está en el suelo. Todos sabemos que no se puede dejar ahí, que si el vendedor lo ve, lo va a recoger, y que así, en últimas, el ministro no se muere. Entonces Joaco se devuelve. Camina hacia el sobre y está a punto de agacharse, a tomarlo entre sus manos, cuando lo que está ahí adentro explota. No alcanzo a oír el ruido de la descarga, pero sé que el sobre estalla. Sé que la onda explosiva me bota contra una pared. Caigo desmayado. Por unos segundos, pierdo el conocimiento.

Cuando despierto, todo huele a humo. Tengo un continuo pito en mis oídos pero puedo oír gritos y sirenas. Hay vidrios por todos lados y no recuerdo bien qué hago allí, ni qué es lo que ha pasado. Aunque escucho voces de personas, miro a mi alrededor y no veo a nadie. Pienso en Emilia y en Joaco, y todo, rápidamente, desordenadamente, me vuelve a la cabeza. La droguería, el sobre, la explosión, el plan, el ministro, mis amigos. Pero ellos no están ahí. No los veo. Entonces, como puedo, me levanto, y hacia cualquier lado echo a

correr. Como si me persiguiera el mismísimo demonio, echo a correr. Aunque solo pienso en Emilia y en Joaquín, echo a correr.

“Joaquín Iragorri, el único implicado que ha sido capturado, reposa en cuidados intensivos. Por su delicado estado de salud, aún no ha sido posible interrogarlo”. Eso dice el artículo. Después, al final de todo, hay un dibujo de una mujer joven, de ojos grandes y facciones delicadas, con un arete en la nariz. “Testigos señalan a esta joven como la cómplice de Iragorri. Su identidad es desconocida, pero se presume que es extranjera, probablemente argentina o uruguaya”.

Y luego, sobre el artículo, en marcador negro de punta gruesa, una nota que dice: “Disculpame, Fede, te quiero de verdad, pero tengo que correr”.

...yo no soy nadie para opinar de su vida privada, y mucho menos de su familia, Fede. Ya sé. Pero, mierda, está siendo injusto. Se lo tengo que decir, no me lo puedo callar. Su familia siempre ha estado ahí para usted, y mal que bien lo ha apoyado en todo lo que ha hecho. Y les ha tocado duro, no crea que no. Si nosotros comimos mierda, a ellos también les tocó. Ellos lo quieren a usted mucho, usted sabe que sí, Fede. No le niegue un abrazo a su viejo. No deje de ver a su mamá; ambos sabemos que se muere de ganas de verla.

Usted no ha sido el mejor hijo, eso ambos lo sabemos bien. Y se lo digo así, tan crudo y tan de frente, porque yo estoy aún más lejos de eso. Yo nunca fui lo que todo el mundo esperó que fuera... Y aun así estoy aquí, Fede, en este país de mierda que nos tocó, con estos cabrones que nos gobiernan, con toda mi familia burguesa que no hace sino mirarme con ojos de lástima, con sopor, casi con vergüenza: miren al pobrecito maricón que cayó en la ingenuidad de querer cambiar el mundo. Miren cómo se retuerce en su sillita de ruedas. Pobrecito. Si hubiera entendido que así es la vida y el mundo. Su hubiera entendido, no estaría así.

Yo también tenía un futuro brillante por delante, mi hermano. Yo también iba a ser alguien más, yo tenía que ser alguien más. Pero nos pasó esto. Nos pasó todo esto. Las cosas llegaron de improviso y fueron creciendo sin que ninguno supiera bien que estaban pasando, sí. Y después ya no pudimos pararlo... Y entonces un día me desperté en un hospital sin sentir la mitad de mi cuerpo. Usted por lo menos pudo correr.

Pero en fin... no le dé la espalda a su familia, Fede. Es de las pocas cosas que nos quedan en la vida. Se lo digo yo: pase lo que pase, sea usted quien sea, ellos nunca lo van a abandonar. Al menos no del todo.

Y bueno, como siempre, lo quiero mucho Fede. Espero que muy pronto y después de tantos años, por fin pueda volver a darle un abrazo.

Cúidese mucho. Un fuerte abrazo,

Joaco.

Pdta.: Fresco, maestro, las cosas por aquí están tranquilas. Hace rato que todo se enfrió. Ya nadie se acuerda.

## IX

Al día siguiente, después de esa noche puesta de revés, nos despertamos, intentamos reconstruir los momentos, atar cabos, nos reímos, tomamos mucha agua, y luego, con ganas, con muchas ganas, casi con desespero, tiramos. “Cogimos”, habría dicho Emilia. Después lo volvimos a hacer un par de veces más. Aunque lo disfruté muchísimo, cuando ella se abrazó a mi cuerpo y se durmió, yo me quedé pensando en que faltó algo, en que hizo falta algo, que la primera vez con alguien siempre es extraña, es sentirse torpe, inseguro, incompleto. Pero aun así la abracé y me puse a acariciarla con una ternura que mí mismo me resultó extraña. Respiré profundo. Y de repente sentí temor. Tuve miedo de empezar a quererla tanto.

\*

*Narrar algo tan importante con desapego. Como quien cuenta lo más trivial de su día: Hoy me bañé temprano, desayuné huevos con pan, tomé café, trabajé todo el día y, por la noche, después de una ducha tibia, no sé bien si dormí o me enamoré.*

\*

Me estaba quedando dormido cuando escuché la vibración de mi celular y el ruidito que indica un mensaje. El aparato estaba sobre la mesa de noche, así que, por simple curiosidad, aunque solo quería dormir, estiré el brazo y miré el celular. El mensaje que acababa de llegar era de mi mamá, queriendo saber dónde estaba y si estaba bien. Pero había otro más, de las 4:32 de la mañana. Era un mensaje de Joaco. Chismoso. Quiere saber cómo me fue. Cuando lo abrí, me quedé frío al leer: “me tienen preso, esté pendiente”.

¿Preso? ¿Quiénes? ¿Por qué? ¿Dónde? ¿Qué le están haciendo? No entendía nada. Lo primero que pensé fue lo más obvio: Joaquín se emborrachó, salió por ahí, alguna cosa

pasó y terminó enrollado en una pelea, la policía llegó y por pelear y por desafiar su autoridad, se lo llevaron. Por güevón. Qué más iba a ser. Pero, sin embargo, Joaco estaba preso, o eso parecía, y yo no podía echarme a dormir así como así. Intenté llamarlo, pero su celular estaba apagado. Para no despertar a Emilia, le envié mensajes a amigos en común, preguntando por Joaco, por su noche, por qué sabían de él. Pero nadie daba razón. Parece que se habían tomado unos tragos en la casa de Joaco, y luego, cuando salieron, él se había excusado por algún motivo y partido para otro lado. A dónde, nadie sabía muy bien.

Yo quería dormir, quería abrazarme a Emilia y quedarme ahí, entre las sábanas sin hacer nada. Quería despertarme y volver a follar, cómo no. Quería no tener que levantarme de la cama, deshidratado como estaba, con dolor de mandíbula y dolor de cabeza, y salir a buscar algún indicio de Joaquín, a ver dónde estaba el borracho imprudente que me tocó de mejor amigo, que tanto quería aunque en ese preciso momento no me parecía el tipo más simpático. Pero tenía que hacerlo. Primero lo primero. Salir a rescatar a Joaco, sin tener idea de qué hacer ni por dónde empezar, pero salir a encontrarlo y asegurarme que estuviera bien, o que no estuviera tan mal, muriéndose de resaca en algún calabozo de estación entre otros borrachos olorosos.

Me levanté con cuidado, silencioso, y me vestí. Con el mismo cariño que seguía sorprendiéndome, desperté a Emilia, y no advertí ningún problema en decirle la verdad: que parecía que mi amigo Joaquín, un borracho profesional, se había metido en algún pleito y lo tenían encerrado. Y que, en su lucidez, no se le ocurrió avisarle a nadie más que a mí, vía mensaje de texto. Así que, con pena y con resaca, me tenía que ir a solucionar algo, al menos a intentarlo. *Nothing to be done*. Ella, aún medio dormida, se rió. Seguro que él ha hecho lo mismo por vos, me dijo. Yo no supe qué decir y solo me quedé mirándola, sonriendo (pero sí, ella tenía razón; de alguna manera, sí).

Lo primero que hice después de salir del edificio de Emilia, fue intentar proteger mis ojos del derroche de luz de la mañana, con una mano en la frente. El sol brillaba con fuerza, como si supiera de mi dolor de cabeza. Después se me ocurrió llamar a Miguel, el hermano de Joaco. Por las cantidades industriales de marihuana que se metía, Miguel era un tipo lento, pero ese día estaba particularmente lúcido. Estaba alterado, preocupado. Me dijo que Joaco estaba preso, pero que no se trataba de nada de lo que yo pensaba. No había

---

sido una pelea, no había sido una borrachera ni un imprudencia ni nada de eso. Era algo más serio. ¿Qué? No sabía. A la madrugada, su padre había salido disparado, en busca de Joaquín. Había recibido una llamada donde le informaban que su hijo estaba preso, pero a Miguel no le había dicho nada más; solo le pidió el favor de no decirle a nadie, ni a su mamá ni a su hermana ni a su abuela. A nadie. Además de mi papá y yo, usted es el único que sabe, Fede, me dijo. Entonces le pregunté qué podíamos hacer. Nada, respondió, mi papá me llamó y dijo que ya todo está controlado, que ahora solo hay que esperar.

Esperar. Eso hice el resto del día, hasta muy entrada la noche. Esperé. Me la pasé llamando cada hora a Miguel, preguntándole qué había sabido, qué era lo que pasaba, por qué no daban razón de Joaco, por qué su papá no decía nada, no daba una explicación, una pista, lo que fuera. Esperé. Me quedé la tarde entera fumando ansiedad. Y esperé.

## X

*Se dice que la ficción es ficción, así tenga un pie en la realidad; y que el que escribe tiene licencia poética para inventar a sus anchas. Entonces pienso que me gustaría escribir una novela donde dos personajes que se enamoraron hace años, se encuentran y se ven forzados a revivir todo ese pasado, todo lo que les pasó, y así sus historias empatan, se encuentran, y el uno sabe por fin qué fue del otro. O, mejor, me gustaría leer una novela así. Pero no la voy a escribir. No la puedo escribir. La ficción es ficción.*

*Como no logro escribir más de esto que vengo contando, como no encuentro la manera de avanzar con en estos recuerdos intrincados, no logro articular una sola línea, me he puesto a revisar algunas noticias. Busqué en internet un periódico de Colombia y lo ojeé: algún futbolista colombiano que juega en algún equipo del exterior fue convocado a la selección de mayores; un ex presidente anciano y decrepito anda peleando con otro ex presidente anciano y decrepito; el papa es aplaudido por decir alguna cosa linda; la virgen María se apareció en una taza de chocolate y en un árbol y en una servilleta; el papa ora, ruega por nosotros ahora y en la hora de nuestra muerte amén, por la paz mundial; un estudio ha revelado que las personas que fuman, mueren más jóvenes; un ex presidente dejó de fumar; se incautaron diez o veinte o treinta kilos de cocaína en algún mar, en alguna lancha, en cualquier lado. Por una razón desconocida, a un indigente lo quemaron vivo. Lo quemaron. Vivo. Buscan una razón. Mierda. A qué quedarse, a qué volver...*

*...entonces en un intento desesperado por escribir, intento ridículo y cliché, me sirvo un whisky. Al principio me dan más ganas de cerrar el computador y poner música que de escribir. Con dos sorbos más, pongo algo de música instrumental, para disimular. Al final del segundo vaso ya estoy cantando. Fuck it. Me voy. Pienso en el sobre, el recorte, el dibujo, “tengo que correr”. Fuck it. Me sirvo otro whisky. Pongo otra canción. Nothing to be done. Suenan unos versos: I don't blame you, dear, for running like you did all these*

*years. Cierro los ojos y veo el artículo y mi mano que lo sostiene, temblando. Esa página de papel periódico roído por el tiempo y los viajes, ese papel que aún reposa en alguno de estos estantes que me rodean. El último whisky. Versos: las luces que a lo lejos van marcando mi retorno. El hielo que golpetea en mi vaso. El aro de humedad en la mesa. Inhalo y exhalo humo. Más versos: que con indiferencia, hoy me ven volver. La lai, la rai. Volver. Volver.*



## **Segunda parte**

## XI

*Retomo la escritura. No han sido buenos días estos últimos, no he podido escribir. Cuando la escritura me pesa tanto, cuando más quiero contarlo, es cuando más me cuesta. Entonces intento diluir, evadir, embolatar. Escribo sobre escribir. Pienso en voz alta. Bebo whisky. Escucho y canto canciones tristes.*

*Tampoco he tenido mucho tiempo para teclear. No importa dónde estoy, pero dejar esta ciudad no es tan fácil como pensé (no se puede, por ejemplo, dejar un arriendo botado así como así). Y sin embargo, eso no es lo difícil. Lo jodido es tomar la decisión que tomé. Lo jodido es irme a donde voy.*

\*

Había quedado en que estaba en Buenos Aires, en una casa de familia, en ese cuarto con piso de madera donde me senté, abrí la maleta y, aún no sé si por desgracia o por accidente o por un deseo inconsciente, encontré ese sobre, ese recorte de periódico, ese recuerdo. Un par de días después de lo que se cuenta en el artículo, aquel recorte llegó a mí, y desde entonces lo he conservado. Fue lo último que me quedó de Emilia: un papel periódico con un mal retrato hablado de ella, y una frase triste de su puño y letra. Alguien lo dejó en mi portería una madrugada. Alguien; no supe quién. Cuando se lo pregunté al celador, me dijo que ni siquiera había podido distinguir el sexo del la persona detrás de una bufanda inmensa, un gorro y una capucha.

No voy a hablar de lo que sentí cuando volví a leer esas líneas, de lo que seguí sintiendo cada vez que las volví a leer, muchas veces, demasiadas quizá, a través de tantos días, ni de lo que siento ahora cuando las vuelvo a leer. No voy a hacerlo. No puedo decirlo en una sola palabra, en una sola frase: todo eso lo vengo diciendo, lo vengo entendiendo o confundiendo entre las líneas que llueven de arriba hasta aquí.

Así que estuve ahí unos minutos más ahí, en el suelo, con el papel periódico a un lado de mí. Me quedé en silencio esperando a que se fuera acallando tanto ruido en mi cabeza. Me pasé a la cama, me acosté, di vueltas para un lado, para el otro. El hambre, de nuevo, me trajo de vuelta al mundo. Involuntariamente, recordé que me estaba muriendo de hambre, que para seguir sobreviviendo y buscando, había que alimentarse. Todavía con las frases de ese artículo reverberando por mi cerebro, me puse un pantalón y un abrigo que no combinaban, y entre los bolsillos guardé mi billetera, las llaves y un paquete de cigarrillos. Afuera ya había parado el aguacero torrencial, pero aún quedaban vestigios; una lluviecita sutil iba escarchando mi abrigo y el resto de la ciudad. Sé que caminé a la deriva hasta encontrar una especie de supermercado atendido por chinos, y sé que compré algunas pocas cosas de comer, muy baratas, no muy provocativas. Después no sé cómo volví, cómo hice para ubicarme y regresar hasta la puerta de esa casa, pero cansado y con la tos alborotada por el frío y por fumar, llegué. Cociné. Comí solo y en silencio. Lavé los platos. Y luego subí a mi cuarto, y me volví a acostar.

No quería salir. Buenos Aires, lo que había visto de Buenos Aires, era un monstruo. No había por dónde empezar a buscar.

Para distraerme, y porque en realidad era necesario, decidí hacer cuentas: cuánta plata tenía, con cuánto contaba y para cuánto tiempo, más o menos, me alcanzaba eso. Conté el dinero que traía en efectivo y le sumé lo que tenía en mi cuenta de ahorros. Las cosas no pintaban muy bien. Tenía lo suficiente para un mes, quizá un poco más, quizá un poco menos. Antes de venir, yo ya lo sabía, lo tenía claro: había que buscar un trabajo. Nada que hacer.

Encontrar un trabajo tenía que ser fácil. Eso pensaba yo. Si bien no pude huir a París o a Barcelona o a Berlín, Buenos Aires era, tenía que ser, algo así. La capital cosmopolita de Latinoamérica, la verdadera Atenas latinoamericana (que no era Bogotá). Sí, así iban a ser las cosas, así se venía mi vida: Buenos Aires no era solo salir corriendo de Colombia y dejar atrás tanta mierda; era encontrar un lugar en el mundo. Baires era por fin aislarme del ruido que no me dejaba oír; allí iba a leer por toneladas y por fin iba a escribir tranquilo y lo iba a lograr, allí la cultura y el arte me iban a envolver y yo iba a

envolverlas, con mis letras, con mis versos, con mi voz y mi guitarra. Yo me iba a comer la ciudad. Iba a encontrar a Emilia. Yo iba a ser uno de esos artistas errabundos de amores turbulentos. No sé... Quizá vi muchas películas. Quizá leí muchas veces *Rayuela*.

De manera que en los siguientes días salí a la calle a conseguir trabajo. Salí, quizá, a buscar algo que hacer para poder seguir haciendo nada. Salí a mojarme y a toser y a perderme entre las calles y el frío, buscando alguna ocupación que me diera un sustento para vivir. Después de ofrecer mi inexperiencia por decenas de restaurantes y bares, un colombiano (*¿otro colombiano?*) que conocí en un café, en mi búsqueda laboral, me recomendó ir a una editorial donde él mismo trabajó alguna vez. A mí me gustó la idea, claro, cómo no. Yo, un estudiante de letras, trabajando en una editorial, como editor, mi supuesta área de experticia. Eso creía. Eso pensé. Anoté la dirección y el teléfono del lugar, esa misma tarde llamé a averiguar por una vacante y como se mostraron interesados, al día siguiente salí volando hacia allá. Cuando llegué a la puerta, por fin, me presenté, le comenté al dueño que venía recomendado por el colombiano aquel, Diego o Dago, ya no sé, y de frente le ofrecí mis servicios, dando cuenta, explícitamente, de mi necesidad. Le conté que me interesaba mucho el trabajo, que venía de estudiar Letras en Colombia, en una de las mejores universidades del país y de Latinoamérica, que contaba con experiencia editorial, que leía, que escribía, que era responsable y comprometido y exigente. Etcétera, etcétera. Entonces aquel hombre, Martín, dueño y director de la editorial, me sonrió y se sintió complacido por mi actitud. Dijo que claro, que eso sonaba muy bien, que pasáramos a echar un vistazo a ver qué me parecía el lugar, pues precisamente andaba buscando ayuda. Y yo, por supuesto, acepté sin pensarlo, emocionado, casi incrédulo.

Entonces entramos a una casa que, a decir verdad, se veía más amplia desde afuera de lo que en realidad era por dentro. Apenas empezamos a penetrar por el corredor, pude advertir los papeles regados por todo lado, el polvo acumulándose en las esquinas de los guardaescobas, las colillas de cigarro en el piso, los pedazos de cartulina y plástico... Olía a comida frita, a grasa y nicotina quemada, y en el ambiente flotaba una densidad imperceptible que al aspirar me hacía toser. A medida que fuimos paseando por la casa, comprendí de qué se trataba todo eso: aquella casa era a la vez la editorial y la residencia

de Martín y su familia; pero eso no era todo: los servicios editoriales que yo iba a prestar no comprendían la revisión de textos, los comunicados de prensa, el criterio o el asesoramiento en políticas comerciales...; no, nada de eso. Mi trabajo consistiría en fabricar los libros: imprimir, pegar, encuadernar, cocer, plastificar; además de barrer el piso, limpiar la casa, arreglar el caos...

Martín y su esposa Julia tenían una editorial, digamos, artesanal. Ella editaba, diagramaba y se encargaba de todo lo referente a las letras, los contenidos y demás. Martín, por su parte, fabricaba los libros, y yo iba a ser su ayudante. Y aunque me desilusionó un poco (o mucho), debo admitirlo, acepté el trabajo. El pago no era muy malo y podía llevarme los libros que quisiera a mi casa. Además, como objeto estético, el libro siempre me atrajo, y ahora tenía la oportunidad de aprender a fabricarlo. Era un buen trabajo y no importaba demasiado si el piso era un revoltijo de papeles, retazos y colillas, o si el finísimo polvo del papel en el aire me hacía toser. Si la casa olía a grasa, qué más daba, a mí me gustaba la comida grasosa. Y si no me ofrecían seguro médico, si era un trabajo “en negro”, poco o nada importaba, ¿qué me podía pasar?

Así que me metí en ese trabajo de cabeza, y en un par de semanas ya estaba fabricando libros sin mayor dificultad. Los pormenores que allí tuve, las dificultades o los aciertos, no son importantes para esta historia.

Debo decir que durante ese tiempo, las cosas empezaron a ir mejor: el dinero que me pagaban por los libros que hacía, alcanzaba para cubrir mis gastos y darme alguno que otro lujo; empecé a manejar las máquinas con destreza y Martín me confiaba trabajos ciegamente; de a pocos, la ciudad, ese descontrolado caos de nombres de calles y avenidas que se sucedían sin ningún orden, se fue desenredando. Buenos Aires se iba abriendo ante mí. Empecé a reconocer lugares y esquinas por las que había pasado, por las que podía doblar para llegar a mi casa o al trabajo o al subte. No me pasaba de las paradas de bus y ya no me perdía tanto en la ciudad como antes. En las noches me quedaba tiempo de leer y escribir alguna cosa. Frecuentaba librerías, visitaba bares, coqueteaba con argentinas preciosas que hablaban como Emilia.

Y así, hasta que una tarde helada de invierno, en el trabajo, mientras estaba encuadernando varios ejemplares de un libro de cuentos, lo vi. Se trataba de una publicación de bajo tiraje, una recopilación de relatos y artículos de estudiantes hecha con poco presupuesto (como lo era todo en aquella editorial, a decir verdad). En mi hora de almuerzo tomé uno de los ejemplares y me senté a ojearlo, desprevenido, como por hacer algo. Entonces casi me caigo de la silla cuando hacia el final del libro leí, en la sección de agradecimientos, entre otros muchos nombres: “Emilia Carrizo, Estudiante de Letras de la Universidad de Buenos Aires”.

\*

*De repente caigo en cuenta de los pocos días que me quedan en este apartamento, en este último piso de un edificio desapercibido, anónimo, a la orilla de esta ciudad con la que nos damos la espalda mutuamente. Ahora mismo estoy sentado en una silla vieja, frente a una mesa demasiado pequeña para reunir tantas cosas: un computador viejo y agonizante, un par de parlantes que funcionan a medias, varios libros que alimentan estas líneas (o que me gusta pensar que así lo hacen); también un desorden de papeles náufragos: borradores de otros escritos, recortes de periódico, fotocopias, letras de canciones, un poema de Juan Gelman (De la violenta madrugada / un hombre entra a su casa y el olor de sus hijos); y además un cenicero, un teléfono celular, dos vasos, dos lapiceros, un figurita de plástico de un búho con lentes que lee un libro...*

*Detrás de mí, una cama que ya no sé cuántos días lleva sin tender ni cuándo fue la última vez que vistió sábanas limpias. Al lado, una mesa de noche que se asemeja a esta misma mesa desde la que escribo: libros, papeles, un vaso, un paquete de cigarrillos, una lámpara, una taza. Del otro lado, un mueble pequeño que alberga un par de abrigo, algunas camisas, camisetas, pantalones, zapatos.*

*A mi izquierda puede verse la puerta entrecerrada de un baño que ni siquiera quiero empezar a describir. Más allá, una cocina minúscula, donde apenas cocino unos huevos, quizá una pedazo de carne; nunca una arepa. Y junto a la cocina, una puerta. La*

*puerta de este apartamento que nunca he sentido como mío, por la que muy pronto cruzaré por última vez.*

*Y a mi derecha un pequeño balcón en el que nunca colgué una hamaca. Y debajo del balcón y más allá, la ciudad, inmensa. Y más allá, el mar. Y mucho, mucho más allá, Colombia.*

## XII

A eso de las once y media llegamos a La Bodega Emilia y yo. Entramos felices, medio locos, medio borrachos, yo pedí el aguardiente y después de varias copas empezamos a bailar. Eso, más o menos, a la una de la mañana.

A esa misma hora, no muy lejos de Chapinero, en el sector de Rosales, Joaco se perdió de aquel grupo de amigos con los que estaba, y se fue a encontrar con los otros. Con los que él mismo llamó así, “los otros” (como si se tratara de una película). Dice que eran dos más. Todos tres iban vestidos de negro y uno traía una maletica. Por allá, entre los arbustos frondosos de un parque, de la maleta sacaron lo necesario: guantes, capuchas, aerosoles, pintura, estencils.

Tres horas antes, yo estaba en el apartamento de Emilia. Sentados en la cama, no hacíamos sino reírnos del musical en la televisión, encender la pipa de tagua, tomar cerveza, cantar, mirarnos con ganas.

Joaquín estaba entonces tomando aguardiente en su casa. Bebía con varios amigos en común, gente inofensiva que le tenía sin cuidado la política y el país. Esa noche, Joaco ya había acordado encontrarse con los otros, pero tomarse unos tragos nunca le había hecho daño. Así que eso hizo, y se tomó uno y después otro y el resto de los que vinieron. A eso de las doce salieron de su casa, caminando en busca de alguna discoteca donde derrochar la borrachera. Él nunca iba a esos sitios, así que a nadie le pareció raro que se despidiera y se fuera a encontrar con otra gente.

A la mañana siguiente, digamos a las diez y media, abrí los ojos y sentí el paladar completamente seco, la mandíbula adolorida, el cuerpo agotado. Fui por dos vasos de agua y cuando volví, Emilia me vio entrar y sonrió. Con una mano le consentí el rostro y muerto de nervios me atreví a darle de nuevo un beso, esperando que se acordara de la noche anterior y no se arrepintiera. Ella me devolvió el beso. Mis manos bajaron por su espalda. Las suyas me exploraron. Tiramos con unas ganas incontrolables. Desesperados. Cada vez.

En ese momento a Joaquín ya lo habían judicializado. Estaba botado en el piso de un calabozo horrendo, entre los delincuentes que había arrojado la noche. Tenía una resaca que iba a acabar con él y se moría de sueño. Pero no podía quedarse dormido entre esa gente. Ya habían comentado entre todos los motivos por las que estaban ahí, y Joaco era el único que iba por primera vez. Uno de ellos le había dado tres puñaladas a la mujer que se resistió a entregarle su cartera. Al primero que intentara hacerme algo le rompía la cara, me dijo Joaco después, me moría de miedo, pero no me podía dejar de ninguno de esos malparidos, Fede.

Lo más probable es que a las tres de la mañana yo estuviera en la cúspide la rumba, en el delirio de la salsa más delirante, en la quintaesencia de la traba y el trago y el sniff. Emilia bailaba poseída y yo como poseso por ella y por la noche y La Bodega. El país se derrumba y nosotros de rumba.

Y mientras tanto Joaquín y los otros estaban rayando paredes, pegando afiches, pintando estencils. Cuando rememoro la versión de los hechos que el mismo Joaco me contó después, lo veo en una calle oscura, en un muro de ladrillo, pintando una pared con un espray, con sus manos enguantadas, todo vestido de negro y con la cabeza cubierta por un viejo pasamontañas roído. Todos los tres andan llenando la ciudad de propaganda “revolucionaria”, en contra del sistema, en pro de la lucha de clases y otras yerbas. Su delito, si hay delito, es la rebelión, el daño a bienes públicos, no sé si traición a la patria. De eso no sé nada. Lo único seguro es que llega la policía sin que nadie se dé cuenta, sin que ninguno alcance a reaccionar. Los otros dos sueltan todo y echan a correr en direcciones opuestas. A la mierda con la lealtad y toda esa carreta, lo único que importa es salvarse a como dé lugar. *Save your ass*. Pero Joaquín tiene aguardiente por todos lados y el frío lo tiene aún peor. No se ha dado cuenta, pero le falla el equilibrio. Cuando trata de correr, tropieza con la maleta y cae al piso. Le cuesta mucho pararse y cuando por fin lo va a lograr, un bolillazo lo devuelve al piso. Y otro más. En la espalda, en las piernas, en los brazos con los que desesperadamente trata de taparse la cara. Después de un momento, con la cabeza desorbitada y el cuerpo adolorido y amancillado por los golpes, dos policías lo levantan, lo arrastran y lo arrojan en la parte de atrás de una patrulla. Ahí adentro ve dos

personas más, pero el mareo insoportable no lo deja hacerse de la realidad. Después, brumosamente, recuerda llegar a una estación, a una especie de estación de policía, grande, alumbrada, llena de hombres con caras de pesadilla. Alguien lo arroja en una silla y le dice que espere su turno, que la noche está muy movida. En un bolsillo de su chaqueta descubre su teléfono celular, y como puede me escribe a mí aquel mensaje: “me tienen preso, esté pendiente”. No sabe si luego se desmaya o se queda dormido. Lo despiertan un par de brazos sacudiéndolo, un policía que lo interroga y que después de algunas preguntas, se da cuenta de qué se trata: Joaquín es un burguesito güevón disfrazado de revolucionario; inofensivo. Hay que llamar a los papás y dejarlo un ratico en la cárcel, entre delincuentes de verdad, a ver si así se asusta y deja la bobada. Y eso, precisamente, es lo que hacen con él. Llaman a su papá. Le quitan sus papeles y su celular. Lo botan en un calabozo de mierda.

\*

*Cada vez me cuesta más escribir. Antes las palabras me salían a borbotones, se me iban cayendo de camino a casa y entonces tenía que aprisionarlas, casi amontonarlas entre mis brazos mientras encontraba cualquier hoja en blanco donde ponerlas, donde regarlas. Pero ahora se resisten a salir, como si dentro de mí se sintieran bien, del otro lado de mi piel y de mis huesos. Apenas se asoman, vuelven a esconderse de inmediato, nerviosas, asustadas. Entonces es como si se multiplicaran: por cada una que sale, se me meten dos. Se atascan en algún rincón de mi cerebro. Se acurrucan, se adormecen.*

*Pero eso ya no me importa tanto. Cuando no puedo escribir, me quedo durante horas sentado en esta mesita, mirando por la ventana. Me gusta el pedazo de cielo que se recorta entre la ciudad y mi ventana. Me gusta ver hacia a la calle, curiosear las ventanas del edificio de enfrente, oír ladrar a perros que nunca veo. Miro y me da por pensar que en la ventana que estoy viendo vive una vecina voyerista; que yo miro su ventana y ella me está mirando en este instante, a través de sus cortinas, y que yo la veo y ella me ve sin saber que ya la descubrí, quizá pensando en qué hago, en si escribiré sobre ella, si me la imagino, si creo que tiene el pelo castaño, quizá un poco rubio, en si es medio nalgona y*

*medio ojiverde y medio puta, y si de pronto un buen día me da por bajar las escaleras, pasar la calle y subir tres pisos para subirle la falda...*

*Y así me quedo mucho tiempo más, entre este silencio que está hecho de carros que pasan, y aviones espontáneos, y perros invisibles. Me quedo aquí pensando en este lugar, en esta ausencia y en mis amigos y en las pocas mujeres que he querido. Y ya no sé dónde está nadie. Ya no sé qué fue de Laura ni de Martina ni de Ana. Nunca más Gabriel ni Alejo ni el amigo de Alejo con el que cantábamos. Ya no sé quién es quién entre tantos Garcías y López y Gómez que recuerdo. Bogotá y el resto del mundo para mí están llenos de desconocidos. Yo mismo soy uno de esos.*

*Enciendo un cigarrillo. Cierro los ojos e inhalo hondo y despacio. Me imagino a un hombre que fuma y mira por la ventana de cualquier cuarto de cualquier ciudad. Y entonces pienso que quizá no me disgusta tanto esto del anonimato.*

*Después de mucho divagar, por fin me levanto de la silla. Abandono la mesa y voy hacia mi cama. Me siento ahí. Debajo hay una maleta vieja y muy grande que extiende sobre el colchón. Entonces me acerco al pequeño mueble que hace las veces de closet, y voy sacando y botando ropa mal doblada en la maleta. Una, dos, tres camisas. Algunos pantalones. Un par de zapatos... Me voy. Dejo unas pocas cosas en el mueble, para los días que me quedan. Me voy. Después miro a mi alrededor, y me parece que lo único que queda son libros. También hay papeles y notas y comida y platos sucios, pero sobre todo libros. Hace ya mucho tiempo que dejé de lado la vieja intención de algún día organizarlos. Solo me llevaré unos pocos, dos o tres, quizá cuatro, pero no más. El resto se quedan, que el arrendatario haga con ellos lo que le dé la gana. Si alguna vez mis libros fueron mi patria, ahora ando regado de a pedazos por medio mundo al que no volveré. Ya quemé mis naves. Ahora es solo cuestión de días. Recojo mis cosas, recojo mis pasos, y me voy. Me voy.*

Lo que pasa es que el país se está yendo a la mierda y nosotros no hacemos nada, me dijo Joaquín un par de días después de todo ese incidente. A cada rato salimos a emborracharnos como si allá afuera de esta burbujita el resto del país y el mundo no se estuvieran cayendo; pero no hacemos nada, Fede, nada. Eso me dijo Joaco en algún punto de nuestra conversación esa tarde.

Yo fui hasta a su casa a visitarlo, a saber qué le había pasado, qué había sido de él esa noche y por qué mierdas fue que terminó rayando paredes borracho, montado a golpes en una patrulla, judicializado, agonizando de resaca en un calabozo hediondo. Cómo fue que llegó hasta allá.

Dijo que los conoció en la universidad. A ellos, a los otros. Pero ellos tardaron mucho tiempo en conocerlo a él. En un principio, los buscó y trató de entrar en su mundo de muchas formas, intentando ayudarles como fuera, hablando de temas calientes, esforzándose en dar opiniones lúcidas sobre los problemas de la sociedad y el país. Pero a ellos no les interesaba, al menos no mostraban ningún interés, quizá más bien cierta arrogancia, cierto desprecio. Joaquín ni siquiera sabía muy bien quiénes eran. Sabía que estaban ahí, pero no era seguro quién hacía parte y quién no, quién dirigía, quién mandaba, quién convocaba. Pero él siguió firme, insistiendo. Así, hasta que un día cualquiera se le acercó Ernesto, uno de los tipos más ridículos que hasta ese entonces había conocido, y le dijo que en su casa, esa tarde, se iba a reunir un grupo de estudio; que sería bueno contar con su asistencia. Joaco nunca se lo habría imaginado, que Ernesto, ese güevoncito de gafas inmensas y lentes gruesos, fuera parte de ellos. Pero resultó ser que Ernesto dirigía el grupo de estudio, y aun algo más...

Así empezó la cosa, y pronto Joaquín se volvió parte del grupo, al que asistía tres veces por semana. Después, en poco tiempo, ellos le fueron tomando confianza. Entonces, además de ir por las tardes a casas distintas y oscuras a estudiar a los marxistas, a Joaco lo se lo llevaron de "fiesta". Una vez, tres veces, varias veces. Y siempre le había ido bien de fiesta, la adrenalina se le subía a la cabeza y sentía que al menos algo estaba haciendo por este país de mierda.

Pero en esta última me fue mal, me dijo, tengo que calmarme un rato, alejarme de ellos mientras la cosa se enfría, al menos unos meses. Me toca tener más cuidado en la calle y en la universidad, callarme mis opiniones; y estar pendiente de que Ernesto me llame. Pero no se preocupe por mí, Fede, yo estoy bien y sé lo que hago. Nada me va a pasar.

\*

*Llego a mi apartamento temprano y saludo al día con resaca. Buenos días, París, Madrid, Ámsterdam... me da lo mismo. Yo no estoy, yo no habito.*

*Quisiera contar que anoche salí por un trago y me senté en la barra de cualquier bar. Que pedí varios whiskys, me fumé el paquete entero, y ya avanzada la noche, una mujer hermosa y triste se sentó a mi lado; nos miramos con ojos rojos y vencidos, cambiamos algunas palabras y luego todo terminó en mi apartamento entre un revuelto de temblores y jadeos. Eso quisiera contar. Decir que cuando quiero, tomo lo que necesito sin sentir ningún apego, y luego me deshago de ello sin dolor. Pero eso no me pasa ni fue lo que pasó.*

*Anoche fui a un bar lejos de aquí. Me senté en la barra y bebí durante horas. Me emborraché. Fumé poco porque los pulmones ya no me lo permiten. No pude hablar con ninguna mujer, y a ratos no quise; tampoco me miró ninguna (qué mierdas tiene de atractivo un tipo que bebe solo con la mitad de su vida sobre los hombros).*

*Hacia las tres de la mañana sé que salí del bar, que el frío me revolvió la borrachera y las luces de la ciudad me hicieron deambular. No recuerdo cómo llegué hasta ahí, pero desperté congelado sobre una banca. Debí haberme sentado un rato, cansado y con el equilibrio enredado, y quedarme dormido allí mismo como un borracho impresentable. Cuando desperté, no entendí; luego me molesté, me indigné, me reí.*

*Ahora vuelvo a mi apartamento con muy pocas neuronas en la cabeza, pero aún así me siento a escribir. No he dormido bien. No he comido bien. Vengo con los pulmones destrozados. Y sin embargo me parece que si lo escribo, si lo dejo aquí plasmado, tallado, crudo, quizá me dejé dormir un rato. Si lo escribo, se calma. Se acalla un rato. No sé cuál*

*es el sujeto tácito, qué es lo que dejo, qué es lo que se apacigua, pero ahí está. Aquí lo dejo, y me voy a dormir.*

*Me despido de la mañana con resaca. Adiós, Roma, Praga, Bruselas... me da lo mismo. Yo no estoy, yo no habito.*

## XIII

*Me fui de Colombia por ese día en la droguería y por Emilia y por Joaco y por escribir. Me fui porque en ese entonces yo pensaba que el dolor y la imposibilidad estaban encerrados allí, en ese país, en esa bandera, en esas calles. Me fui de Colombia porque me dolía. Y ahora vuelvo porque me duele. Porque nunca me dejó de doler.*

*Caballo-bomba, burro-bomba, bicicleta-bomba, triciclo-bomba, perro-bomba, calzoncillo-bomba: para mí, Colombia es como llorar a carcajadas.*

\*

“Emilia Carrizo, Estudiante de Letras de la Universidad de Buenos Aires”. Lo leí una y otra vez, sin poder creerlo. Estudiante de letras. De letras. De la Universidad de Buenos Aires. Estudiante. Nunca me le dijo; para mí, ella trabajaba de día en un kiosco y de noche en un bar. Y sin embargo, allí estaba. No podía ser. Sin haber buscado, sin haber hecho casi ningún esfuerzo por buscarla (distinto de mandar a la mierda lo que quedaba de mi vida y venirme a esa ciudad helada e inmensa y hermosa y celeste), sin habérmelo propuesto, ella, otra vez más, había llegado hasta mí. Así es, así fue. Tan inverosímil que tiene que ser cierto. Un buen día de invierno yo estaba sentado entre el polvo y el humo y las papeles regados por el piso de esa editorial construida con las uñas, en un sofá, comiéndome unas salchichas tibias, y de pronto Emilia salta de un libro, se sale de la página y aparece ahí, como hecha de papel pero tan real de nuevo. Emilia Carrizo. Estudiante de letras de la Universidad de Buenas. Increíble. Ridículo. Mierda.

Y ya no sé si ahora mismo o en aquel momento o muchos años después (como dice García Márquez, que en paz y entre acordeones descanse), se me hizo evidente lo evidente: que todo este tiempo no había hecho el más mínimo esfuerzo por buscar a Emilia. Que me moría de miedo y por eso lo dilataba, lo enredaba, lo estiraba. Hoy era el frío, mañana el hambre o la lluvia o la plata o la tos. Pero la verdad es que me mataba de miedo volverla a

ver, mirarla los ojos, preguntarle por qué se fue, que si me quería tanto y tan sinceramente, por qué se fue sin mí. Por qué me dejó tirado y nunca más volvió a aparecer.

Lo cierto es que eso decía el libro y yo lo tomé como una señal. Ese libro era un oráculo: aquí tienes, pobre y friolento mortal, ahora ve y encuéntrala. Y eso decidí hacer. Esta vez sí.

Esa noche casi no puedo dormir. Estuve despierto hasta muy tarde con la ansiedad revoloteándome por todo el cuerpo. Si dormía, soñaba con ella; a veces sonriente, a veces con una ceja ensangrentada, a veces entre el humo, a veces sola, sin mí, a veces como yéndose. Me pasé la noche entera dando vueltas en la cama, entre despierto y dormido, en duermevelas, esperando a que se soltara el día. Ya agotado, debí quedarme dormido cerca del amanecer, con la noche agonizando. Desperté de un brinco, con los ojos y los brazos de Emilia enredados en algún lugar del hipotálamo. Eran casi las diez. Mierda, me quedé dormido. Corrí a la ducha. A toda velocidad me bañé y me vestí. Desayuné con una taza de cereal barato. La Universidad de Buenos Aires estaba a unos cuarenta minutos en bus. Tenía que correr. Tengo que correr. Tengo que correr...

Afuera ya no helaba tanto. Hacía unos días que el frío atrozador había menguado. Ya casi era septiembre y, por lo tanto, se venía la primavera y el sol y las flores y todo ese idilio. O eso, al menos, pensaba yo. En un país sin estaciones como en el que crecí, las películas y los dibujos animados siempre fueron mi única referencia de la primavera: un campo verde lleno de flores de colores, el sol brillando en lo alto de un cielo azul celeste (como el cielo azul celeste de Buenos Aires, como su bandera), y por ese campo varios animales saltando, comiendo y compartiendo la calidez del renacer de la naturaleza (y de fondo una música alegre y brincona). En eso iba pensando precisamente mientras caminaba a pasos largos hasta la parada del bus: que, como en una novela romántica, el clima era un presagio o un símbolo de lo que pasaba o iba a pasar con mi vida. Ya estaba pasando el invierno, ya se iba el frío y la lluvia y los tiempos difíciles. Y ahora estaba llegando de a pocos el calor; ahora era el momento del renacer, cuando de nuevo lo más hermoso brota de la tierra a

borbotones y la alegría habita en el aire. Eso mismo estaba pasando en mi vida; ya se iban esos días de estar jodido y hambriento. Ya se iba la tos. Y yo iba a salir de una vez por todas de ese alargadísimo aplazamiento y por fin iba a buscar a Emilia. Ya iba en camino. Ahí venía el bus, el 141, unos cuarenta y cinco minutos hasta la Filo, parada en Rivadavia al 6000 y luego caminar cuatro cuadras. Comprar cigarrillos en la primera tienda para hacer algo con la ansiedad. Armarse de valor. Y luego, quién sabe cómo, quién sabe a quién, empezar a preguntar por Emilia.

Durante todo el trayecto del bus me fui pensando en lo que podría pasar cuando llegara a mi destino. Me moría de ansiedad y me moría de miedo. Me veía entrando a la Facultad y encontrándome con ella de frente, en silencio, sus ojos clavados en los míos pero sin saber qué hacer, una sonrisa y risas nerviosas; luego ganas de salir corriendo a ocultarme del mundo. Después pensaba que mejor sería verla de lejos, sin que ella me viera a mí, y luego seguirle los pasos, ir detrás de ella hasta su bus, hasta su barrio, hasta la puerta de su casa o su trabajo; y así, hasta conocer su vida de cerca y poder enfrentarla, hablarle, contarle lo que fue de mí y preguntarle por ella. O asustarme hasta los huesos de verla allí, y salir corriendo a ocultarme del mundo.

Pero nada de eso pasó. Caminé varias cuadras desde la parada hasta que a mi derecha vi una gran cafetería que decía “SOCRATES” (así, sin tilde en la ‘o’). Por aquí debe ser. E inmediatamente después, casi en frente, en un gran edificio encontré una pequeña placa medio sucia y amarillenta: “UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES. FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS”. Llegué.

Entré por un amplio corredor e instintivamente seguí caminando hacia lo que me pareció un patio central. Tanta gente a mi alrededor me aturdió; busqué aire fresco. Ya estaba allí, ya me encontraba en el mismo lugar por el que Emilia debía haber caminado tantas veces, por el que quizá había hecho poco, por el que podría cruzar en ese momento, en cualquier momento. Mierda. Encendí un cigarrillo. Fumé despacio tratando de calmarme y pensar en qué hacer. Había que preguntar por ella, pero no a cualquier estudiante, no a un profesor cualquiera, no. Quizá habría algún tipo de secretaría donde

alguien pudiera darme información sobre ella. Alguna dirección, algún teléfono, quién sabe, quizá el número del salón donde en ese mismo momento recibía clase.

Así que después de dar vueltas por todo el edificio, de subir al tercer piso y luego de vuelta al primero, y al segundo, y así, llegué a una oficina donde tenían la información que yo buscaba. Entré allí con timidez, tratando de parecer inofensivo. Del otro lado de un par de escritorios atendían dos mujeres, dos secretarias. En unos asientos de plástico ubicados contra la pared, estaban otras dos mujeres de unos veinte o veintidós años conversando, estudiantes, y un hombre de unos treinta y cinco años que leía un libro gordo de tapas verdes, duras. Como ninguno de ellos buscaba hablar con las secretarias, me acerqué a una de ellas. Ya no recuerdo exactamente qué le dije, pero sé que, con las palabras enredadas e inseguras, terminé preguntando por la estudiante de letras Emilia Carrizo. Desafortunadamente, esa información no me podía ser suministrada. Resulta que yo no era nadie; yo no era un profesor, no era un estudiante, no era un empleado de la UBA, ni siquiera era argentino. Era, en cambio, eso sí, un extraño colombiano que merodeaba por la Facultad preguntando por una tal Emilia, Emilia Carrizo... ¿su segundo apellido? No lo sabía. No tenía idea. Así no se iba a poder. Disculpame, pibe, no te puedo dar esa información.

Una secretaria siguió en lo suyo; la otra me miró con compasión. El hombre del libro verde me miró a los ojos un momento, y luego volvió a su lectura; las chicas ni se inmutaron.

Di media vuelta y salí de esa oficina, sin rastros de Emilia. De antemano, yo sabía que no iba a ser fácil, pero esta primera derrota —o tercera, o quinta, no sé— no dejaba de frustrarme. Emilia no estaba por allí.

Salí con ganas de no hacer nada y me puse a andar por la facultad, a la deriva. Paseando por ahí, recordé haber leído alguna vez que caminar hacia ninguna parte, sin ningún rumbo, porque sí, siempre levanta sospechas. Si uno va por la calle sólo por ir por la calle, la gente se hace preguntas: ¿qué hace ese tipo andando así como así? ¿Por qué va así, elevado, gratuito, mirando por mirar? ¿Pero qué mierdas le pasa que no se decide? Algo así leí alguna vez, pero eso a mí, me parece, nunca me ocurrió. A la gente en Bogotá

poco le importaba lo que alguien más hiciera por la calle. A la gente de la Facultad de filosofía y letras de la UBA, quizá le importaba menos... Pensé, entonces, que con el tiempo me había ido volviendo un anónimo, un ausente, alguien que pasa por ahí como si no pasara. Alguien que ve lo que pasa, pero nadie sabe que está ahí. Como un narrador omnisciente. Un narrador omnisciente limitado. Una voz en off. Un testigo medio mudo y soñoliento.

Luego bajé hasta al patio, a la planta baja, y paseé un rato por ahí. Los corredores estaban llenos de afiches de eventos académicos y propaganda activista: un congreso que se llevaría a cabo en los próximos días sobre estudios culturales y descolonización (Walter Dignolo, Anibal Quijano, Enrique Dussel...a América no la descubrieron a América se la inventaron), un afiche del papa con frases sobre el papel de la mujer en el mundo (feministas radicales que sacan frases de su contexto a la mierda con el papa y la iglesia y los fanatismos religiosos y las feministas con espuma en la boca), afiches del partido obrero, del socialista, caricaturas de Perón, un *collage* con rostros de grandes pensadores e intelectuales de izquierda (Marx, Engels, Kropotkin, Trotsky y de verdad que no sé quiénes son los demás ni tampoco los he leído a todos ni he leído bien a los que he leído ni sé bien cómo se escribe Trotsky me quedo con Bolaño y con Cortázar y Rulfo). Pasé por una cafetería que decía “Boquitas Pintadas”(Puig Manuel Puig Todo un experimento de novela). Sentí algo de hambre al ver a lo lejos unas empanadas en un mostrador. Me llegó un olor a café. Me puse a pensar en que hace no mucho tiempo, yo también empapelaba mi universidad. (Revélate. Revolucionaria. Que lo único que te tape la boca sea un beso. Yo también. Joaquín y Emilia. Yo también).

Así iba por los pasillos de la Facultad, de digresión en digresión, hasta que me vi por el primer piso, a unos pocos pasos de la salida. Todavía no me quería ir, todavía habían muchas más cosas por hacer. Y sin embargo, ahí estaba la salida, enfrente de mí, como ofreciéndome un respiro, un descanso, salir a tomar aire y perderme por entre las calles a evadir una vez más a Emilia y mis temores. Y eso iba a hacer. Eso, quizá, cuando una mano que sentí grande y pesada me tomó del hombro. Di vuelta y busqué sus ojos. Detrás de unos lentes profundos de marco grueso, reconocí la mirada, los ojos y luego el rostro del hombre que leía el libro de tapas verdes en la oficina, donde las secretarias. Me sorprendí. En su boca vi dibujarse una sonrisa tímida, amigable. ¿Buscás a Emilia Carrizo,

vos?, me dijo. Con algo de desconfianza, asentí. ¿Sos colombiano? Asentí de nuevo. ¿Y...la conociste? Me demoré un momento en decir que sí, y luego agregué: fuimos buenos amigos. Él se quedó un momento en silencio, como pensando para sus adentros. Entonces me animé a preguntarle: ¿La conoces? Y él respondió: Y...la conozco...la conocí; la conozco bien.

## XIV

Llegó un día en que Emilia se apoderó de mí. De repente, sin darme cuenta, ella se hizo de cada rincón de mi vida, habitando cada uno de mis días, entre las canciones que oía, y las esquinas que doblaba, y las páginas que leía. Emilia para mí fue libertad. Emilia fue andar los días sin que nada más importara, sin que la vida me jodiera, ni el mundo ni el país ni nada de eso. Emilia fue mañanas y tardes y noches enteras. Tantas risas y tanta felicidad.

La quise hasta que me dolió quererla tanto. Hasta sentirme desesperar por la ansiedad y las ganas que sentía cuando ella no estaba conmigo. La deseaba, la quería, la extrañaba.

Después vino la duda y la incertidumbre. Cuando no estaba con ella, imaginaba qué estaría haciendo. Entonces no podía sacarme las imágenes de la cabeza: la veía entregándose a otro, llena de cocaína barata y aguardiente; la veía besando con furia a cualquier desconocido en cualquier bar, con rabia, con ganas de rasgarle la piel, como lo hacía conmigo, vulgarmente; la veía después del sexo, abrazada a un tipo sin rostro, durmiendo desnuda en su cama; me parecía verla en su pasado, acariciándole la cara y el pelo a otro; a otro que, como a mí, decía querer tanto, necesitar tanto. Y entonces me hervía el estómago y sentía un dolor punzante entre los pulmones y el estómago. Pensaba en lo que estaría haciendo Emilia en ese momento y en lo que hacía antes de conocerme, y me moría de dolor.

Emilia fue agridulce. Después de ella ya nunca jamás volví a amar tanto, ni tampoco a sufrir así.

De seguro que se trató de un proceso, pero no podría nombrarlo ni relatarlo. Lo más fiel que puedo ser a lo que pasó, es contarlo así, porque así fue: repentino, inadvertido, sin saber cómo. Cuando entendí que Emilia se había convertido en eso, mirar atrás no tenía sentido. Tampoco quería hacerlo. De nada me servía el pasado entonces. El presente, en ese momento de mi vida, era un placer idílico que nunca se iba a acabar. Primero se acababa el perico.

Y por el otro lado estaba Joaquín. Joaquín y su terca y creciente devoción al pueblo y la lucha de clases y el activismo y no sé qué más. Desde el incidente aquel en que terminó botado en un calabozo hediondo entre delincuentes de verdad, yo me mantuve al tanto de las andanzas de mi amigo, o al menos eso intenté.

El mundo, en ese momento, para nosotros era muy joven. Y aunque en hoy en día, como antes, está igual de viejo y jodido, para nosotros era posible un futuro lleno de laurales donde poder dormir tranquilos. Joaco estaba convencido de eso. Y yo, ente libros y retórica y país y Joaquín, también creí sentirlo así. Entonces empecé a unirme a mi amigo. Primero fueron los libros: Marx, por supuesto, cómo no; y Engels, y Marcuse, y Bakunin, y Kropotkin, y Lenin, y Mao, y Godwin, pero también Nietzsche y Arendt y Maquiavelo. Y así de un lado para otro, sin orden alguno pero siempre creyendo que íbamos para adelante, compañero, porque un pueblo educado es un pueblo triunfante, camarada, o algo así. Algo así. La musculatura, intelectual. La lucha, armada. Y Arbenz y Arenas y Camilo Torres y el grande, grandísimo Bateman, Jaime Batman. Y el corazón se nos reventaba de tanto latir, dibujando un país y un mundo hecho a la medida de nuestras ideas y convicciones más profundas, más intelectuales, más poéticas.

Yo creí, pero no sé si creí. En muy poco tiempo me convencí de las cosas y dudé de todo. Pero Joaquín era mi mejor amigo, mi hermano del alma y de lucha, y entre los dos íbamos a abrir ese sendero de cambio. Y ahora en mi vida estaba Emilia. Por ella, por Joaco, por el país. La santísima trinidad de mis más sinceros y entrañables días de juventud. *Let it be!*

Y siempre, siempre, esta amante omnipresente, este juguete desinflado, esta arcilla que moldeó y desfiguró un día tras otro tras otro: escribir.

Escribir.

Escribir.

Escribir.

*Rescribir. Rescribir. Rescribir. Volver una y otra vez sobre una misma página, una frase, una palabra. Exprimirla. Reinventarla. Habitar ese texto hasta que se vuelva parte de la propia existencia, disfrazarse por entero de libro, volverse uno mismo de papel. Reescribir. I write, therefore I rewrite. Escribo, luego reescribo.*

\*

Siempre, desde muy niño, me dolió el país. Aún hoy en día me duele. Pero aún hoy en día, no sé bien por qué me uní a esos otros con que andaba Joaco. Me gustaría pensar que lo hice por convicción, porque en realidad creía que así se cambiaba el mundo, porque así era como la sociedad tenía que funcionar. O porque ahí, de cabeza, estaba metido mi amigo Joaco, mi hermano, y yo tenía que protegerlo, aunque no estuviera convencido de las cosas que leía ni de lo que él y los camaradas decían, ni tampoco creía en la violencia (ni aún creo). Y aunque buscaba cuidar a Joaquín de todos esos peligros, yo confiaba en que él podía cuidarse solo, que, dado el caso, sería él quien me cuidaría a mí.

Yo quise estar con mi amigo y protegerlo, y a la vez, por qué no decirlo, para qué negarlo, como muchos otros más, quería cambiar el mundo, o al menos estar ahí cuando cambiara; sentirme parte de ese cambio. Soñábamos con hacer algo por el país. Porque valía pena y porque las cosas así no iban bien. Porque el mundo, en aquel entonces, se podía cambiar.

Y así terminé por unirme al grupo de camaradas de Joaquín...

De todo esto, tardó muy poco en enterarse Emilia. Quizá un mes, quizá menos. Ya no pude ni quise ocultarle nada de nada. Se lo conté todo: las reuniones clandestinas en casas cambiantes donde estudiábamos a Marx y a los marxistas y a los no tan marxistas (y a los marxianos); las discusiones sobre los modelos de acción, el foquismo cubano, Joaco y su teorías de lucha urbana, de la guerra en la ciudad...; las “fiestas” en distintas universidades, entre piedras, papas bomba, chorros de agua y gases lacrimógenos que quemaban los ojos y socavaban la garganta; las madrugadas de empapelar y pintoretear la

ciudad; Joaco y yo los demás; Joaco y esa noche del mensaje y el calabozo; la oportunidad y el deber de hacer algo; este país jodido y desangrado... todo. Se lo conté todo a Emilia.

Recuerdo que se puso a llorar, no sé bien si más por miedo que por rabia, pero seguro con una dosis de ambas. Después hizo silencio un rato, encendió un cigarrillo, sonrió ligeramente. Tomó un respiro. Dale, Fede... me dijo. Es tu vida, vos sabrás lo que hacés. Y Joaco también. No me contés más de lo que pase, yo no te lo voy a preguntar. Pero cuidate, loco. Por favor, cuidate.

Y luego, pasados algunos días, después de largos silencios que yo no trataba de romper, una mañana se me acercó y me dijo: Tenés razón, vos. Vos y Joaco: algo hay que hacer. Déjame estar ahí también. Déjame entrar y ayudar en lo que pueda. Te lo juro que podés contar conmigo. Algo hay que hacer.

\*

*Como Zavalita en Conversación en La Catedral, a veces siento que escribo para saber en qué momento me jodí. Entonces releo estas páginas (releer, releer, releer), estos párrafos cojos, y me parece todo una gran mélangé de traspiés. Y sin embargo siento una pulsión; sé que algo más late entre estas líneas con las que (me) exploro. Escribo para entender.*

\*

De ahí en adelante, esta bola de nieve no hizo más que crecer. Emilia Joaco y yo, empezamos nuestro descenso montaña abajo. Pero, entonces, no sabíamos. Entonces, mientras duró, todo aquello fue hermoso. Yo había encontrado un camino en mi vida con el que, pensé, me sentía cómodo. De un lado Joaco: mi amigo, mi hermano, mi camarada; y del otro Emilia: mi plenitud. Y todos tres en un mismo sendero de compromiso y cambio y lucha. *Those were the days, I tell you!*

Las cosas fueron creciendo muy rápido y no puedo ni quiero reconstruirlas. Ya no tiene sentido ni mayor importancia hacerlo. Nos reunimos, salimos, planeamos,

conspiramos... De seguro que también fue emocionante y hubo momentos de pleno convencimiento y compañerismo. Y fue así como en pocos meses fuimos conociendo más y más gente, más camaradas, y rápidamente nos hicimos cercanos a los más grandes, a los importantes, a quienes tomaban las decisiones y planeaban las acciones. De todos ellos, recuerdo al compañero Javier por encima de todos. Lo recuerdo, porque de él fue la idea.

Que ya era hora de hacernos sentir, nos dijo. Que ya era hora de avanzar en la lucha, ir más allá de los carteles y las universidades y los grafitis. Se necesitaban actos contundentes, atacar de frente y sin miedo al sistema opresor. Aunque a un hombre, no a un hombre; sino a una idea. Acabar con lo que representa. Demostrarles que aquí estamos, que somos capaces y que no tenemos miedo. Ni un paso atrás. Cueste lo que cueste. Y nosotros, compañeros, éramos los elegidos para tan noble hazaña.

Entonces vino ese plan, esa tarde, el ministro, el explosivo, la droguería, Joaco con el sobre, yo afuera cuidando que nada ni nadie interfiriera, Emilia coqueteando con el cajero. Era perfecto, nada podía salir mal. Por todos los oprimidos y en nombre del pueblo: oligarca, oligarquía, neoliberalismo, te sentenciamos a muerte. Esta vez nosotros llevaríamos el fuego. En nuestras manos, entre un sobre, llevábamos los gritos y la voz explosiva de un pueblo. En ustedes, muchachos, hoy ponemos nuestras ilusiones y nuestra lucha.

Claro que sí, compañero Javier. Claro que sí.

\*

*Ahí. Quizá fue ahí. Quizá fue esa tarde en la droguería cuando mi vida estalló en pedazos y se jodió irremediablemente. Pero si así fue, hubo más: Emilia y Joaquín. Puede que haya sido ese día cuando nuestras vidas dejaron de ser lo que eran y ya nunca más volvieron a ser. Un incidente, un instante, unos meses... no sé. Ya nunca; nunca más.*

*Y no puedo seguir. Cierro los ojos y veo una silla de ruedas; Buenos Aires y luego el resto del mundo. No tengo palabras, no sé qué hacer ni qué decirle a los dos. Que nunca me ha dejado de doler. Que a mí la vida también se me vino abajo. Que lo siento tanto.*

*Se me encharcan los ojos.*

## XV

¿Y... por qué la conocés vos?, me preguntó el tipo que antes leía el libro de tapas verdes. A mí me empezaron a temblar las piernas, sentí la boca seca, las manos que ya me sudaban. Creo que vacilé por un tiempo muy corto que, sin embargo, se me hizo eterno. Fuimos compañeros en Bogotá, le respondí. Me gradué de Letras (mentí). Emilia y yo vimos una clase juntos el año pasado y me contó que estudiaba aquí; a principios de este año nos vimos, pero, más o menos desde abril, no la volví a ver... Yo llegué acá, a Buenos Aires, hace ya como un mes, y quiero estudiar algo más, una maestría o algo así, y me acordé de ella; me imagino que Emilia regresó aquí, y de pronto me puede ayudar a conseguir algo, o asesorarme de alguna manera, no sé.

Guardó silencio un momento, mirándome a los ojos con algo de sospecha. ¿Decís que no la volviste a ver en Bogotá...?, me preguntó. No... le dije, no la veo desde hace unos cuatro meses. ¿Y ahora venís a buscarla para que te ayude..?, volvió a interrogarme. Sí... No fuimos muy cercanos, pero siempre fue muy amable conmigo. Llevo ya más de un mes acá sin hacer mucho y no conozco a nadie en esta ciudad. Se me ocurrió que ella puede ayudarme, ¿está aquí en Buenos Aires, verdad? Apartando la mirada, respondió: sí...sí, creo... (Pensé: ¿Creo?) ¿Cómo te llamás?, me dijo, y yo, sin dudarlo, contesté: Camilo. Camilo... dijo lentamente; y luego: Camilo, si conocés a Emilia, conocés también a Federico, ¿eh? Aunque por dentro el cuerpo entero se me heló, por fuera, con la más jovial naturalidad con que pude hacerlo, respondí: Sí, claro, a él también lo conocí, ¿por qué? Y luego, con picardía: ¿tú lo conoces también? No, respondió parco, no lo conozco. Entonces me animé: a Federico lo conozco mejor, le dije, hace unos dos meses, antes de venirme a Buenos Aires, lo vi la última vez. Sé que Emilia y él fueron muy buenos amigos. Me acuerdo que...

¿Tenés unos ratito? Me interrumpió. Sí... le respondí. Vení, Camilo, te invito a un café.

No acostumbraba ni acostumbro ir a tomar café con desconocidos, y de entrada odié el café argentino, pero acepté. Este tipo extraño, alto, de gafas grandotas, todavía sin nombre y de unos treinta y cinco años quizá, era el único indicio que hasta ahora tenía de Emilia. Decía conocerla. Decía conocerla o haberla conocido bien. Yo tenía que saber más, tenía que tomarme un café con él, ganarme su confianza, así fuera a punta de mentiras o tergiversaciones (que es lo mismo), y saber más de Emilia y su paradero. Si no, para qué mierdas me había venido hasta Buenos Aires (si es que a algo en realidad había venido, si es que no había salido corriendo solo por correr, solo por huir, solo por evadir).

Supe que se llamaba Facundo y era profesor de la UBA. Dictaba clases de literatura argentina y estaba trabajando en un libro sobre los prólogos de Borges. Yo le dije que me llamaba Camilo, que luego de haberme graduado de Letras en Bogotá, me había venido a Buenos Aires en busca de una especialización y un poco de paz mental, porque allí la educación era gratuita y porque, creía, en Argentina no se mataban tanto los unos a los otros. Bueeeno... ya no tanto, me dijo.

Seguimos hablando así, sobre todo y sobre nada, unos minutos, en un cafecito pequeño cerca de la Facultad. Seguro que también trataba de ganarse mi confianza y, a la vez, de explorar qué tanto podía confiar en las cosas que yo le decía o le iba a decir. Entonces, después de varios ires y venires en la conversación, luego de hablar sobre cualquier cosa y sobre literatura (o sobre cualquier cosa de literatura), por fin se animó a preguntarme por Bogotá y Emilia y Federico (osea yo). Primero alguna cosa de Bogotá: ¿...entonces saliste de Bogotá para buscar algo que hacer acá, eh? ¿Dónde estudiabas vos? Y luego sobre Emilia y yo: ¿Allí les conociste a Emilia y a Federico? Ahí conocí a ambos, sí, le dije. ¿Y tú por qué los conoces? A Federico no le conozco, respondió; y a Emilia, este... fue mi alumna en la Filo, una buena alumna.

Había algo raro en ese tipo. Se andaba con rodeos, decía las cosas a medias: se hacía el güevón. Así que decidí confrontarlo, yo no estaba para perder más tiempo hablando, en esas llevaba ya casi dos meses. Entonces hice eso que no suelo hacer: lo enfrenté. Mira, Facundo, se nota que quieres saber algo sobre Emilia y Federico, le dije, y yo puedo contarte lo que sé, pero primero tengo que saber qué quieres, por qué te interesan tanto, qué relación tienes con ellos, no sé. Guardó silencio un momento, hizo un gesto de resignación con los labios y bajó la mirada. Entonces me dijo: perdoname, Camilo, tenés

razón, pero es que, sinceramente, por ahora no puedo confiar en vos, y vos, creo, tampoco confiás aún en mí; no se le pueden contar ciertas cosas a desconocidos, ¿viste...? Así que lo siento, pero no te lo puedo decir. No por ahora.

No sé por qué, pero de repente tuve la impresión de que era un buen tipo.

Y claro que yo necesitaba saber qué era lo que buscaba, qué quería, por qué no me lo podía contar así como así, dónde estaba Emilia, qué era de ella.... Pero no me atreví a insistir. Tenía que ganarme su confianza para saber lo que él sabía, y eso no iba a pasar si me desesperaba, si le rogaba de rodillas que me diera algún indicio. Facundo, resolví, trabajaba ahí, en la Facultad, y yo lo iba a volver a ver, yo volvería a buscarlo para hacerme de su confianza de a pocos y encontrar respuestas.

Así que me levanté despacio de la mesa y le di la mano y las gracias por el café. Creo que ambos teníamos una mirada de lástima y mucho silencio. Gracias... un placer... hasta luego.

Ya me iba yendo cuando oí su voz: ¡Camilo! Me di la vuelta y lo vi caminando hacia mí. Che... ¿tenés un número adonde pueda llamarte? Sí tenía, el de la casa donde me hospedaba. Y sí se lo di. Lo pensé uno momento, lo dudé, pero qué más daba, era solo un número, por teléfono no había mucho que hacer. Le di el número. Dale, me dijo, te llamo si se me ocurre algo... Y se fue.

Facundo. Un tipo raro que ese día me dejó lleno de dudas y ansiedad. Facundo, entonces, era lo único que me ataba a Emilia en esa ciudad de la furia. Tenía que volver a verlo.

Y así, aunque no podía esperar, esperé.

\*

*Últimos días en esta ciudad. No siento nostalgia, no me da pena partir. Regreso a un lugar del que quizá nunca me fui. Me voy de un sitio al que nunca llegué. De una buena parte de mi vida, me he ausentado. No he estado. No habito. Respiro.*

\*

Pasaron dos días. Dos días con sus mañanas, sus tardes, sus noches, sus veinticuatro horas que una tras otra llenaron mi aire de ansiedad. Respiraba afán, exhalaba necesidad. Facundo no aparecía y yo ya no podía más con esa incertidumbre de no saber quién era, qué sabía, por qué mierdas no me contaba nada. De manera que al tercer día, muy temprano, me levanté decidido a ir a buscar a Facundo y exigirle explicaciones, respuestas, direcciones (ojalá). Y en esas estaba, alistándome, cuando sonó el teléfono. Y era él, sí (como en las películas predecibles o en las telenovelas). Llamaba para ver si podíamos vernos esa tarde, a tomarnos una café y hablar (como en las películas predecibles o en las telenovelas). Así que acordamos vernos en el mismo café-bar donde estuvimos antes, en nuestro primer encuentro; a las siete de la tarde. Emilia. No corras.

Puntuales, a las siete, llegamos allí. Nos saludamos con cordialidad, tomamos asiento y, sin dudar, le pedimos al mesero dos cervezas. Conversamos sobre cualquier cosa un par de minutos; sobre el clima, sobre la primavera, la gripa, el polen, el servicio de salud, y así...

Media cerveza después, entramos en materia.

\*

*Lo que viene después es tan difícil que no sé cómo contarlo. Si la escritura a veces va más allá del lenguaje, a veces también es demasiado. Quisiera no tener que contarlo, no escribirlo. Quisiera adjuntar a estos párrafos un video, un audiovisual que diera cuenta de lo que Facundo me contó, sin tergiversarlo, sin que mis emociones irremediabilmente se filtren por entre el relato y lo tiñan de dolor y de angustia. No puedo escribir lo que viene como quisiera. No puedo alejarme de las líneas. Antes era más fuerte.*

\*

No puedo decirte que confíe en vos totalmente, Camilo. Y sin embargo, he pensado bastante en estos días, y no me parece que no puedo hacer nada más que contarte lo que ha pasado. Así que te voy a contar las cosas que sé sobre Emilia, sin saber si en realidad te interesen, si te parezca extraño saberlo o si no tengas nada que decir al respecto. Pero

antes, te pido por favor que me digás todo lo que sepas de Emilia y Federico, para mí es muy importante. Voy a depositar en vos una confianza que espero que también tengás conmigo, Camilo. ¿Puedo confiar en que así sea?

Yo le dije que sí. Nervioso hasta la médula, y si bien no podía ser totalmente sincero con él, accedí.

Mirá... mi amigo del alma se llama Martín. Nos conocemos desde chicos, por una larga amistad que tenían también nuestros padres. Con Martín crecí, estudié, nos fuimos de joda mil veces, vivimos juntos. Es mi hermano, el chavón. Cursamos la carrera de Letras los dos, aquí mismo, en la Filo, y luego cada uno salió del país a estudiar algo más. Cuando regresamos, él vino a dar clases aquí, y luego, por medio de él, yo ingresé a hacer lo mío. Fue en ese primer año que conocimos a Emilia.

A ambos nos gustó, no te lo voy negar. Era linda e inteligente; una chica bárbara, ¿viste? Pero Martín siempre fue mejor con las chicas que yo, y Emilia se fue por él. Pero no me dolió eso, yo estuve feliz por él. Nada, todo bien. Así que empezaron a salir y, para resumirte, en muy poco tiempo se enamoraron. Martín moría por Emilia, y ella le correspondía bastante bien. O eso me pareció a mí; no sé... Y así se pasó un año y unos meses, cuando a ella le vino la idea de salir del país. Le dijo un día a Martín: me voy de Buenos Aires, a Colombia. Él no lo podía creer; ¿me estás cargando, boluda? ¿Pero cómo que te vas? ¿Y vos y yo, qué?

Emilia le explicó que en toda su vida no había salido de este país, que ya estaba bien de esta Argentina ensimismada, que quería, que tenía que salir. Vení conmigo, Martín, le propuso. Le dijo que se viniera con ella a Colombia, solo unos meses, un semestre; ella se había buscado un intercambio a Bogotá que ya le habían aprobado. ¿Pero cómo?, decía Martín. ¿Cómo que tenés un intercambio ya aprobado? ¿Cómo es que no me habías contado nada?

Pelearon fuerte. Martín se molestó mucho; estaba muy enganchado el chavón, no lo culpo. Pero él no se podía ir a Colombia de un día para otro, tenía un laburo importante aquí en la Filo, tenía aquí a su gente, sus amigos, su viejo estaba enfermo... Se puso muy mal, loco; muy mal. Dudó mucho de Emilia, de lo que él era para ella, de lo que habían tenido en ese tiempo. Entonces le propuso algo, y ella, como una especie de prueba, me parece a mí, aceptó: que se fuera a Colombia, seis meses, dale, y cuando volviera a Buenos

Aires, se casaban. Cuando Emilia volviera de Bogotá, se iban a casar, loco. Matrimonio, ¿viste? Le pidió matrimonio y ella dijo que sí.

En eso quedaron. Emilia se fue a Colombia y Martín aquí que se moría de tristeza. Y hasta ahí, todo bien. Hablaban con alguna frecuencia, se escribían, se extrañaban, ¿viste? Pero Martín siempre me decía que Emilia estaba cambiando, que a ratos la notaba fría, como distante, como en otra onda, qué se yo. Y así varios meses, hasta que un día se desapareció. No respondía los correos de Martín, en su casa nadie contestaba; en la universidad, el departamento de Letras no daba razón de ella. No había cómo más buscarla en Colombia, no sabíamos de nadie allá, nunca le habló a Martín de una amiga, de un amigo, nada, mucho menos de Federico. Tampoco le podía hablar a sus padres aquí; no sabían los viejos de las cosas entre ellos dos.

Se empezó a poner muy preocupado Martín, ¿eh? No sabía por dónde buscarla, no sabíamos si le había pasado algo, si no quería hablar o si la habían matado. Es terrible eso de no saber nada de alguien, te habrá tocado alguna vez...

Y bueno... un mes después, un mes después de no saber absolutamente nada de ella, la mina aparece. De esto no tengo certeza, porque no la vi, pero lo que te cuento ahora, pibe, me lo dijo Martín. Dice que una noche, un miércoles a eso de las doce, se apareció en su apartamento. Sonó el timbre del edificio y él contestó; y casi se me cae cuando oyó su voz. No lo podía creer. El encargado le abrió la puerta cuando Martín le dijo que la dejara seguir. Emilia subió en el ascensor y él salió disparado a recibirla. Dice Martín que no entendía nada cuando vio abrirse el ascensor y reconoció la silueta de Emilia, sus piernas, su torso, sus hombros, y luego vio su cabeza enfundada en un pasamontañas. Era ella, no había duda, su voz era la misma, su cuerpo igual, pero no enseñaba su rostro. Ella lo saludó con la voz cortada y siguió rápidamente hacia su apartamento. Él no pudo responder, no sabía qué pasaba, no entendía; ¡nada!

Entonces Martín entró detrás de ella y sentó a su lado. Emilia no hablaba. Levantó la cabeza y se quedó mirándolo a los ojos. Martín no sabía qué hacer. Le preguntaba: ¿qué pasó?, ¿qué fue lo que te pasó? Te he buscado como un loco estas semanas y vos no aparecés, no contestás y ahora llegás así, de la nada, con la cabeza empaquetada. Pero decime, loca, ¿qué mierdas es lo que tenés, qué hiciste, qué te hicieron?

Empezó a llorar, ella. Como aguantando el llanto, pero llorando, ¿viste? Solo lloraba y no decía nada, me dijo Martín. Entonces agachó la cabeza y empezó a descubrírsele. Debajo del pasamontañas apareció el rostro de Emilia todo vendado; una gran venda blanca, como amarillenta, sucia, y llena de puntitos de sangre. Se le veían los ojos nada más. Y la mitad de la cabeza sin cabello. Me dice Martín que estaba muy mal, loco. Muy mal. El rostro lo tenía destrozado, ¿viste? Terrible.

No lo podía creer Martín. A Colombia se había ido su chica, con la que se iba a casar, y ahora volvía así, destrozada, con el rostro todo vendado, partido a pedazos, quemado. Él le preguntaba como loco: ¿Pero qué fue lo que te pasó, Emilia? ¿Qué mierdas tenés, qué te hicieron? Decime, ¡decime, por favor!

Es una historia larga lo que sigue, ché... Pero ni Martín no yo sabemos muy bien lo que pasó, apenas algunas cosas, lo que Emilia dejó salir. Por eso quiero hablar con vos, para que me contés lo que sabes, lo que sea, cualquier cosa...

Supimos que Emilia conoció a este chavón, Federico, en Bogotá, en la universidad donde ambos estudiaban Letras. Y bueno... no puedo yo decir que se enamoraron, pero sí se engancharon bastante, según parece. Por eso luego decía Martín que sentía a Emilia en otra onda, alejada, distante de él.

De ahí en adelante es oscuro lo que pasó, no sabemos, pero ella terminó juntándose con el chavón en uno de estos grupos clandestinos, revolucionarios, activistas, qué sé yo. Después una cosa llevó a la otra y terminaron planeando un atentado a un político importante, un diplomático, creo. Iban a poner una bomba en un local donde el tipo este tenía que asistir. Pero los dos pibes no sabían lo que hacían, y cuando estaban poniendo el paquete, la bomba explotó. Estalló... Y fue el fuego que la dejó así, como la vio Martín después. Le quemó toda la cara. Le quemó la cabeza, el pelo, el cuello, el brazo derecho. Parece que fue Federico el que llevaba la bomba, y le explotó casi entre las manos; quedó muy mal él también, peor que Emilia, parece que anda en una silla de ruedas el pibe. A ella la explosión la tiró lejos, pero no la dejó inconsciente. Se levantó como pudo, sin darse cuenta de su cuerpo hecho mierda, se envolvió entre la ropa que tenía y salió a correr. Vivía muy cerca de allí, y corrió sin parar hasta su casa. Entró y sin pensarlo llamó a uno de sus "camaradas". Él ya lo sabía, ya se había enterado del inmenso fracaso, del peligro que ella y todos corrían. Le dijo que tenía que salir de ahí ahora mismo, y le dio una

dirección cercana donde otro camarada le daría auxilio y refugio. Colgó, y como pudo, en segundos, se lavó un poco y se cambió la ropa, y salió. Llegó donde le habían dicho, y allí le prestaron primeros auxilios. Entre los camaradas había un médico que hizo todo lo que pudo con lo poco que tenía.

Pasó varios días allí, no sabe cuántos, encerrada en ese apartamento, delirando, muerta de dolor y de miedo. Muerta de la ansiedad y los nervios, te podrás imaginar. De vez en cuando, llamaba a sus viejos y les mentía: que todo bien, que mucho estudio, que estaba algo cansada, pero todo bien; para que no supieran nada, para que no se preocuparan, ¿eh? Después sus camaradas aparecieron allí con alguna ropa suya, algo de dinero y su pasaporte. Le dijeron que se tenía que ir, que era mejor que saliera del país porque la yuta le estaba buscando, que volviera a Buenos Aires, que se perdiera por un rato y ellos después la llamarían. Y así, no sé cómo pero seguro muerta de dolor, viajó con uno de ellos por tierra hasta Ecuador, y en Quito tomó un vuelo a Buenos Aires. Y después un taxi en el aeropuerto, hasta el apartamento de Martín.

Entonces volvió esa noche y le contó todo esto, de a pocos, llorando mucho. Y luego le dijo que estaba sola, que no tenía a nadie más en el mundo que a él, que lo que le había pasado en Colombia fue un gran error, que lo amaba y quería estar con él. Pero Martín no pudo con eso, loco. Fue demasiado enterarse de todo esto así de rápido, no lo podía creer, no lo podía entender. Se enfureció mucho el chavón, se puso como loco y le gritó y le dijo que se andara a la mierda, boluda. Que lo dejara en paz. Que ella no lo merecía a él. Y la corrió de su departamento a los gritos.

Parece que Emilia salió de allí desconsolada y no pudo hacer otra cosa más que ir donde sus viejos. Debió llegar allá en la madrugada, sin avisar nada y con la cara toda quemada...

Unos días después, Martín se arrepintió de todo y quiso ir a verla. Fue a donde vivían sus viejos pero ya no había nadie ahí. Una vecina, cuando vio al chavón desconsolado, llorando, hecho mierda, lo invitó a pasar y le contó lo que sabía. Que Emilia había llegado hacía una semana a la casa, de nuevo, después de una larga ausencia. Que esa madrugada la casa se había llenado de estruendos, de llantos, de lamentos. Y que así siguieron varias horas. Después de eso, la mayoría del tiempo en el apartamento había mucho, mucho silencio, como si nadie habitara allí. Y en las noches oía los gritos de

Emilia. Daba alaridos de dolor y hablaba de una farmacia y de fuego hirviendo. También gritaba como loca llamando a un tal Federico, hablándole, a ratos reclamándole, otras veces pidiéndole perdón o rogándole que la dejara en paz.

Le dijo que así estuvo la cosa varios días, pero que hacía ya dos noches que no se oía nada de nada, que todos habían salido muy temprano y desde entonces no había visto entrar o salir a nadie de ahí. Para ella que se habían ido; permanentemente.

Martín llamó a la puerta de la casa mil veces, telefoneó, al final se asomó a todas las ventanas, desesperado. Yo lo acompañé, yo estuve ahí viéndolo cómo perdía la razón. Pero no había nada que hacer... Era evidente que Emilia se había ido. Su familia se la llevó del país, loco. Se la llevaron quién sabe a dónde, pero lo hicieron bien, porque hasta el día de hoy, nadie da razón de ellos.

Eso hace ya más de tres meses.

\*

*Contar algo tan doloroso con el mayor desapego posible. Tomar distancia. Mirarlo de lejos y nombrar lo que pasa. Valerse del otro. Como si solo fuera una historia, como si no doliera.*

\*

¿Y dónde está ahora Martín?, le pregunté a Facundo. ¿Martín?, dijo, loco... Martín vive un infierno en vida. Desde que Emilia se fue, o se la llevaron, qué se yo, el chavón viene cayendo en picada. Primero dejó de asistir a clases y luego renunció. Ya no va a donde sus viejos, no sale de su apartamento, no habla con nadie, casi ni come el pobre. No quiere hacer nada, no quiere ver a nadie. Hace ya varios días que no le veo. Me mata de tristeza verlo así.

Yo te puedo ayudar, Facundo, le dije. Les puedo ayudar, a Martín sobre todo. No sé mucho, pero sé algo que seguramente le puede servir. Pero le cuento eso a Martín, solo a él puedo contárselo, personalmente. No es que no confíe en ti, es solo que las cosas que sé, me parece que solo debe saberlas él, ¿me entiendes?

Facundo se quedó en silencio, mirándome un poco extrañado y un poco con sospecha. Yo agregué: sé que has tenido la confianza de contarme todo esto, y lo agradezco, pero precisamente por eso sé que lo que puedo contar solo debe saberlo Martín; después que sea él mismo el que decida contarte o no contarte a ti.

No sé si en ese momento en realidad estaba pensando contarle toda la verdad a Martín o solo lo hacía para ir hasta el fondo de todo el asunto. No sé. Pero al final convencí a Facundo: me dijo que iba a Martín y a arreglar un encuentro entre nosotros.

Antes de despedirse me dio un número de teléfono donde lo podía ubicar a él. Me dijo que me cuidara. Y luego, lo recuerdo bien: Confío en vos, pibe.

## XVI

La bomba le estalló a Joaco casi entre las manos. La peor parte la llevó él. La onda explosiva nos hizo salir volando a Emilia y a mí, pero solo a ella la alcanzó el fuego; la mitad de la cara y parte de un brazo. A mí me botó contra una pared, detrás de un mostrador donde quedé por unos minutos inconsciente. Como Joaquín fue el más afectado y la gente que vino a ayudar (o a alimentar el morbo) no sabía lo que había pasado ni quién era quién, fue a él a quien se llevaron primero. Lo sacaron rápidamente, alzado, me dijeron. No supe si lo montaron a una ambulancia o a un taxi o a un carro particular, pero, según dicen, le salvaron la vida. Emilia, consciente como estaba y sobre todo consumida por el pánico y el miedo, corrió hasta su casa, quemada, temblando, al borde de un colapso nervioso (eso lo infiero por lo que supe). A mí no me alcanzaron a ver, tirado en un rincón de la farmacia, detrás de un mostrador. Desperté muy adolorido sin saber qué estaba pasando, sin reconocer el lugar donde estaba ni porqué estaba ahí. Luego fui recordando de a pocos, me paré con afán y con mucha dificultad, tambaleé un poco, e intenté buscarlos a los dos. Todo eso en cuestión de segundos, con la cabeza dándome vueltas. Cuando no los vi por ningún lado, no pude hacer nada más que morirme de miedo, morirme de angustia, y salir corriendo. Yo no quería, yo no quise, pero corrí.

Primero me perdí por la calles. Subí y bajé andenes sin saber hacia dónde ir; la ciudad me daba vueltas, los edificios me daban vueltas, yo le daba vueltas al mundo y a las calles y me perdía por entre los carros. Muy pronto me cansé, sentía una sed desesperante y solo quería dormirme un mes, acallar tanto ruido en mí, apagar las hogueras en mi cabeza. Cuando no pude correr más, seguí caminando, agotado. Entonces empecé a volver lentamente al mundo o el mundo empezó a volver lentamente a mí; las cosas fueron volviendo a su sitio, los edificios, las tiendas, la ciudad que estaba dando vueltas ya se iba estabilizando. Y sin embargo en ese momento, desde hacía muy poco, el mundo ya era otro: una bomba nos había explotado en las narices, algo había estallado entre los tres, en las manos de Joaco; en una farmacia llena de medicamentos para curar personas, qué ironía, la vida nos hizo corto circuito y se fundió. Quedamos perdidos, a oscuras. La vida, la otra vida, esta que desde entonces viene pasando, empezó.

Cuando volví a sentir los pies cerca del suelo, caí en cuenta que no estaba muy lejos de la casa de Emilia. Ahora me parece que más por instinto que por uso de razón, empecé a caminar hacia allá. Anduve así quizá dos cuadras cuando oí el rugir de un motor, unas llantas que rechinaron y vi un carro que venía hacía mí muy rápido. Me quedé quieto mirándolo acercarse; permanecí inmóvil, inane, lejos de huir, petrificado. Se detuvo a centímetros de mí y en su interior pude ver a dos de mis camaradas. Uno de ellos se bajó de inmediato, y mientras entre dientes me decía algo que yo no podía o no quería entender, tirándome de la ropa me botó en la silla de atrás, cerró la puerta con fuerza, volvió a su puesto y arrancó. Entonces, desesperado, empecé a preguntarles por mis compañeros, les conté lo que había pasado, les dije que no pude hacer más que huir, que no sabía nada de Joaquín ni de Emilia, nada de ellos, nada, ni dónde estaban ni qué habían hecho ni si se habían escapado o estaban presos o vivos o muertos (o moribundos). Nada. Había que buscarlos, les dije, y qué bueno que habían venido, compañeros, porque en carro iba a ser más fácil encontrarlos y luego correr. Encontrarlos a los dos, y huir.

Pero esos compañeros no habían venido a lo que yo creía. Emilia, me dijeron, había escapado de la farmacia sana y salva, y ya estaba resguardada donde otro camarada. A Joaquín un par de hombres lo habían cargado fuera de la droguería, y luego lo subieron a un vehículo que partió a toda velocidad, escoltado por policías. Acababan de enterarse que había llegado al hospital (no me dijeron a cuál) e ingresado inmediatamente de urgencia a la sala de cirugías. Ellos, mis camaradas, me andaban buscando para protegerme, dijeron, pues yo no podía estar en la calle, no era seguro, menos aún con la ropa sucia, oliendo a humo y a pólvora, con los ojos a reventar y la tembladera constante por todo el cuerpo.

Así que a regañadientes, casi a la fuerza, me condujeron hasta un cuartucho donde uno de ellos vivía. Allí me dieron ropa limpia y me pidieron que me bañara bien, mucho jabón y champú, hasta que se fuera el olor. Me lo ordenaron. A empujones me llevaron hasta el baño, me metieron ahí, abrieron la ducha y cerraron la puerta. Recuerdo mirarme al espejo y no reconocer bien a ese ser sucio que temblaba y lloriqueaba como un animal indefenso. Sentí compasión por mí, quizá algo de lástima, y de inmediato me lo reproché: yo estaba bien, sin ningún daño físico y con una ducha lista; Joaco estaba en el hospital, quién sabe por qué en una sala de cirugía...

Sé que me desnudé y entré en esa ducha. El agua estaba helada, pero no hice nada por buscar cómo calentarla, no abrí otra llave, no me resistí al frío. De repente sentía unas ganas inmensas de sufrir, de hacerme daño, de tener algún tipo de herida o de dolor, como debía estar teniéndolo Joaco. Recuerdo apoyar las dos manos en la pared y quedarme allí, bajo el chorro congelado taladrándome la cabeza, como si el agua me fuera a limpiar por dentro. Después me lavé el cuerpo con desespero. La piel me hedía a humo, a quemado, a vidrios rotos y pies corriendo y sobre explotando. Me refregué todo con un viejo estropajo hasta ponerme muy rojo. Pero el olor no se iba.

Cuando salí de la ducha, volví a insistir: teníamos que ir a buscar a Joaco, camaradas; yo tenía que hacerlo, saber si estaba bien, qué le había pasado, en qué podía ayudar. Pero ellos, ya con un fuerte tono de voz y bastante molestos, me lo reiteraron: que ahora mismo yo no podía salir, cualquier persona que se arrimara por el hospital era un sospechoso. Había que proteger ante todo al Movimiento. No se podía ir. ¿Y Joaquín, qué, cabrones?, pregunté yo, ya muy alterado. Y uno de ellos: Joaquín sabe muy bien que su deber es callarse la boca.

\*

*Escribo sin parar. Sin detenerme casi a revisar los hechos que cuento o las faltas de ortografía que cometo. Todo este recuento, todo este armazón de hechos y vivencias y dolores que vengo relatando, tengo que acabarlo antes de volver a Colombia.*

\*

Salí de ese cuartucho a la madrugada, cuando me dejaron salir. En el mismo carro en que me habían recogido, me llevaron hasta mi casa. Pero antes de liberarme, me advirtieron: que allí me dejaban para no levantar sospechas en mi casa, que entrara ahí y saludara como siempre lo hacía, que al día siguiente debía ir a clases, andar por la ciudad, comer, reír: seguir viviendo como si nada. Ellos estarían pendientes de lo que pasara con Joaco y me informarían, pero que no se me fuera a ocurrir aparecerme por el hospital. Era un riesgo muy alto, estaba lleno de policías buscando culpables, no había que ser tan güevón de

acercarse por ahí y dejarse capturar. Pero eso sí, si algo llegara a pasar, como yo ya sabía, como usted ya sabe, compañero, nosotros no existimos, usted nada tiene que ver con nosotros; lealtad al movimiento, resista con honor. Y tampoco se le ocurra llamar al hospital, le aseguro que las líneas ya están interceptadas.

Y sin embargo, desobedecí.

Entré a mi casa, me tiré en la cama y ahí me acurruqué como un niño asustado. Me quedé dormido llorando, derrotado por el cansancio. No descansé bien. En mis sueños las imágenes y los ruidos de esa tarde se sucedían una y otra vez como rasgándome el hipotálamo; y así estuve sumergido en ese sueño, denso y ligero a la vez, por unas dos o tres horas. Desperté temprano e inmediatamente me di a la tarea de averiguar dónde estaba Joaquín. Lo primero que se me ocurrió fue llamarlo a él, pero su celular, por supuesto, estaba apagado. Luego llamé a su hermano. Al segundo intento me contestó Miguel, con una voz ronca y quebrada. Cuando se lo pregunté, me dijo en qué hospital estaba Joaquín, piso, habitación, y no me hizo ninguna pregunta. No hablamos de lo que pasó. No fui capaz de preguntarle si su hermano estaba bien...

Cuando llegué al hospital, varios amigos en común estaban llegando también: Jose, Pachito, Sofía, Juliana, el Gordo... Todos del colegio, ninguno de la universidad. Todos con el mismo desconcierto, la desazón, los ojos inmensos e hinchados de llanto y preocupación. Nadie entendía nada. Nadie se lo explicaba. Pero qué mierdas era lo que había pasado. Cómo así que una bomba, que una farmacia, que Joaquín, que un atentado; y quién era la otra, la mujer que se escapó; pero qué es todo esto, cuándo, en qué momento pasó, cómo fue que llegó Joaco hasta estas. Solo preguntas que nadie podía responder. Nadie. Porque aunque yo conocía muy bien las respuestas, mi deber era callarme la boca. Hacerme el que nada sabía. Frente al resto del mundo, yo también estaba sorprendido: las acciones de Joaquín me habían dejado perplejo y no tenía la más mínima idea de cómo ni cuándo ni dónde ni porqué. Y así como veía en ese momento, como imagino que debía estar, pálido, ojeroso, consumido por los nervios, nadie dudó de mí. Yo era uno de los

mejores amigos de Joaquín, si no el mejor; era perfectamente verosímil que estuviera tan afectado por su suerte, era creíble; para algunos, quizá, casi conmovedor.

Solamente yo sabía lo que pasaba en realidad. Y todo me lo tenía que tragar.

Lo mismo cuando llegamos al piso donde tenían a Joaquín y nos encontramos con sus padres. Su papá con los ojos rojos y vidriosos, su madre toda congestionada, con las lágrimas frescas rodándole por el rostro, los labios apretados, el dolor en el centro del pecho que a cada tanto le palpitaba contrayéndose en sollozos. Y yo con la misma pantomima.

A los padres de Joaco nadie les preguntó nada sobre el incidente ni tampoco hablamos de eso. Por lo que pude entrever, Jose, Pachito y todos los demás se habían enterado de los hechos por la radio y la televisión. Había salido en las noticias. Se hablaba de un fallido atentado terrorista supuestamente dirigido al ministro de Hacienda, donde dos jóvenes se habían visto involucrados. Casi me desmayo, me dijo Pachito, casi me caigo de la silla cuando oí que uno de los de la bomba era Joaco; quedé en shock, no lo podía creer; no lo puedo creer, Fede.

Después, más apartados de sus padres, Miguel nos contó sobre su hermano: la bomba había estallado muy cerca de Joaquín. Tenía quemaduras de segundo grado en el pecho, la barriga y el brazo izquierdo. En la cara, afortunadamente, no se había quemado, pero tenía varias cortadas y algunas esquirlas todavía incrustadas. Y además, para completar, la puerta de su cuarto ahora mismo estaba custodiada por dos policías. Pero eso no era lo peor. Lo más grave era que la onda explosiva lo había estrellado con fuerza contra una de las paredes de la farmacia, se había dado un golpe muy duro en la espalda y luego un mostrador pesado le había caído encima. Todo esto le había producido una seria lesión lumbar, y ahora corría el riesgo de quedar paralítico.

A mí me entró una tembladera que casi me hace perder el equilibrio. Empecé a sentirme ahogado y me entró un ataque de tos muy fuerte. Como pude, corrí al baño, entré en uno de los cubículos, levanté la tapa y vomité. En qué momento. Esto no puede ser. No puede ser.

A todos les conmovió mi dolor, mi preocupación, la fuerte amistad entre Joaco y yo que me hacía poner así en este momento tan difícil. Nadie entendía. Nadie entendía una mierda. Nadie entiende.

Más tarde, con el mismo dolor que no daba tregua, su madre nos reunió a todos y nos preguntó por las andanzas de su hijo. Nos rogó, “por lo que más quieran”, que le contáramos en qué estaba metido Joaquín, por qué pasó esto, quiénes “lo hicieron” hacer esto. Nos pidió llorando que le dijéramos todo lo que sabíamos, por favor, que no le ocultáramos nada, que era por el bien y la seguridad de su hijo. Se le cortaba la voz. Pero nadie sabía nada, todos iguales de anonadados por los hechos: Joaquín nunca había comentado nada, nadie nunca había sabido que él andara en algo así, quién se lo iba a imaginar, jamás se nos habría ocurrido. Y yo, ahogado con la verdad que se me atragantaba, tuve que asentir: Yo tampoco sabía nada, no me lo podía creer, a mí Joaco nunca me insinuó lo más mínimo.

Solo agregué la única verdad que podía decir: que yo, sinceramente, nunca me imaginé que esto fuera a pasar.

Más tarde, cuando en la noche volví a mi apartamento, el celador me retuvo un momento. Tenía un sobre para mí, alguien lo había dejado hacía unas horas. ¿Alguien, quién?, le pregunté. No supo decirme, solo dijo que tenía un saco grande y estaba todo arropado o arropada en una bufanda y un pasamontañas; y que le generó desconfianza. Entonces tomé el sobre y lo abrí con precaución (no fuera a explotar). Allí encontré un recorte de periódico, una hoja arrancada de un diario de ese día; ese periódico donde se contaban los hechos ocurridos en la tarde del día anterior. Ese recorte que todavía conservo, que aún guardo, y que aún me duele. Disculpame, Fedé. Te quiero de verdad. Pero tengo que correr.

\*

*Regresar al lugar donde todo esto empezó. En memoria, en escritura, y en avión...*

\*

Tres semanas o más. Un poco más de tres semanas debió durar Joaquín en ese hospital. Lo sometieron a varias cirugías de cuyo nombre quiero acordarme, pero no puedo. Cirugías para las quemaduras, cirugías estéticas, cirugías de reconstrucción; cirugía de columna. Y luego se quedó allí varios días, muchos, demasiados para mi gusto (más de tres semanas, quizá), recuperándose, poniéndose “en forma” para salir (en forma de qué, nunca entendí). Después se fue a su casa.

Se lo llevaron todo lleno de vendas, derrotado sobre una silla de ruedas (yo lo vi de lejos). Pero se lo llevaron a su casa. Libre. Ni un día de cárcel, ni de casa por cárcel. Nada. Los padres de Joaco eran importantísimos abogados, poderosos, burgueses e influyentes. Y, por supuesto, muy bien rodeados. Nunca supe cómo fue ni qué hicieron, qué contactos movieron o cuántas fianzas y demás pagaron, pero a Joaquín las autoridades no le tocaron ni un cuero. Tampoco tuvieron que hacerlo: el dolor ya lo tenía sobre la espalda, el encierro era su día, cada una de las horas de la mañana, la tarde y la noche, eran suyas para arrepentirse.

Mientras estuvo en el hospital, nunca hablé con él. Nunca entré a su cuarto a visitarlo, porque me moría de miedo. ¿Qué le iba decir? Me aterrorizaba encontrarme sus ojos, sentir su dolor que también era mío, y tener que disimular. No podía. No sabía qué decirle y no se me ocurría lo que me podría decir él. Tampoco me sentía capaz de verlo ahí, como me lo imaginaba a ratos: botado en una camilla, como un naufrago, todo lleno de cortadas y quemaduras y costras; las piernas tapadas por una sábana para que no se viera lo mal que estaban, o colgadas de cabestrillos, suspendidas en unas cuerdas de tela que brotaban del techo; no sé. Y sus ojos que en mi imaginación parecían temblar aguantando las lágrimas. Y entonces yo ahí parado, con mi humanidad a salvo y mi dolor y mi vida jodida a cuestras: sí, Joaco, esto ya nunca va a ser igual, esto se nos vino abajo; nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos.

No. No podía. Pero en cambio, empecé a ir al hospital casi religiosamente, todos los días. Trataba que no me vieran, trataba de no encontrarme a nadie, de evitar a sus papás, a amigos en común, incluso a Miguel. No era capaz de darles la cara, no podía con mi hipocresía. Salía de mi casa o de la universidad (a la que ya casi nunca iba, y cuando lo hacía estaba en otro lado), y me iba al hospital. Disimuladamente, llegaba y averiguaba por

el paciente Joaquín Irigorri. Si podía, subía hasta el piso donde estaba y me daba una vuelta por ahí, esperando ridículamente verlo salir caminando en bata por un pasillo, amarrado a una bolsa de suero. Pero eso no pasaba. Si subía, la mayoría de las veces salía espantado porque veía a alguno de sus familiares rondando por ahí, o a un policía.

Y fue así que en uno de esos ires y venires al hospital, empecé a advertirlo. Primero fue un ruido extraño que escuchaba a veces, como un freno, como un escape de aire, no distinguía bien. Después fue una sensación, sentirse observado, una sombra sobre mi sombra. Luego me convencí: vi el carro. El mismo carro que ese día me recogió y me llevó al cuartucho ese; lo vi. Me estaba siguiendo, me había estado siguiendo. Esos cabrones me espiaban, me tenían en la mira. Un día doblé rápidamente una esquina, me devolví y vi pasar el carro de frente, a toda velocidad, y creo haber reconocido ahí adentro a uno de ellos, al compañero Javier. Al otro día nadie me siguió, y al día siguiente cambiaron de carro, pero continuaron vigilándome.

Los busqué en la universidad, pero ninguno estaba por ahí. Llamé a los pocos números que conocía, pero nadie contestaba. Empecé a desesperar. No solo quería saber lo que estaba pasando, no solo quería enfrentarlos, pero, además, necesitaba saber dónde estaba Emilia. Emilia. Casi dos semanas después, ella no aparecía, no sabía nada de su paradero. Si se escondía. Si la escondían. Si la habían desaparecido. Si tuvo que correr.

Me hacía una falta tremenda. La extrañaba tanto que me daban ganas de ahogarme. La detestaba por desaparecer así, sin decirme nada, sin dejarme nada más que una nota improvisada sobre un recorte de periódico que me llegaba hasta el hígado. No podía tolerar la incertidumbre. Emilia desaparecida y yo encerrado en la ciudad. Tenía que hacer algo para saber dónde estaba. Tenía que encontrarla. Caí en el error de pensar que no podía estar sin ella.

En una de mis visitas secretas al hospital, una mañana vi que se llevaban a Joaquín. Yo venía subiendo las esclareas (porque nunca tomaba el ascensor para que no me vieran), y me pareció oír voces conocidas: el papá de Joaco, un enfermera que siempre estaba por

ahí, Miguel... Me asomé con disimulo y vi a mi amigo en una silla de ruedas, empujado por su papá y escoltado por su hermano y la enfermera. Iba cabizbajo y en silencio, aunque bajo las vendas parecía tener una expresión de firmeza, el rostro tenso, casi retador.

Espere a que se fueran y volví caminando despacio hasta mi casa, donde dejé pasar el resto del día pensando en qué sería lo mejor que podía hacer. Ya entrada la noche, agotado y con la cabeza exhausta, decidí que ya no me importaba, que me siguieran los que quisieran seguirme, total nunca hacían nada, solo mirar de lejos, solo intimidar, solo pasear en carro detrás de mí para hacerme trepar al hombro los demonios. Que hicieran lo que les diera la revolucionaria gana, yo me iba a ver a Joaquín.

Así que al día siguiente fui a su casa.

Antes de llegar me temblaban las piernas, me faltaba el aire, sentía una sed tremenda. Estaba a punto de encontrarme con un Joaco que quizá no conocía, otro distinto del que entró ese día a la farmacia y salió inconsciente, en brazos de extraños que seguramente lo miraban con lástima. Y yo también, ahora lo sé, ya era otro.

Me abrió Miguel y me acompañó hasta el cuarto donde estaba su hermano. Me dijo que Joaco no había querido ver a nadie, solo a mí, y luego me dejó entrar allí, salió y cerró la puerta. Joaquín estaba acostado en una cama que, aunque sencilla, parecía cómoda. De inmediato me di cuenta que era una de esas camas de hospital que se inclinan y se bajan con un control remoto. Allí estaba él, medio sentado, medio incómodo, medio tieso, tapado hasta la cintura con una cobija azul, y la cara y el cuerpo vendados. Lo vi y sentí que en cualquier momento se podía desbaratar, tan frágil, tan lejano de ser el Joaco fuerte que yo recordaba. Ahí estaba mi amigo tumbado sobre los escombros de su vida pasada, su vida de hace solo tres semanas. Y ahí estaba yo, también con otra vida distinta donde Emilia no estaba y mi amigo de toda la vida era otro, derrotado, jodido, a medias. Los dos frente a frente, aunque yo de pie y él con su humanidad suspendida en una cama que lo ayudaba a inclinarse. Nos miramos a los ojos en silencio un momento. Ninguno se atrevió a decir nada. Fui yo quien lloró primero. No me pude aguantar.

Así estuvimos un rato, cada uno en su silencio, cada uno con sus lágrimas. Recuerdo repetir de vez en cuando entre sollozos: lo siento, Joaco, lo siento. Me senté en una silla al lado de él, lo tomé de la mano y del brazo y recosté allí mi cabeza. Seguí

llorando y él también. Después me dijo algo que no se me va a olvidar: me jodí, Fede, me jodí.

Joaquín tirado en una cama, todo vendado y a punto de desmoronarse: una imagen que nunca se me irá.

Más tarde, me preguntó por Emilia. Le dije que desde esa tarde no la había visto. Le conté todo lo que pasó después: mi deambular, mi delirio, el carro que me recogió, el cuartucho, lo que los camaradas me dijeron de él y de Emilia, el artículo de periódico con esa supuesta nota de ella. Le dije que estaba preocupado, dolido, casi desesperado. No había señales de ella por ningún lado y no había nadie que diera pistas. ¿Y los demás? Los demás son unos malparidos, Joaco. Y después le conté lo que había estado pasando estos días: me estaban siguiendo, me espiaban desde un carro, se fijaban en qué hacía, con quién estaba, con quién hablaba, a dónde iba: En este momento deben saber que estoy acá con usted, Joaco, seguro que me siguieron. Me vigilan los muy cabrones. Quién sabe si a usted también.

Se quedó pensativo y luego me dijo: Están asustados, deben tener miedo de que digamos algo. Ande con cuidado, Fede, yo ya no sé de qué son capaces ellos.

Después me preguntó por mí, quiso saber qué estaba haciendo, qué iba a hacer ahora con las cosas como estaban. Él más que nadie sabía que su vida y la mía ya eran otra. Le dije que no tenía idea. Por ahora seguía matriculado en la universidad, pero casi nunca iba ni tenía cabeza para estudiar. Entre Emilia y él, le confesé, se repartían mis pensamientos. El resto del mundo había dejado de existir para mí, o se había congelado, entrado en pausa, yo qué sé. Sabiendo muy bien que era imposible, solo quería que las cosas fueran como antes. Que todo este mierdero se arreglara. Volver en el tiempo. Decir que no.

Sé que hablamos de más cosas y que definitivamente hubo más lágrimas y más lamentos y más deseos imposibles. Pero no quiero ni puedo ahondar en ese melodrama. Salí agotado de allí, como si me hubieran molido a palos desde muy adentro hasta la piel. Sentía los ojos como bolas de fuego, la nariz toda congestionada y el estómago contraído. Me pesaba caminar. Quería dormirme un mes. Salí de ahí absolutamente convencido de

que ahora éramos otros, de que la vida ya era otra distinta a la que habíamos conocido. Y lo mismo para Emilia, donde fuera que estuviese.

Yo tenía que hacer algo para estar a la altura de este viraje explosivo. Para enfrentarlo o evadirlo. Algo tenía que hacer.

Seguí yendo donde Joaco una tarde tras otra. Seguimos viéndonos con mucha frecuencia durante casi un mes donde las cosas para mí solo empeoraron: Emilia desaparecida y yo cada vez más desesperado por no poder hacer nada para encontrarla; Joaquín tirado en esa misma cama, sin progresar, recibiendo ayuda de una enfermera para hacer todo; y en la calle, la misma sensación de estar siendo observado, dos o tres carros que siempre veía por ahí, a veces una llamada en la noche, tarde, que no decía nada, solo una respiración del otro lado del teléfono que unos segundos después colgaba. Y aunque iba casi todos los días iba a ver a Joaco y le contaba todas estas cosas, todas mis preocupaciones y mis demonios, él cada vez era más indiferente. A veces lo notaba molesto, serio, como si fuera a explotar, como si no me aguantara. Después empezamos a conversar menos, hasta el punto de pasar visitas enteras en silencio, él viendo o fingiendo ver un programa en la televisión, yo haciendo lo mismo, o tratando de leer un libro que nunca leía. Pero aun así, seguía yendo. Aunque Joaquín quizá ya no me quería ahí, yo seguía yendo.

Y fue así que una de esas tardes llegué a su casa y encontré a toda su familia reunida. Su madre, su hermano, su padre, sus abuelos y casi todos sus tíos en la sala, además de las dos enfermeras y su empleada de servicio y su chofer. Todos allí con caras heladas. Yo traté de disimular, pero era evidente que las cosas no estaban bien. Cuando terminé de saludar a todo el mundo, hice el ademán de ir hacia el cuarto de Joaco, pero Miguel me dijo que estaba dormido, que mejor saliéramos a la terraza a fumar.

Fue ahí entonces, segundos después de salir a la terraza y encender los cigarrillos, cuando Miguel lo fue soltando. Así, sin ningún preámbulo de nada, sin matizar los hechos, sin un contexto ni una advertencia. Fede, me dijo, hemos intentado todo, pero parece que no hay nada que hacer, el diagnóstico de todos los médicos es el mismo: Joaquín ya no va a volver a caminar.

Como un disparo. Una sensación de mareo. El aire que no llega bien al cerebro. Las palabras reverberando como ondas en un lago. Caminar, caminar, caminar. No va a volver, a volver. Joaquín. Joaquín ya no va a volver. No va. No va. Ya no va a volver. No va a volver a caminar. Joaquín-ya-no-va-a-volver-a-caminar.

No pude más. Ya no pude más. Huí de esa casa con ganas de salir corriendo de la ciudad, del país, de mi vida, del mundo. Salí corriendo a buscar un lugar donde refugiarme, como un niño que busca las faldas de su madre. Solo que yo no buscaba las faldas de mi madre, si no las de alguien más.

Lo pensé mucho y llegué a la conclusión que Emilia tenía que haber vuelto a Argentina, a Buenos Aires. En el periódico había un retrato hablado de ella, las autoridades colombianas debían estar buscándola, no tenía a nadie aquí que la ayudara; pero en su país de seguro sí. Tuvo que correr. Por eso me mandó ese recorte con esa nota, pensé. Entonces, si mi vida en Bogotá se estaba despeñando, ¿a qué me iba a quedar? Si Emilia había sido ese lugar donde me sentí pleno, ¿por qué no salir corriendo, por qué no mandar todo a la mierda y dejar atrás el ruido, el dolor, el país?

Esa misma noche tomé la decisión y en menos de dos semanas estuve afuera. Convencí a mis papás de mi necesidad de salir: en un país así de jodido, no hay nada que yo pueda hacer; la educación en otros países es mejor y más barata; la policía sospecha de mí solo por ser amigo de Joaquín, aunque yo no tenga nada que ver en lo que él resultó metido. Les hablé de Buenos Aires, la Atenas de Latinoamérica, la hermosa, la cosmopolita. Y aunque la idea no los convenció del todo, terminaron aceptando cuando les dije que era algo temporal, que me iría por unos meses a probar suerte y si nada resultaba, me devolvía, y que yo mismo, con mis ahorros, me pagaba el viaje.

No fui capaz de despedirme de Joaco, al menos no personalmente. Le escribí una carta larga que empecé, terminé y volví a empezar tres veces; un largo chorrero de frases que se repetían una y otra vez: perdóneme por todo, lo siento, lo quiero, no sé cómo fue que esto pasó, a qué horas se nos vino el mundo encima; me voy porque no aguanto esto, porque me ahogo, porque me siguen, por un poco de cordura o de paz mental; es algo temporal, vuelvo pronto, Joaco, de usted no me olvido, se lo aseguro, tiene que ser fuerte.

Me fui porque ya no podía estar más allá, porque me dolía tanto. En Bogotá me seguían a todas partes, me espiaban, quién sabe qué planeaban hacer conmigo; en Bogotá estaba Joaquín, mi amigo del alma a quien cada vez sentía más lejos, y que ahora nunca más se volvería a levantar por sí solo en sus dos pies. En Bogotá no estaba Emilia (o eso, al menos, deduje entonces yo). Emilia: más que un ser, un lugar. Emilia en ese momento era el lugar donde fui más feliz, quizá el único lugar donde había sido tan feliz, donde poco más me preocupaba, y nada más. Y Bogotá, Colombia, era encierro, era incertidumbre, dolor. Mi país era una náusea. No pude más que huir. Cobarde o tan dolido, no pude más.

Compré un tiquete, me subí a un avión y me fui. Sin quemar mis naves, me fui.

\*

*Hasta hace muy poco pensaba que ese sería mi último recuerdo de Colombia. Desde que salí aquella vez, ya nunca más he vuelto. Pero mañana en la noche, eso va a cambiar. Ya voy volviendo. Regreso, como Ulises. Como Penélope, tejo y destejo mi historia. Escribo para entender.*

## XVII

Pasaron varios días desde esa última conversación con Facundo. Varios días en los que estuve a toda hora pendiente de su llamada, listo a encontrarme con Martín y averiguar por Emilia, a contarle toda la verdad si era necesario, así me matara a golpes.

Pero como no llamaba, irremediamente tuve demasiado tiempo para pensar. Muchas veces repasé las cosas que me contó Facundo... Me impresionaba pensar que Emilia tenía toda otra vida de la que yo no supe; que la primera persona a la que yo había amado, ya había amado tanto antes que yo, ya tenía una vida planeada antes de conocerme, otro plan de vida, un matrimonio, un profesor universitario esperándola a cuatro mil kilómetros de mí. Yo creía conocer a Emilia y de repente su vida dio un vuelco y ya no era más quien yo creí conocer tan bien. Ahora no sabía bien quién era ella, y sin embargo, todavía sentía tantas cosas. Quería tanto a la argentina que yo recordaba, pero ya no estaba seguro de que esa persona en realidad fuera así.

También pensaba en los detalles de la historia de Facundo e intentaba atar cabos. Hasta entonces, yo pensaba que Emilia se había ido solo unos días después de la tarde de la farmacia. Pensaba que ella misma había ido hasta mi apartamento una madrugada, camuflada con bufanda y pasamontañas, me había dejado el recorte aquel, y luego había salido del país. Pero la versión de Facundo contradecía eso. De acuerdo con él, Emilia había estado casi un mes en Bogotá, recuperándose de las quemaduras, hasta que estuvo en las mínimas condiciones de viajar, y entonces los camaradas la sacaron del país. Pero si así fue y ella no salió del apartamento aquel donde la tenían, ¿quién había ido esa mañana a mi puerta a dejar ese periódico con la letra de Emilia y su mensaje? ¿Quién iría camuflado hasta mi casa a darme una razón de alguien más? Ningún camarada hubiera hecho eso; para ellos, cosas así no tenían importancia.

Pensaba además en el tiempo en que Emilia estuvo en Bogotá después del fallido atentado. Todo ese mes yo estuve seguro de que ella ya no estaba en el país, al menos no en Bogotá. Recordé las veces que pasé por Chapinero después de eso, las veces que anduve ese barrio como perdido, volviendo sobre los pasos que alguna vez dimos los dos... quizá ella estaba en alguna de las ventanas de alguno de los edificios por los que

pasé; pude haber estado tan cerca, haber pasado tan cerca del cuarto donde la tenían; quizá ella me vio por una ventana, puede que me haya querido gritar para que la sacara de ahí, puede que me haya visto, que me haya llamado con un hilo de voz; o puede que al verme no haya querido dirigirme ni una sola palabra más, ni una sola mirada más.

Así que llamé a Facundo. Ya no podía más con esa incertidumbre, tenía que hacer lo posible por saber más, por saber algo más, lo que fuera. Lo llamé una vez y no contestó. De nuevo, y nada. A la tercera, contestó. Hola, Facundo, hablas con Camilo. Camilo... dijo, como repitiéndose a sí mismo el nombre. Camilo... volvió a decir. Tenía la voz entrecortada, más ronca de lo que yo recordaba. Loco..., me dijo por fin, no se va a poder lo de Martín. No se pudo... la voz se le cortó en un gemido muy sutil que alcanzó a ahogar. No se va a poder, siguió, porque hace dos días que Martín no está; se nos fue... Se pegó un tiro el chavón. Hace dos días se pegó un tiro en la cabeza. No pudo más con la depresión y la culpa por Emilia. Se mató.

Quedé frío, petrificado. Estuve unos segundos sosteniendo el teléfono en la mano sin decir nada, y luego lo dejé caer. En cuestión de segundos repasé los hechos y llegué a una conclusión: Martín estaba muerto por mi culpa. Por mí, Emilia se fue alejando de su prometido, por mí se unió a los camaradas y por mí terminó esa tarde en la farmacia. Y todo eso desembocó en la cabeza de Martín atravesada por un balazo, reventada por un tiro certero que él mismo se encajó para acallar sus demonios.

Y así las cosas, ya no pude seguir adelante. Me vi solo y derrotado en esa ciudad inmensa, con más y peores dolores que aquellos de los que salí huyendo cuando me fui de Colombia. Buenos Aires, haber venido a Buenos Aires, había sido una mala idea. Emilia nunca iba a aparecer y Joaquín, a cuatro mil kilómetros, seguía jodido e igual de presente en mi cabeza. Y ahora mi consciencia cargaba con un muerto. Martín: aunque nunca lo conocí, siempre lo voy recordar. Si tuviera algo de fe, lo encomendaría en mis oraciones; si creyera en un Ser Supremo, le pediría por él. Pero ningún Dios va a cambiar lo

irremediable, lo que no se puede cambiar. Mucho menos yo. Y aunque quizá debí enfrentarlo, lo único de lo que entonces me sentí capaz, fue de huir. Tuve que correr.

Esa vez no me fui a buscar a nadie ni partí con esperanzas de ser otro. Me fui por otras razones, no sé bien por cuáles; por alejarme de todo, por diluirme en otro lugar donde nadie me conociera, no sé. Me fui a perderme.

Ya no quise saber nada más de Facundo ni de Martín ni de Emilia. Me fui lo más lejos que me lo permitió el dinero que tenía. Subí a un avión que voló durante horas sobre el mar. Me fui de Buenos Aires huyendo de Colombia y de Argentina y de todo lo que había allí, de toda esa desazón encerrada. Quise olvidarme de todo; y que todo se olvidara de mí.

\*

*Y aunque han pasado ya dieciocho años, nunca me pude olvidar. Tampoco lo hizo el resto del mundo. Pronto recibí correos de Joaquín y de mi familia; algunas veces respondí. Aún hoy en día, a veces les respondo. Pero desde entonces vivo como un ausente. A nadie miro y nadie me mira a mí. Desde mi apartamento, desde donde esté viviendo, traduzco textos, corrijo artículos, redacto comunicados (adoro el internet por el desapego que me brinda). Y escribo todos los días. Para desembrujarme, aunque me conjure más y más; para entender aunque no entienda.*

*Y así, le pongo ahora un dudoso punto final a este aguacero de frases. Voy cerrando esta escritura que deambula, y reincide, y desanda. Solo me queda cerrar el computador y me subirme a un taxi. Hacia el aeropuerto. Allí me espera un vuelo, un avión, un asiento. Mi destino: Colombia. Bogotá, Colombia.*

## **Tercera parte**

He abierto y cerrado el computador ya varias veces en este vuelo, sin poder escribir una sola frase (a excepción de esta). Miro esta hoja en blanco como si la hoja me mirara a mí; no puedo sostenerle la mirada, no sé qué decirle, qué ponerle. Es difícil hacer algo con la ansiedad encerrado en un avión. No puedo dormir, no me logro acomodar del todo. No se puede fumar. Ya llevo varias horas aquí, demasiadas para mi gusto y mi situación. Según parece, según me lo indica el mapa que hay en la pantalla de la silla en frente de mí, falta muy poco para empezar el descenso. Ya estoy en Colombia. Debajo del avión ya no hay agua, ahora veo tierra. Cordilleras y cordilleras que no veía hace más de dieciocho años, ríos que serpentean por las montañas, retazos de todo tipo de verde, árboles, vacas, invernaderos, tierra oscura, casitas, urbanizaciones. Desde aquí arriba, el paisaje parece no haber cambiando tanto. Me da miedo que todo siga igual, que las mismas personas sigan allí, que no hayan olvidado, que todos recuerden.

Por el altoparlante del avión anuncian que ya vamos a iniciar el descenso a la ciudad de Bogotá. Las condiciones del clima, dicen, son favorables. Piden apagar los dispositivos electrónicos. Dentro de muy poco, estaremos aterrizando. Siento una marea de frío y calor que me crece por todo el cuerpo.

Ahora, cuando siento más ganas de escribir, cuando por fin logro escribir algo, debo cerrar el computador, salir de la página, y resignarme a volver.

\*

Ya estoy en Bogotá. No puedo decir que haya vuelto, porque esta ya no es la ciudad que dejé. No sé si eso me alegra o me entristece, no me decido. En realidad no sé qué era lo que estaba esperando encontrar, pero en todo caso, esta ciudad ya no es la misma. Es apenas lógico, ha pasado mucho tiempo y las cosas cambian rápidamente. Del aeropuerto hasta aquí, pasé por avenidas grandes que antes nunca habría pensado que aquí podrían construirse. Una vía que tenía solo dos carriles ahora tiene seis; cuesta creerlo, no sé de dónde salió todo ese espacio. Hay miles y miles de carros que hacen que sea imposible avanzar; tampoco me explico de dónde salieron tantos. Por las facciones, los gestos y la

ropa que utilizan los transeúntes, los bogotanos, he tenido la impresión de que todos son extranjeros. También yo me siento así, extranjero.

Antes de venir, le escribí a Joaco confirmándole mi vuelo. Le pedí que no le contara a nadie de mi llegada, mucho menos a mi familia, y aunque insistió recibirme en su casa, yo me negué. Cuando salí del aeropuerto, entre la multitud de personas que esperaban familiares y demás, vi a un hombre alto sosteniendo un letrero con mi nombre. Ahora sé que fue por Joaco: envió un chofer a recogerme; pero como no me lo dijo, en ese momento me llené de pánico. Me abrí camino entre los pasajeros, siempre manteniendo la cabeza agachada, y subí al primer taxi que pude.

Le pedí al taxista que me llevara a un hotel bueno y barato, y respondió que sabía de uno muy bueno en Chapinero. Sentí como un puño en el estómago cuando oí de nuevo el nombre de ese barrio, algo se me movió muy adentro. Pero entonces de inmediato pensé que a eso he venido aquí, a Bogotá: a enfrentar, a dejar de evadir, a encontrar, por fin, respuestas. Respiré profundo y le dije que me llevara hasta allá.

Y aquí estoy. Llegué hace una media hora a este hotel que queda apenas a unas cuadras del apartamento donde vivía Emilia. Miré mi correo electrónico y encontré un mensaje de Joaco donde me da sus números de contacto y me dice que un chofer va a estar esperándome en el aeropuerto. Después fumé un cigarrillo por la ventana (porque parece que acá ya no se puede fumar en ningún lado), y ahora estoy sentado terminando de escribir este renglón.

Dentro de unos minutos tendré que llamar a Joaquín. Al final de su correo, dice que tiene algo muy importante que contarme. Yo preferiría escribirle, preferiría encontrar una buena excusa para no tener que hablar con él aún, no vernos aún, aplazarlo, diluirlo. Hace tanto tiempo que no oigo su voz. Pero no va a ser así, lo voy a llamar.

\*

La voz de Joaco no ha cambiado. Su tono sí: es casi el mismo con el que me habla en sus correos; alegre (pero no sé de qué), esperanzado (pero no sé de qué), positivo (pero no sé por qué). Parece feliz y eso me alegra y me desconcierta a la vez.

Y entonces todo contento y con ese tono de cordialidad me va contando su buena noticia: que desde que supo que yo iba a volver a Colombia, se dio a la tarea de ubicar a Emilia, y la encontró. La ha encontrado.

En efecto, es esa misma que él vio pasando un semáforo al lado de La Bodega. Dice que ya sabe dónde está, dónde vive, pero aún no se ha atrevido a hablarle, en encararla. Me estaba esperando para que fuéramos los dos. La verdad, dice, Emilia se ve muy mal, como enferma, como triste, como de otro mundo, como adicta.

Después me dijo que ya mismo se venía para acá, que quería verme e invitarme a comer algo. Le dije que no me siento del todo bien, y que para serle sincero, aún no quiero ver a nadie. Que al menos por lo que queda de hoy, quiero estar solo. A mí me parece que entendió, aunque se le bajó un poco el ánimo. De todas formas, me siento bien por haber sido sincero, por no inventar alguna excusa forzada. Le dije la verdad.

Colgué el teléfono y desde entonces he dado vueltas por este hotelito con la ansiedad reventándome los huesos. No puedo quedarme quieto, pero tampoco puedo salir: Podría encontrarme a Emilia en la calle. Podría verla arrastrando sus pies por algún andén o vendiendo su cuerpo en una esquina. Podría enloquecer.

Entonces me encierro en este cuarto de hotel de una ciudad que ya no conozco, y espero a que pase la noche y llegue el día. Mañana voy a ver a Joaco. Me ha dado la dirección del restaurante donde me espera para que almorcemos.

Siento unas ganas inmensas de cancelar esa cita. No sé cómo actuar. No sé que voy a decirle. No tengo idea de quién es esa persona en la que se ha transformado mi mejor amigo.

\*

He dormido muy poco. En esta ciudad me cuesta respirar. Fue una noche difícil, con muchos sueños pesados que no puedo recordar. Hoy me desperté relativamente temprano y bajé a desayunar a una cafetería muy cerca de aquí. Solo tomé un café oscuro con dos pedazos de pan. Tanto tiempo pensando en arepas con queso, arepas de huevo, pandeyucas y demás, y esta mañana cuando los tuve en frente, no me antojó comer nada de eso.

He vuelto a mi cuarto de hotel con nervios de que alguien me haya reconocido en la calle, y después he pasado las horas echado en la cama, echado en el sofá, pensando en conversaciones hipotéticas con Joaquín y, dado en el caso, con Emilia. Pero ya se me hace tarde y, la verdad, no he llegado a nada. Ya casi es la una. Me voy a ver a Joaco.

\*

No fue solamente a mí al que se le jodió la vida. No es mi drama y nada más, ahora lo sé porque hoy me ha quedado claro; la verdad, solo lo confirmé: a Joaco también. Hace un par de horas, en nuestro almuerzo, hemos estado hablando. Fue una conversación con muchos silencios de por medio. Aún hoy miro a Joaco y siento el cariño que nos tenemos desde jóvenes, sé que es mi amigo y sé que todavía perdura esa amistad, pero estar el uno frente al otro es demasiado doloroso. Joaquín es el vivo recuerdo de lo que me pasó y yo para él también lo soy. A cada uno se le rompió la vida de una forma distinta pero a la vez tan similar. Mientras conversábamos hoy lo he sentido así: aunque hablemos de las noticias o la comida o los viajes, ambos sabemos que compartimos un mismo pasado, unos mismos minutos de una tarde muy precisa en una farmacia donde la vida se nos volcó. Era tan fuerte el tabú, que casi podía tocarlo, palparlo, sentir su peso sobre los hombros de ambos.

Y aunque él hace ese gran esfuerzo de estar sonriente y hablar con alegría, yo no puedo dejar de sentir que es solamente eso: un esfuerzo. Admiro su capacidad de insistir, de querer que las cosas estén bien y salir adelante, pero de cuando en cuando no puedo dejar de mirar su silla de ruedas, el pedazo de piel quemada que asoma de su cuello, el hombre alto que lo espera allá lejos, en la barra, para ayudarlo a seguir con su vida (el mismo que me esperaba en el aeropuerto). Y pienso que yo sé muy bien lo que pasó, que yo sé por qué está así, Joaco, porque yo también estaba ahí esa tarde, yo sé del miedo y del dolor y de las pesadillas. Joaco, yo sé. Y lo siento tanto.

Hacia el final del almuerzo, nuestra conversación dio un giro y por fin me habló de lo que a ambos quizá más nos interesa: que Emilia está en Bogotá y que él ya sabe dónde. En ese momento sentí que la garganta se me cerró y me quedé en un silencio helado que no supe cómo romper, que no me sentí físicamente capaz de romper. Joaco continuó: Yo

entiendo por qué se fue usted, Fede, me dijo; y no lo culpo por eso, usted sabe, yo en su caso seguramente habría hecho lo mismo. Hace mucho que lo entendí y hace mucho que lo perdoné. Pero yo sé muy bien que a usted Emilia le jodió más la cabeza, que nunca pudo entender ni aceptar que se desapareciera así como así, y por eso cuando la vi me decidí a buscarla. A veces pienso que fue por mi culpa que ustedes dos terminaron metidos en esto y entonces me da por pensar que tengo una deuda pendiente. Mi error lo he pagado caro, Fede, ya nunca me voy a parar de esta puta silla, pero en todo este tiempo nunca he dejado de sentir que les debo algo a los dos. Yo sé que usted necesita respuestas que Emilia nos puede dar, y por eso quiero ayudarle a usted a que la encuentre. Ya sé que da miedo, ya sé que es algo para cagarse del susto, pero le pido que me deje estar en esto con usted. Hágalo por usted mismo, pero también hágalo por mí. Ya sé dónde está, ya ubiqué el edificio y el apartamento donde está viviendo. Es un barrio horrible, pero Luis nos puede llevar. Vamos mañana mismo, si quiere. Piénselo con calma y me cuenta. Solo me tiene que decir y vamos.

Eso fue lo que me dijo. Así es como lo he visto, a mi amigo, dieciocho años después, ya casi diecinueve. Y ya no sé qué hacer ahora. Tampoco qué más escribir.

\*

Anoche caí rendido a eso de las once. Después de varias horas de darle vueltas, no me decidí por nada y terminé quedándome dormido. Hoy me he despertado temprano con una firme decisión, la más obvia, la que tenía que tomar: llamar a Joaco y decirle que vayamos cuanto antes, ya mismo, a encontrarnos con Emilia. Ya hablé con él y me dijo que en la mañana tiene que hacer algo inaplazable, pero después de almuerzo está libre. Me recoge aquí, a las tres, y nos vamos. Son las nueve y cuarto. No sé qué mierdas hacer hasta las tres.

\*

Me llevo un saco abrigado para el frío y la lluvia, y para la ansiedad, los cigarrillos. Y como siempre, en mi viejo maletín pequeño llevo una libreta, un par de lapiceros, un libro

y este computador. Son las dos y media y Joaquín me acaba de llamar a decir que ya viene por mí. La distancia insalvable que todos estos años me separó de Emilia, ahora consiste solo en unos minutos.

\*

Escribo desde un hospital horrendo donde Emilia agoniza. Cuando llegamos a su habitación, cuando me vio, abrió los ojos con un pánico inmenso y empezó a agitarse, como aterrorizada, como si se le hubiera aparecido el diablo. De haber podido gritar, seguro lo habría hecho, pero un tubo en su boca que le ayuda a respirar se lo impidió. Con la voz entrecortada apenas alcancé a preguntarle: “¿qué te pasó?”. Ella le hizo señas al doctor y él le pasó una libreta y un lápiz. Con una letra casi indescifrable, escribió: “te quería matar”.

Escribo sentado en una sala de espera llena de pobreza y enfermos y pobres diablos. Del otro lado veo a Joaquín, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre las manos. Ahí lo dejé yo y me vine a sentar aquí. Escribo porque no sé qué más hacer.

Cuando llegamos a buscar a Emilia a ese barrio horrendo de delincuentes y travestis donde vive, su vecina nos dijo que hacía dos días había venido una ambulancia por ella. Llegó de madrugada, se cayó por las escaleras y quedó inconsciente. Rodó más de dos pisos, nos dijo esa vecina medio loca; yo misma llamé la ambulancia desde mi apartamentico, sumercé. Y después nos dijo que la ambulancia se la había llevado a este hospital donde estamos, que es más bien un gran escombros.

De repente tengo la impresión de que las cosas se repiten. De nuevo siento una angustia parecida a la de esa tarde en la droguería; y de nuevo Emilia y de nuevo Joaquín. Esta vez la más jodida es ella, no Joaco. Me pregunto cuándo me va a tocar a mí.

Mientras Luis nos traía a toda velocidad hasta aquí, he vuelto a sentir el vértigo de esa tarde, deambulando por calles que no conozco, corriendo, de afán, hacia ningún lugar, rogándole a un Dios en el que no creo que esto no sea cierto, que esto sea mentira, que todo sea una ficción de una vecina loca que no sabe qué más hacer con su vida que inventar historias.

Corrí hasta acá desesperado, empujando la silla de Joaco, hasta que por fin dimos con el piso donde está Emilia. No nos dejaron entrar a la habitación y entonces empecé a pedir a gritos al médico que la atendía. Cuando por fin apareció, nos contó lo sucedido: Emilia, en efecto, se rodó más de dos pisos de escaleras. Los exámenes médicos encontraron altos niveles de drogas y alcohol en su sangre. Su estado de salud es muy delicado: tiene una hemorragia interna, se perforó un pulmón y se rompió varios huesos. Debido a lo que el médico llama “sus malos hábitos”, sus defensas son terribles, su organismo está muy débil, sus pulmones (o el pulmón que le funciona) y su hígado, son los de un anciano. Nos dijo que están haciendo lo que pueden, pero que así es muy difícil que se salve.

Hace unos veinte minutos he entrado en su habitación y la he visto en su cama de hospital, pudriéndose. De lo que alguna vez fue, de esa mujer joven y llena de risa que yo conocí, no queda casi nada. Solo un vestigio, una sombra, un eco. Si Emilia fue alguna vez ese lugar donde fui tan feliz y al que siempre quise volver, en ella solo quedan ruinas. Ese lugar ha sido profanado, socavado de tanto aspirar, o inyectarse, o sufrir. Su cuerpo parece haberse secado. Sus brazos como alambres. Sus dedos se volvieron huesudos, largos, de uñas mordisqueadas. Ese lugar que habita en mi memoria como un remanso de felicidad no tiene ya ningún sitio en el mundo real, en esta vida latente y palpable que sigue pasando en frente de mí, segundo a segundo, sin que yo la pueda detener por más rápido o lejos que corra. Lo que queda de Emilia agoniza en una de las podridas salas de este hospital. Mientras que yo tecleo en esta sala de espera, ella se está muriendo. Y esa es la vida. Esos son los hechos. No hay nada que hacer.

Así que me aísló entre esta multitud de tristeza de sala de espera, y pienso en el momento en que el corazón de Emilia deje irremediablemente de latir. Cuando venga el doctor hacia a mí y me diga que finalmente, aunque se esforzaron tanto hasta el último momento, no pudieron hacer nada, no sé qué voy a hacer. No sé si cerrar de una vez por todas el computador y saltar por la ventana de este quinto piso; no sé si salir corriendo de este hospital, como ya sé hacerlo tan bien, y empezar otro indefinido rodar por el mundo, hasta que algo pase o hasta que yo también empiece a podirme en la cama de un hospital. No sé qué hacer con todas estas páginas que insisto en escribir y que giran y giran en torno a algo que nunca puedo atrapar. Quizá, por ahora, tome esta historia, que es mi historia, y

la agrupe toda en un solo archivo, en un solo documento que tenga algo de sentido. Y tal vez tome todo eso y lo edite y lo mande publicar, volviéndolo una novela, volviéndolo todo una ficción. Hacer de este dolor una gran mentira y así pensar que nada de esto en realidad pasó, que Joaco no es un inválido triste e incompleto, que Emilia no se muere, que no he tirado casi veinte años de mi vida a la basura. Y que todo esto no es más me literatura.

